

Suely Rolnik

Esferas de la insurrección

Apuntes para descolonizar
el inconsciente

Suely Rolnik

Esferas de la insurrección

Apuntes para descolonizar
el inconsciente

Traducción

Cecilia Palmeiro, Marcia Cabrera
y Damian Kraus



**COLECCIÓN
NOCIONES
COMUNES**

Rolnik, Suely

Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente / Suely Rolnik. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tinta Limón, 2019.

192 p.; 20 x 14 cm.

Traducción de Cecilia Palmeiro; Marcia Cabrera; Damian Kraus

ISBN 978-987-3687-48-8

1. Política. 2. Filosofía. 3. Arte. I. Palmeiro, Cecilia, trad. II. Cabrera, Marcia, trad. III. Kraus, Damian, trad. IV. Título.

CDD 306

Primera edición en portugués: *Esferas da insurreição. Notas para uma vida não cafetinada*, N-1 Edições, São Paulo, 2018.

Traducción: Cecilia Palmeiro (“Preludio”, “Nueva modalidad de golpe”), Marcia Cabrera (“Insurrecciones macro y micropolítica”), Damian Kraus (“El inconsciente colonial-capitalístico”)

Revisión de la traducción: Cecilia Palmeiro

Diseño de cubierta: Juan Pablo Fernández

Imagen de tapa: *La casa*, Paula Otegui, 2003



© de los textos, Suely Rolnik

© 2019, de la edición Tinta Limón

www.tintalimon.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

La izquierda bajo la piel. Un prólogo para Suely Rolnik, <i>por Paul B. Preciado</i>	9
Preludio. Palabras que afloran de un nudo en la garganta	19
El inconsciente colonial-capitalístico	25
Insurrecciones macro y micropolítica. Diferencias y entrelazamientos	89
La nueva modalidad de golpe: una serie en tres temporadas	133
Diez sugerencias para una incesante descolonización del inconsciente	175

A Ticio, por el *tekoporã* que creamos en el día a día de
nuestras danzas singulares.

A Rolf, por la silenciosa confianza que atraviesa el tiempo.

A Marcelo, por el vislumbre de un posible.

A lxs amigxs.

La izquierda bajo la piel
Un prólogo para Suely Rolnik
por Paul B. Preciado

Estos ensayos de Suely Rolnik llegan a nosotros en medio de la bruma tóxica que producen nuestros modos colectivos de vida sobre el planeta. Vivimos un momento contrarrevolucionario. Estamos inmersos en una reforma heteropatriarcal, colonial y neonacionalista que busca deshacer los logros de los largos procesos de emancipación obrera, sexual y anticolonial de los últimos siglos. Como ya anunciaba Félix Guattari en 1978, respirar se ha vuelto tan difícil como conspirar. Si tras el brillo de la plata de Potosí se ocultaba el trabajo exterminador de la mina colonial en el siglo XVI, tras el brillo de las pantallas, se ocultan hoy las formas más extremas de dominación neocolonial, tecnológica y subjetiva. La oscura era del píxel podría ser incluso la última si no logramos inventar nuevas formas de equilibrio entre los mundos del carbono y el silicio, nuevas modalidades de diálogo entre las entidades subjetivas, maquínicas, orgánicas, in-materiales y minerales del planeta.

Estos textos son como un oráculo que nos habla de nuestro propio futuro mutilado. Vienen a recordarnos que lo que estamos viviendo no es un proceso natural, sino una fase más en una guerra que no ha cesado: la misma guerra que llevó al cierre de los bosques comunales, al encierro y el exterminio de todos los cuerpos cuyos modos de conocimiento o afección desafiaban el orden disciplinario, a la destrucción de los saberes populares en beneficio de la capitalización científica, a la caza de brujas, a la captura de cuerpos humanos para ser convertidos en máquinas vivas de la plantación colonial; la misma guerra en la que lucharon los revolucionarios de Haití, las ciudadanas de Francia, los proletarios de la Comuna, aquella guerra que

hizo que surgiera la playa bajo los adoquines de las calles de París en el 68, la guerra de los seropositivos, las trabajadoras sexuales y los trans a finales del siglo XX, la guerra del exilio y de la migración...

Suely Rolnik ha reunido aquí tres escritos elaborados durante los últimos años que podrían funcionar como una guía de resistencia micropolítica en tiempos de contrarrevolución. He tenido la suerte de escuchar y leer muchas versiones de estos textos, como quien asiste a la germinación de un ser vivo. El pensamiento de Suely, como su propia práctica analítica, tienen la cualidad de estar siempre en movimiento. Lo que los lectores tienen ahora entre manos es una instantánea de la tarea crítica de Suely tomada en un momento preciso. Se trata de un trabajo abierto, de un archivo en beta, en constante modificación. El libro, extremadamente rico y cuya lectura dará lugar a múltiples intervenciones críticas y clínicas, podría leerse como un diagnóstico micropolítico de la actual mutación neoconservadora y nacionalista del régimen financiero neoliberal, o como una hipótesis a cerca de la derrota de la izquierda, no solo en el contexto de América Latina, sino también global. Pero este réquiem por una izquierda macropolítica se acompaña en Suely del dibujo de una nueva izquierda radical: *Esféras de la insurrección* es una cartografía de las prácticas micropolíticas de desestabilización de las formas dominantes de subjetivación, un diagrama de la izquierda que viene.

El análisis de la condición neoliberal que Suely Rolnik lleva a cabo en dos de los tres textos que reúne esta antología aparece como el complemento micropolítico necesario de los análisis macropolíticos que han venido haciendo desde distintas perspectivas Giorgio Agamben, Naomi Klein, Antonio Negri, Michel Feher o Franco Bifo Berardi. Partiendo del análisis del “golpe neoliberal” en Brasil, Rolnik presta atención a la aparición de una nueva e insospechada alianza entre el neoliberalismo financiero y las fuerzas reactivas conservadoras. Mientras durante los años 80 se pensaba que la extensión del neoliberalismo traería la globalización de la democracia, la disolución de los estados nación y la generalización

del multiculturalismo como modelo de integración social, la actual deriva del neoliberalismo que Rolnik analiza deja entrever un horizonte mucho más histriónico. La inesperada alianza de las fuerzas neoliberales y conservadoras depende de que ambas comparten una misma moral y un mismo modelo de identificación subjetiva: el inconsciente colonial-capitalístico. De ahí que el objetivo de la nueva “caza de brujas neoliberal” sean los colectivos feministas, homosexuales, transexuales, indígenas o negros que encarnan en el imaginario conservador la posibilidad de una auténtica transformación micropolítica. Se dibuja aquí el paisaje de lo que Guattari y Deleuze habían conjeturado como una terrible e insólita encarnación del “fascismo democrático”. Esta es la condición en la que nos encontramos y en la que tenemos que imaginar colectivamente nuevas formas de resistir.

Suely Rolnik describe los procesos de opresión colonial y capitalística como procesos de captura de la fuerza vital, una captura que reduce la subjetividad a su experiencia como sujeto, neutralizando la complejidad de los efectos de las fuerzas del mundo en el cuerpo en beneficio de la creación de un individuo con una identidad. Este proceso de subjetivación funciona por repetición y cierre de las posibilidades de creación impidiendo la emergencia de “mundos virtuales”. El sujeto colonial moderno es un zombi que utiliza la mayor parte de su energía pulsional para producir su identidad normativa: angustia, violencia, disociación, opacidad, repetición... no son sino los costes que la subjetividad colonial-capitalística paga para poder mantener su hegemonía. Por ello, para Rolnik, todo proceso revolucionario no es más que la introducción de un hiato, de una diferencia en el proceso de subjetivación, de “un corte en otro lugar” de la banda de Moebius por decirlo con la expresión que la artista Lygia Clark moviliza en su propuesta artística *Caminhando*. Frente a la máquina de encontrar soluciones *prêt-à-porter* para rehacerse un contorno subjetivo o discursivo por medio del consumo de “la marca Lacan” o de lo que Suely llama jocosamente el “desodorante D&G

(Deleuze y Guattari)”, el esquizoanálisis se propone como una suerte de revolución molecular lentísima, casi imperceptible que, sin embargo, modifica radicalmente la existencia de todo lo percibido.

Rolnik entiende la condición colonial-capitalística como una patología histórica del inconsciente que funciona a través de una micropolítica reactiva frente a la que se despliegan una multiplicidad de micropolíticas activas en un proceso constante de transformación planetaria. El trabajo de Suely Rolnik se inspira directamente del conjunto de micropolíticas activas que surgieron en los años 60-70 tanto en Brasil como en Europa: primero en los procesos contraculturales de lucha antidictatorial en Brasil, en los que Rolnik participó en su juventud y por los que será encarcelada. Después, en su paso por París, Rolnik entrará en contacto con la multiplicidad de movimientos críticos y activistas que se desplegaban en las revueltas de Mayo del 68 y, muy especialmente, con la práctica clínicopolítica de Félix Guattari, con los procesos de experimentación institucional en la prisión y el hospital, así como con el movimiento de alternativas a la psiquiatría. Más tarde, después de su retorno a Brasil, Rolnik elabora su práctica crítica en diálogo con el movimiento internacional de resistencia en el arte y con las prácticas de reinención de la soberanía indígena y anticolonial. Todos estos procesos introducen una transformación radical de los lenguajes de la izquierda. La revolución no se reduce a una apropiación de los medios de producción, sino que incluye y se basa en una reapropiación de los medios de reproducción, reapropiación por tanto del “saber-del-cuerpo”, de la sexualidad, de los afectos, del lenguaje, de la imaginación y del deseo. La auténtica fábrica es el inconsciente y por tanto la batalla más intensa y crucial es micropolítica.

A partir de su paso por la clínica La Borde y de su colaboración con Félix Guattari, Suely Rolnik inicia uno de los experimentos esquizoanalíticos más productivos de las últimas décadas al llevar las preguntas por la economía política del inconsciente que Jean Oury, François Tosquelles, Franz Fanon y Félix Guattari habían

elaborado en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, al contexto del despliegue del neoliberalismo, pero también de las políticas de descolonización a finales del siglo XX y principios del siglo XXI en Sudamérica. Exiliada política y lingüística en Francia durante una década, su práctica de resistencia toma la forma de un retorno postraumático a Brasil. Volver a Brasil, como ya lo había hecho en el viaje iniciático con Guattari,¹ implica sacar la práctica esquizoanalítica del contexto institucional y clínico del viejo continente colonial europeo para arrojarla al magma de la vida en su proceso de recolonización y descolonización en Sudamérica. Rolnik desterritorializa la propia práctica esquizoanalítica llevándola en dos direcciones aparentemente contradictorias pero en realidad subterráneamente conectadas.

Por una parte, el retorno de Suely a Brasil permite conectar el discurso psicoanalítico con los lenguajes y las prácticas contemporáneas de la descolonización. La psicología, afirma Rolnik, pertenece al dispositivo colonial-capitalístico: nació históricamente como una narrativa y una técnica que legitimaba y naturalizaba los modos dominantes de subjetivación. La psicología del yo es nada más y nada menos que la ciencia del inconsciente colonial-capitalístico, y sus prácticas, aparentemente terapéuticas no son sino sofisticados dispositivos micropolíticos reactivos. Desde Brasil, resulta evidente que es la propia tradición psicológica, surgida en el centro de los imperios coloniales y patriarcales europeos, la que, estando atravesada desde sus orígenes por estructuras de opresión colonial y sexual, necesita de un doble proceso de descolonización y de despatriarcalización. Para Rolnik, esta dimensión normativa de la psicología afecta incluso al propio psicoanálisis que, a pesar de haber surgido como una contraciencia que, a diferencia de la psicología, reconecta la subjetividad con los efectos de las fuerzas del mundo en el cuerpo y la lleva a la reapropiación del lenguaje desde esos afectos, opera, con raras y bellas excepciones, como una práctica micropolítica reactiva. Una

1. Ver el libro *Micropolítica. Cartografías del deseo*, de Suely Rolnik y Félix Guattari (Buenos Aires, Tinta Limón, 2006).

práctica que, como nos muestran Deleuze y Guattari, contribuye a expropiar la productividad del inconsciente para someterlo al teatro de los fantasmas edípicos. Por eso para Rolnik, descolonizar el psicoanálisis pasa por activar la fuerza micropolítica que lo habitaba en su fundación, movilizar su potencia clandestina.

La práctica de Suely Rolnik se desmarca frente a las psicologías del sujeto y de la identidad. Se trata aquí de la construcción de un relato autocrítico, reflexivo, capaz de hacer visibles las relaciones de poder colonial y sexual que permitieron el establecimiento del psicoanálisis como “ciencia del inconsciente” y práctica clínica. Frente a ellas, Suely apuesta por una práctica analítica que funcione como una política de subjetivación disidente, permitiendo la reapropiación de la potencia vital de creación y el desarrollo de lo que ella llama el “saber-del-cuerpo”, el saber de nuestra condición de vivientes. A diferencia de las recetas de la felicidad instantánea y del “*feel good*”, la condición de posibilidad de la resistencia micropolítica es “sostener el malestar” que genera en los procesos de subjetivación introducir una diferencia, una ruptura, un cambio. Es preciso reivindicar el malestar que suponen dichas rupturas: resistir a la tendencia dominante de la subjetividad colonial-capitalística que, reducida al sujeto, interpreta el malestar como amenaza de desagregación y lo transforma en angustia, en síntoma que debe ser diagnosticado por un manual de enfermedades mentales, tratado con el fármaco y finalmente soterrado en beneficio de la reproducción de la norma. Para Rolnik, esta conversión del malestar en angustia y su consecuente patologización reitera y naturaliza la reducción de la complejidad de los procesos de subjetivación al “sujeto”, cancelando aun más violentamente las posibilidades de “creación transfiguradora”. La revolución esquizoanalítica que anuncia Rolnik es la gestión colectiva y creativa del malestar para permitir la germinación de otros mundos. Estos textos no buscan atenuar el dolor que supone soportar la exclusión, el exilio, la exterminación, la censura o el castigo social, o devolvernos la fe en una izquierda “*ready made*”, sino que más bien pretenden hacer-

nos entender la naturaleza micropolítica del malestar que nos habita: ayudarnos a entrar en el malestar y permanecer allí juntos, para poder imaginar estrategias colectivas de fuga y de transfiguración.

El segundo aprendizaje que Suely Rolnik saca de su paso por La Borde y de su retorno a Brasil es la afirmación de la escena de la creación artística como un lugar de trabajo micropolítico y clínico. No se trata aquí en absoluto de “arte terapia”, sino más bien al contrario de lo que podríamos denominar “terapia arte”, de entender que la práctica clínica debe ser hecha como una práctica artística, es decir, de forma siempre experimental, apelando a la transformación de la sensibilidad y de la representación, inventando en cada caso los protocolos necesarios que permiten renombrar, sentir y percibir el mundo. Su colaboración con artistas (especialmente la brasileña Lygia Clark o los colombianos del Mapa Teatro), y con aquellos que producen pensamiento y acción micropolíticos en el interior del sistema del arte o en el ámbito de la lucha de los indígenas en América Latina (como el brasileño Ailton Krenak o el paraguayo Ticio Escobar) constituyen no solo instancias de reinención del psicoanálisis, sino también de lo que entendemos por arte, política o teatro. Se disuelve aquí la oposición clásica entre teoría y práctica, poética y política, representación y acción. Este movimiento no debe leerse como un gesto de expansión de los territorios clínicos, sino como el lugar en el que la transformación micropolítica del inconsciente está teniendo lugar.

Todo proceso de transformación política que no contemple la descolonización del inconsciente está, nos advierte Suely, abocado a la repetición (incluso si hay desplazamiento) de las formas de opresión. Suely continúa aquí la tarea de Guattari de cartografiar una multitud de revoluciones moleculares que se producen en el nivel de la economía del deseo. Una de las intuiciones fuertes de estos ensayos es que no debemos esperar la llegada mesiánica de “la revolución”, sino implicarnos constantemente en una multiplicidad heterogénea de procesos micropolíticos revolucionarios. “Micropolítica” es el nombre que Guattari

dio en los años 60 a aquellos ámbitos que por considerarse relativos a la “vida privada” habían quedado excluidos de la acción reflexiva y militante en las políticas de izquierda tradicional: la sexualidad, la familia, los afectos, el cuidado, el cuerpo, lo íntimo. Todo eso a lo que después Foucault intentará apuntar con los términos “microfísica del poder” y, más tarde, “biopoder.” En ese sentido, la noción de micropolítica representa una crítica del modo en el que la izquierda tradicional (poco importa que sea en sus versiones marxista, leninista, troskista o socialista) consideraba la modificación de las políticas de producción como el momento prioritario de la transformación social, dejando las políticas de reproducción de la vida en un segundo plano. De ahí la fractura entre los movimientos feministas, homosexuales, anticoloniales y la izquierda tradicional. Para la izquierda, las cuestiones feministas, la homosexualidad, la transexualidad, el uso de drogas, pero también las relaciones de poder racializadas o los conflictos por la soberanía indígena son cuestiones secundarias con respecto a la verdadera, honorable y viril lucha de clases. Suely Rolnik invierte esta relación y afirma que no hay posibilidad de una transformación de las estructuras de gobierno sin la modificación de los dispositivos micropolíticos de producción de subjetividad. Su obra radicaliza aún más la noción de micropolítica sometiénola primero a un hundimiento epistémico que surge de poner estos ámbitos en contacto con las fuerzas del inconsciente. De ahí que familia, sexualidad y cuerpo no sean simplemente instituciones o realidades anatómicas, sino auténticos entramados libidinales hechos de afectos y perceptos que escapan al ámbito de la conciencia individual.

Del mismo modo que la crítica descolonial macropolítica habla del extractivismo de recursos naturales, Suely nos alerta frente al extractivismo colonial y neoliberal de los recursos del inconsciente y de la subjetividad, la pulsión de vida, el lenguaje, el deseo, la imaginación, el afecto... Inspirada por las políticas del trabajo sexual, Suely Rolnik denomina “cafisheo” este dispositivo de extracción del saber-del-cuerpo que opera en el capitalismo colonial capturando lo que ella, siguiendo a Freud, denomina “pulsión vital” y que yo he

denominado en otros textos, siguiendo a Spinoza, *potentia gaudendi*. Mientras la izquierda ha prestado atención a los procesos de expropiación de la fuerza de trabajo y de acumulación de capital, sigue ignorando los procesos de captura de la *potentia gaudendi*. Sin embargo, el capitalismo mundial integrado, habiendo ya devastado casi por completo las fuerzas materiales del planeta, se dirige ahora a la expropiación total de nuestras fuerzas inconscientes. Es por ello que los procesos históricos de emancipación de la izquierda solo pueden sobrevivir ahora si, además y junto con su lucha macropolítica, aceptan el reto del trabajo micropolítico.

En segundo lugar, Suely somete la noción de micropolítica a un proceso de descolonización que sacude y altera las posiciones tradicionales de naturaleza y cultura, de sujeto y objeto, de masculinidad y feminidad, de hombre y animal, de dentro y afuera. Podríamos decir que Suely apunta así a la existencia de *otra izquierda*, y torciendo las coordenadas, nos orienta hacia una política del subsuelo, subterránea, una política bajo la piel, o bajo la tierra, una izquierda clorofílica o telepática, allí donde la planta y el pensamiento se conectan a través de la imagen o la pócima.

La práctica de Suely Rolnik consiste en sacar el diván a la plaza pública, llevarlo al taller del artista, ponerlo en el centro de la selva, meterlo en la cabaña del chamán. Se trata de un triple proceso de des-individuación (no de des-singularización), politización y devenir-público del diván. Es así que el diván freudiano-lacaniano se deshace y muta entrando en un proceso infinito de transfiguración: diván-pancarta, diván-cama, diván-museo, diván-pócima, diván-parlamento, diván-ritual, diván-texto...

Podría hablarles de mi experiencia de lectura durante horas, pero debo callar para dejarles leer. Esto es lo último y lo más necesario que les quiero decir: este libro es como un bellissimo gusano que crece en un estercolero: la ondulación y la suavidad aterciopelada de su

pensamiento, la risa contagiosa, la falta de vergüenza y de miedo le permite entrar en las capas más oscuras del fascismo contemporáneo, guiarnos en los lugares que más nos aterran, y sacar de allí algo con lo que construir un horizonte de vida colectiva. Suely Rolnik es una spinozista selvática, una freudiana transfeminista, una arqueóloga del imaginario, una indigenista queer que busca en el futuro (y no en el pasado) el origen de nuestra historia, una artista cuya materia es la pulsión. Una cultivadora de gusanos de seda de la izquierda bajo la piel. No se puede pedir más de una escritora: devenir-gusano, cartografiar el fango con la misma precisión con la que otro cartografiaría una mina de oro. Por ello, lector, entra con este gusano en el magma de la bestia y busca los gérmenes de vida que, aunque desconoces, te rodean, y que, con una torsión de la mirada, podrían ser tuyos –podrían ser tu propia vida–.

Arlès, mayo de 2018

Preludio

Palabras que afloran de un nudo en la garganta

El concepto es el contorno, la configuración, la constelación de un acontecimiento por venir que lo corta y lo recorta a su manera.

La grandeza de una filosofía se valora por la naturaleza de los acontecimientos a los cuales sus conceptos nos convocan.

Ellos son centros de vibraciones, cada uno en sí mismo y unos en relación con los otros. Es por eso que todo resuena, en vez de encadenarse o de corresponder unos a otros.

Deleuze y Guattari¹

Esta antología reúne mis tres ensayos más recientes. El primero fue escrito en 2012, momento en que surgen insistentes señales de lo que está por venir: la eclosión de toda especie de fuerzas, de las más activas a las más reactivas, que convulsionarán al mundo y a nosotros mismos. Insinuándose desde la toma planetaria del poder por el capitalismo financierizado y neoliberal, tales fuerzas y sus confrontaciones se intensifican vertiginosamente en el período que se anuncia. En Brasil, 2012 es el año de la condena a los acusados del llamado *Mensalão* por el Supremo Tribunal Federal, cuando se hace más evidente que a lo que estamos asistiendo, hace ya un tiempo, es a la primera temporada de una serie intitulada “El Golpe”. 2012 es el año en el que también ya se anuncia el acontecimiento de las intempestivas manifestaciones masivas de 2013 por todo el país.

Los demás ensayos fueron escritos entre 2016 y el inicio de 2018, ya al calor del asenso globalitario de fuerzas reactivas, pero también de la potenciación y proliferación de un nuevo tipo de activismo que entrelaza en sus acciones las esferas macro y micropolítica. En Brasil, es el momento en que asistimos atónitos a los nuevos

1. Este epígrafe se compone de tres fragmentos extraídos y libremente acoplados [y traducidos] del libro de Deleuze y Guattari *¿Qué es la filosofía?*

capítulos de la primera temporada de la serie y, en seguida, su segunda temporada entera. Las imágenes de la operación del golpe se intercalan entonces con las del fortalecimiento y la expansión no solo de los movimientos sociales macropolíticos preexistentes, sino también de ese nuevo tipo de activismo.

Además de no someterse a su institucionalización, el nuevo tipo de activismo no restringe el foco de su lucha a una ampliación de igualdad de derechos –insurgencia macropolítica–, pues la expansión micropolíticamente hacia la afirmación de otro derecho que engloba todos los demás: el derecho de existir, o, más precisamente, el derecho a la vida en su esencia de potencia creadora. Su objetivo es la reapropiación de la fuerza vital, frente a su expropiación por parte del régimen colonial-capitalístico que la cafishea² para alimentarse, llevando el deseo a una entrega ciega a sus designios –este es nada más y nada menos que el principio micropolítico del régimen que hoy domina el planeta. La apropiación del derecho a la vida está directamente encarnada en sus acciones: es en el día a día de la dramaturgia social que ocurren esas acciones, buscando transfigurar a sus personajes y la dinámica de la relación entre ellos.

En ese contexto, llama especialmente la atención el combate por liberar el deseo de la sumisión a las tóxicas categorías dominantes en

2. “Cafishear” es un neologismo basado en el verbo “cafetinar” en portugués. Adopté ese término para crear una de las nociones centrales de mi trabajo teórico en el ámbito micropolítico. La noción aparece por primera vez en el ensayo de 2002: “A vida na Berlinda” [“La vida en la mira”], *Trópico: Idéias de Norte e Sul*, revista online del portal web UOL, del periódico *Folha de São Paulo*; <<http://p.php.uol.com.br/tropico/html/textos/1338,1.shl>>. En su sentido usual, el término designa la acción del “cafetão”, cuya traducción varía en los países hispanohablantes: proxeneta, alcahuete, cafisho, cafique, chulo, fiolo, padrote, rufián, cabrón, maipiolo, cafiolo, celestina, chichifo, macarra, entre otros, siendo que ninguno de estos términos es usado en todos los países. No existe el uso verbal de este término en español como existe en portugués; además, su uso en portugués es bastante común, incluso en el sentido figurado, lo que tampoco es el caso en español. Siendo un concepto central de mi trabajo, para que sea lo más legible posible, optamos por variar las opciones de traducción del término a lo largo del texto entre neologismos derivados de proxeneta y cafisho, buscando el que esté más próximo de su sentido en la frase en donde se inserta y mas armonioso con su sonoridad.

los ámbitos de las sexualidades y de los supuestos géneros, las cuales generan las condiciones para la expropiación de la pulsión vital y su cafisheo en todos los demás ámbitos de la vida humana. Un combate que, con el mismo grado de intensidad e inteligencia colectiva, se da igualmente en el ámbito de las categorías de la racialidad –un cáncer que corroe a la sociedad brasileña desde su fundación, estructuralmente inseparable del principio de proxenetismo que orienta la política de deseo que predomina en todos sus dominios. Liderado por los afrodescendientes, también en ese combate se busca liberar el deseo de su sumisión a ese nefasto destino. El nuevo tipo de insurrección, con sus dispositivos macro y micropolíticos, se manifiesta con especial vigor entre las generaciones más jóvenes, sobre todo en las periferias de los centros urbanos. Un ejemplo de eso es la ocupación de escuelas públicas por el movimiento de estudiantes secundarios a fines de 2015, lo cual engloba todos esos ámbitos. Los efectos de ese movimiento en nuestros cuerpos son ciertamente uno de los disparadores de la escritura del segundo ensayo.

Los períodos de convulsión son siempre los más difíciles de vivir, pero es en estos momentos que la vida grita más alto y despierta a aquellos que todavía no sucumbieron íntegramente a la condición de zombies –una condición a la que estamos todos destinados por el cafisheo de la pulsión vital–. Vale señalar que en su pliegue financierizado, el régimen colonial-capitalístico ejerce su seducción perversa sobre el deseo cada vez más violenta y refinadamente, llevándolo a entregarse aún más gozosamente al abuso. En este grado de expropiación de la vida, una señal de alarma se dispara en las subjetividades: la pulsión se pone entonces en movimiento y el deseo es convocado a actuar. Y cuando se logra tomar las riendas de la pulsión, tiende a irrumpir un trabajo colectivo de pensamiento-creación que, materializado en acciones, busca hacer que la vida persevere y obtenga un nuevo equilibrio. Por eso, los momentos como este que estamos viviendo siempre son los más vigorosos e inolvidables.

Cada uno de estos ensayos fue publicado y presentado en varias lenguas y en distintos contextos a lo largo del tiempo y reescrito cada

vez en función de los mismos y de las urgencias que se imponían al trabajo del pensamiento; las ideas iban surgiendo también de su reelaboración en otros ensayos cuya escritura era impulsada por los nudos en la garganta que se fueron presentando durante esos años; tales ideas se iban insertando en los ensayos anteriores (las versiones de cada uno de ellos aquí presentadas son las más recientes). Por la misma razón, de uno a otro ensayo, palabras, frases y hasta párrafos enteros se repiten, pero en nuevas direcciones, conectados con otras experiencias –de las más auspiciosas a las más tenebrosas–, ampliando así su sentido. En esas repeticiones, que opté por mantener a propósito, hay ligeras modificaciones, a veces casi imperceptibles. Ellas responden a la necesidad de refinar la escucha de los matices de los gérmenes de mundos fecundados por los efectos de tales urgencias en nuestros cuerpos, y a la necesidad de buscar palabras cada vez más afinadas para completar su germinación, dando nacimiento a un modo de cuerpo-y-habla que los inyecte en la corriente sanguínea de la vida social, contribuyendo a su manera con el trabajo colectivo que busca su transfiguración.

Para los guaraníes tales necesidades son obvias, como nos hace ver su propia lengua. Ellos dicen *ahy'ó* a la garganta, pero también *ñe'e raity*, que significa literalmente “nido de las palabras-alma”.³ Es porque ellos saben que los embriones de palabras emergen de la fecundación del aire del tiempo en nuestros cuerpos en su condición de vivientes y que, en este caso, y solo en él, las palabras tienen alma, el alma de los mundos actuales o en germen que nos habitan en esta condición nuestra. Que las palabras tengan alma y que el alma encuentre sus palabras es tan fundamental para ellos que consideran que la enfermedad, sea orgánica o mental, viene cuando estas se separan –tanto que el término *ñe'e*, que ellos usan para designar “palabra”, “lenguaje” y el término *anga*, que usan para designar “alma” significan ambos “palabra-alma”–. Ellos saben igualmente que hay un tiempo propio para su germinación y que, para que esta

3. Agradezco a Ticio Escobar por la cuidadosa, lenta y suave iniciación a la lengua guaraní.

sea llevada a término, el nido tiene que ser cuidado. Estar a la altura de ese tiempo y de ese cuidado para decir de la manera más precisa posible aquello que sofoca y que produce un nudo en la garganta y, sobre todo, lo que está aflorando frente a aquello para que la vida recobre un equilibrio; ¿no será ese el trabajo del pensamiento propiamente dicho? ¿No estará exactamente en eso su potencia micropolítica? ¿No será eso lo que define y garantiza su ética? ¿Y, en sentido más amplio, no será eso en lo que finalmente consiste el trabajo de una vida?

Que el lector –o mejor, lx lectorx– encuentre en las palabras de estos ensayos algunas resonancias de los afectos de las fuerzas del presente en su propio cuerpo. Y que tales resonancias le sirvan de compañía para desatar los nudos que estos afectos le producen en la garganta, dejando germinar palabras que digan matices, aquí no alcanzados, de los embriones de futuro que se anuncian más allá del sofocamiento. Una práctica cuya razón de ser es precisamente crear escenarios que nos traigan de vuelta el buen vivir, evitando que esos nudos se transformen en nódulos patológicos y sus metástasis se desparren como la peste por el cuerpo-alma de nosotros mismos y de toda la trama social. Este es el sentido de la publicación de este libro.

Suely Rolnik, abril de 2018

El inconsciente colonial-capitalístico

Nos dirigimos a los inconscientes que protestan. Buscamos aliados. Necesitamos aliados. Tenemos la impresión de que nuestros aliados están ya por ahí, que se nos han adelantado, que hay mucha gente que está harta, que piensan, sienten y trabajan en una dirección análoga a la nuestra: no se trata de una moda, sino de algo más profundo, una especie de época más profunda y en la que se llevan a cabo investigaciones convergentes en dominios muy diferentes.

Gilles Deleuze y Félix Guattari, 1972¹

Una atmósfera siniestra envuelve el planeta. El aire del ambiente, saturado de las partículas tóxicas del régimen colonial-capitalístico, nos sofoca.

Con sucesivas transmutaciones, este régimen viene perdurando y sofisticándose desde finales del siglo XV, la época de su fundación. Su versión contemporánea –financierizada, neoliberal y globalitaria– empieza a formarse en el paso del siglo XIX al siglo XX y se intensifica luego de la primera guerra mundial, cuando se internacionalizan los capitales. Pero a partir de mediados de la década de 1970 llega a su poder pleno, al afirmarse contundentemente –y no por casualidad– luego de los movimientos micropolíticos que sacudieron el planeta durante las décadas de 1960 y 1970. Durante ese período –mediados de la década de 1970– se concretan los primeros pasos de un trabajo de desciframiento del actual rumbo de este régimen en su compleja naturaleza, es decir, de los principios que la rigen y de los factores que engendran las condiciones para su consolidación.

Sin embargo, y tal como suele suceder en los momentos de transición radical, fundamentalmente a partir de mediados de la década de 1990 –cuando se empiezan a hacer sentir con mayor claridad sus

1. Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, “Sur Capitalisme et Schizophrénie”, entrevista a Backès-Clément, publicada en la revista *L'Arc*, nº 49, marzo de 1972. Ed. en cast.: Deleuze, Gilles, *Conversaciones*, Valencia, Pre-textos, 1995, p. 25.

efectos nefastos sobre la vida cotidiana— este desciframiento se expande y se densifica, dando lugar a un debate colectivo que viene desplegándose desde entonces. Dicho debate adquiere su impulso en la experiencia de los movimientos sociales que emergen en el transcurso de la década anterior como reacción a la toma del poder mundial por parte del actual régimen. Como rayos, esos movimientos han venido irrumpiendo en los cielos del capitalismo globalitario cada vez que se forman nubes tóxicas debido a la densificación de la atmósfera en alguna de sus regiones, cuando su perversión supera el límite de lo tolerable. La intensidad de irrupción de dichos movimientos —equivalente a la de la violencia del régimen que los había desencadenado— tiende entonces a provocar una desestabilización temporal de su tiránica omnipotencia. Y a la misma velocidad que surgen desaparecen para resurgir enseguida, de otro modo y en otros lugares, movilizados por nuevos acontecimientos que nos instalan en lo intolerable —lo cual evidentemente los lleva a producir otras cartografías, otros sentidos, distintos a los que los preceden. Esta serie de movimientos se extiende hasta comienzos de la década del 2000,² cuando se inte-

2. Podemos clasificar a los movimientos que hicieron eclosión en diversas partes del mundo en el transcurso de la década de 1980 y hasta comienzos de los años 2000 en tres tipos. El primero se caracteriza por actuar más específicamente en la esfera micropolítica: un ejemplo es el movimiento *punk* —que empezó en Estados Unidos a mediados de la década de 1970 y en Brasil a finales de aquella década, y que se extendió lo largo de la década de 1980— que se contraponía al optimismo pacifista y romántico del movimiento *hippie*. En Brasil, durante ese mismo período, cobran fuerza movimientos que se encuadran en el segundo tipo, que se caracteriza por actuar simultánea e indisolublemente en las esferas micro y macropolítica. Entre ellos el movimiento feminista y el movimiento negro que, si bien nacieron a finales del siglo XIX, con altos y bajos desde entonces, cobran un nuevo aliento en aquella década. Otro ejemplo es el movimiento LGBTQI, que en Brasil se organiza a finales de la década de 1970 y se expande cada vez más desde la década de 1980. En esta misma clave, datan de comienzos de la década de 1990 en Brasil las manifestaciones de los denominados “caras pintadas” (1992), grupos compuestos sobre todo por jóvenes que, reunidos a favor del juicio político a Collor de Mello, actuaban también en la esfera micropolítica, un aspecto que resurgirá más contundentemente en las manifestaciones masivas de 2013. Un ejemplo internacional de este segundo tipo de movimientos lo constituyen las manifestaciones del *May Day* que se propagan por el mundo en 2001. El tercer tipo de movimiento se caracteriza por operar más específicamente en la esfera macropolítica: en Brasil, datan de comienzo

rrumpe, para volver a reaparecer luego de la crisis de 2008.³ La nueva serie de movimientos, que se encuentra actualmente aún en curso, emerge en diferentes puntos del planeta, fundamentalmente a partir del comienzo de la segunda década de este siglo, y precede a la escritura de este ensayo.

En el contexto de estos movimientos y del debate a ellos asociado se inserta el presente ensayo. Su punto de partida es uno de los temas del orden del día en esta construcción colectiva: el modo de relación entre el capital y la fuerza vital, propio del régimen en su actual versión, y por entero distinto a su modo fordista. En esta nueva versión, el ámbito de la fuerza vital de la cual se alimenta el capitalismo ya no se reduce a su expresión como fuerza de trabajo, lo que implica una metamorfosis radical de la propia noción de trabajo. Eso se acompaña de una paulatina dilución de la forma del Estado democrático de derecho, de la cual dependían las leyes laborales propias del régimen en su versión anterior.⁴

de la década de 1980 el movimiento *Diretas Já* [Elecciones Directas Ya] (1983-1984) y el surgimiento del Partido de los Trabajadores que, al momento de su fundación, funcionó como un catalizador de movimientos macro y micropolíticos, para luego reducirse a la esfera macro. También a finales de la década de 1980 surgen ciertos movimientos sociales como el de los Sin Tierra (MST), como así también aquellos que se organizaron o se fortalecieron alrededor de la Asamblea Nacional Constituyente (1987), y tal es el caso del notable avance del movimiento indígena. Un efecto significativo de estos movimientos que, de distintas maneras, ocurren también en otros países del continente sudamericano, es la llegada de gobernantes de izquierda a la presidencia de algunos países del continente, fenómeno que ocurre a comienzos de la década de 2000, luego de un período de reconstitución de la democracia, con el fin de las dictaduras.

3. Entre los movimientos que hacen eclosión por el mundo a comienzos de los años 2010 y que alían macro y micropolítica en su actuación citemos: la Primavera Árabe (2010), Occupy (2011), el Movimiento 15-M y el de los Indignados (2011), y los movimientos de 2013 en Brasil.

4. A este respecto, véase la obra de Toni Negri y Michael Hardt, especialmente la trilogía compuesta por *Imperio*, Barcelona-Buenos Aires: Paidós, 2002; *Multitud: Guerra y democracia en la era del Imperio*, Madrid: Debate, 2014; y *Commonwealth*, Madrid: Akal, 2011. Las ideas específicas de estos autores, con las cuales dialogo aquí, constituyen despliegues de la obra conjunta de Gilles Deleuze y Félix Guattari concernientes a la relación entre el capital y el trabajo. Véase fundamentalmente: Gilles Deleuze y Félix Guattari, *El Anti-Edipo*, Buenos Aires: Paidós, 2010, y *Mil mesetas*, Valencia: Pre-textos, 2008, publicados originalmente en 1972 y 1980, respectivamente.

El abuso de la vida

Si bien la base de la economía capitalista es la explotación de la fuerza de trabajo y de la cooperación inherente a la producción para extraer plusvalía de ellas, dicha operación –a la que podemos denominar “proxenetización” o “cafisheo” para asignarle un nombre que diga más precisamente la frecuencia vibratoria de sus efectos en nuestros cuerpos– fue cambiando de figura con las transfiguraciones del régimen en el transcurso de los cinco siglos que nos separan de su origen. En su nueva versión, es de la propia vida que el capital se apropia; más precisamente, de su potencia de creación y transformación en la emergencia misma de su impulso –es decir, en su esencia germinal–, como así también de la cooperación de la cual dicha potencia depende para efectuarse en su singularidad. La fuerza vital de creación y de cooperación es así canalizada por el régimen para construir un mundo acorde con sus designios. En otras palabras, en su nueva versión, es la propia pulsión de creación individual y colectiva de nuevas formas de existencia, y sus funciones, sus códigos y sus representaciones lo que el capital explota, haciendo de ella su motor. Por eso la fuente de la cual el régimen extrae su fuerza deja de ser exclusivamente económica para serlo también intrínseca e indisolublemente cultural y subjetiva –por no decir ontológica–, lo cual la dota de un poder perverso más amplio, más sutil y más difícil de combatir.

Frente a este cuadro, se hace evidente que no basta con actuar en la esfera macropolítica, en donde actúan tradicionalmente las izquierdas, sobre todo las institucionales. Esto explicaría incluso su impotencia ante los rumbos actuales del régimen colonial-capitalístico. De acuerdo con la visión introducida por autores que pensaron la nueva relación entre el capital y el trabajo, con su enfoque en la apropiación por el capital de la potencia de creación –especialmente Toni Negri y Michael Hardt,⁵ quienes denominaron al nuevo pliegue del régimen como “capitalismo cognitivo”–, la resistencia actualmente pasaría por un esfuerzo de reapropiación colectiva de esa potencia

5. Véase la nota anterior.

para construir con ella aquello a lo que estos autores designan como “lo común”.⁶ En diálogo con ellos, podemos definir a lo común como el campo inmanente de la pulsión vital de un cuerpo social cuando este la toma en sus manos, de manera tal de direccionarla hacia la creación de modos de existencia para aquello que pide paso. También según Hardt y Negri, de esta construcción de lo común resultan cambios en las formas de la realidad. Su argumento indica que si en el capitalismo industrial las formas de la fuerza de trabajo y su cooperación –en este caso organizadas como producción en cadena– estaban predefinidas por el capital, en el modo de expropiación de esta fuerza propia de la nueva versión del régimen, sus formas no están predefinidas, pues es de la propia potencia de su construcción que se constituye el capital fijo. Esto abriría una posibilidad de autonomía en la orientación del destino de la fuerza vital. Sin embargo, dicha fuerza es desviada a favor de la producción de escenarios destinados a la acumulación de capital.

También según estos autores, y partiendo del principio de que la potencia vital pertenece a quien trabaja, es precisamente la experiencia de su relativa autonomía la que genera las condiciones favorables para su reapropiación. Retomando el diálogo con ellos, podemos añadir que de la reapropiación deseante, individual y cooperativa, del destino ético de la pulsión vital⁷ –en síntesis, de su reapropiación ontológica–, puede resultar un desvío colectivo de su abuso a manos del régimen en dirección hacia una ética de la existencia. Sin embargo, y tal como

6. La noción de “común” viene siendo elaborada por varios autores desde diferentes perspectivas. La problematización de esta noción en la presente compilación se ubica en diálogo con la perspectiva adoptada por Negri y Hardt, pero añadiéndole a su idea de construcción de lo común una dimensión estética y fundamentalmente clínica, necesaria para su viabilidad.

7. La idea de un “destino ético de la pulsión”, inspirada en Jacques Lacan, tal como aquí se plantea, surge del trabajo del psicoanalista y teórico brasileño João Perci Schiavon. Véase especialmente su tesis doctoral intitulada “Pragmatismo pulsional”, defendida en 2007 en el Núcleo de Estudos e Pesquisas da Subjetividade del Departamento de Psicología Clínica de la Pontificia Universidade Católica de São Paulo, y su artículo homónimo publicado en la revista *Cadernos de Subjetividade*, editada por el Núcleo de Estudos e Pesquisas da Subjetividade, pp. 124-131, São Paulo, 2010.

los autores mencionados lo señalan, su reapropiación por parte de la sociedad es virtual mientras no encuentra formas de actualización, lo cual depende de una voluntad colectiva de actuar con miras a la construcción de lo común, que no está dado *a priori*.

Es exactamente en esta dirección que vienen actuando algunos de los mencionados movimientos colectivos que irrumpen a mediados de la década de 1990 y vuelven a irrumpir en distintos momentos desde entonces, en el activismo propiamente dicho y, no por casualidad, también en el arte, con sus fronteras cada vez más indiscernibles. En esa transterritorialidad se crean las condiciones más favorables para la movilización de la potencia de creación de las prácticas activistas, como así también de la potencia micropolítica en las prácticas artísticas que, aunque su esencia reside en dicha potencia, se encuentran hoy en día desprovistas de ella en favor de su proxenetización por el capital, que encuentra en ese dominio una fuente privilegiada para su expropiación.

Una inquietud mueve la escritura de este ensayo: si bien ya constituye un paso importante reconocer que no basta con resistir macropolíticamente al actual régimen, y que urge también e igualmente obrar para reapropiarse de la fuerza de creación y cooperación —es decir, actuar micropolíticamente—, reconocer esto racionalmente no asegura acciones eficaces en esta dirección. Sucede que la reapropiación del impulso de creación depende de que esta incida sobre las acciones del deseo, de modo tal de imprimirle su dirección y su modo de relación con el otro. Sin embargo, tales acciones tienden a chocar contra la barrera de la política de producción de la subjetividad y del deseo inherente al régimen vigente. Al igual que en cualquier otro régimen, es el modo de subjetivación que en él se produce lo que le imprime su consistencia existencial, sin la cual no se sostendría; uno no existe sin el otro. En el caso del nuevo pliegue del régimen colonial-capitalístico, el cafisheo de la pulsión vital nos impide reconocerla como nuestra, lo que hace que su reapropiación no sea tan obvia como lo pretendería nuestra vana razón.

Si se tiene esto en cuenta, resulta evidente que no se logra retomar

las riendas de esa potencia mediante un sencillo decreto de la voluntad, por más imperiosa que esta sea, ni tampoco a través de la conciencia, por más lúcida y bienintencionada que la misma sea. Ni mucho menos se logra reapropiarse de ella colectivamente como un solo cuerpo supuestamente natural que estaría dado *a priori* y, por si fuera poco, en sinergia absoluta entre todos los elementos que lo componen, tal como lo pretenden los heraldos mesiánicos de un paraíso terrenal. Es necesario resistir en el propio campo de la política de producción de la subjetividad y del deseo dominante en el régimen en su versión contemporánea –es decir, resistir al régimen dominante en nosotros mismos–, lo cual no cae del cielo ni se encuentra listo en alguna tierra prometida. Al contrario, es un territorio al cual debe conquistárselo y construirse incansablemente en cada existencia humana que compone una sociedad, y esto incluye intrínsecamente a su universo relacional. De dichas conexiones se originan comunidades temporales que aspiran a actuar en esa dirección en la construcción de lo común. Con todo, tales comunidades jamás ocupan el cuerpo de la sociedad como un todo, pues este se hace y se rehace en el inexorable embate entre distintos tipos de fuerzas.

Pero, ¿cómo liberar la vida de su proxenetización?

Insurgir o sublevarse en este terreno implica diagnosticar el modo de subjetivación vigente y el régimen de inconsciente que le es propio; y que se investigue cómo y por dónde se viabiliza un desplazamiento cualitativo del principio que lo rige. Sin ello, la tan aclamada propuesta de reapropiación colectiva de la fuerza creadora como profilaxis de la patología del presente no saldrá del laboratorio de las ideas, y corre el riesgo de permanecer confinada en el plano imaginario, con sus hermosas ilusiones alentadoras.

Propongo designar como “inconsciente colonial-capitalístico” a la política del inconsciente dominante en este régimen y que atraviesa toda su historia, pues lo único que varían son sus modalidades junto

con sus transmutaciones y sus formas de abuso de la fuerza vital de creación y cooperación. En tal sentido, podemos también denominarlo “inconsciente colonial-cafisqueístico”,⁸ por las razones antes evocadas. Es probablemente a la resistencia contra este régimen del inconsciente que se refieren Deleuze y Guattari cuando claman por una protesta de los inconscientes en el año 1972, cuando apenas si se esbozaba el trabajo de elaboración colectiva de la audaz experiencia de mayo de 1968 y, simultáneamente, la toma del poder por el nuevo régimen manifestaba entonces sus primeras señales, aun nebulosas.

La intención que mueve el presente texto es la de escrutar la modalidad actual del inconsciente colonial-cafisqueístico introducida por el capitalismo financierizado y neoliberal, la cual se define, insisto, por el secuestro de esa fuerza en el propio nacimiento de su impulso germinador de mundos. Pero, ¿cómo esquivar ese régimen del inconsciente en nosotros mismos y en nuestro entorno? En otras palabras, ¿en qué consistiría la mentada protesta de los inconscientes?

La respuesta a esta pregunta requiere de un trabajo de investigación que solo puede efectuarse en el terreno de la propia experiencia subjetiva. Habrá que buscar vías de acceso a la potencia de la creación en nosotros mismos: la naciente del movimiento pulsional que mueve las acciones del deseo en sus distintos destinos. Un trabajo de experimentación sobre uno mismo que demanda una atención constante. En su ejercicio, la formulación de ideas es inseparable de un proceso de subjetivación en el cual esa reapropiación se vuelve posible durante breves y fugaces momentos, y cuya consistencia, su frecuencia y su duración se amplían paulatinamente, a medida que ese trabajo avanza.

De este modo, el trabajo necesario para contestar esta pregunta nos exige que, junto con el desplazamiento de la política de producción de la subjetividad y del deseo dominante en la nueva versión

8. Para la expresión “colonial-cafetinístico” que la autora propone como equivalente a “colonial-capitalístico”, promoviendo una asociación entre los tres términos (facilitada por el sonido similar entre “capitalístico” y “cafetinístico”), nos pareció lo más adecuado traducirlo por “colonial-cafisqueístico”, a pesar de que “cafisheo” solo se utiliza en el sur de América (Argentina y Paraguay). [N. de la T.]

de la cultura moderna occidental colonial-capitalística, desplazamos igualmente la política de producción de pensamiento, propia de esa cultura, activando su médula vital y su habilidad para desarmar las configuraciones del poder. Sin ello, nuestra intención se ahoga en la orilla. Desde la perspectiva de esos desplazamientos, pensar y sublevarse se convierten en una sola y la misma práctica: una no avanza sin la otra. Corroboración esta indisociabilidad el hecho de que, si bien tal práctica solo puede plasmarse por principio en el ámbito de cada existencia, la misma no transcurre aisladamente. En primer lugar, porque su propio motor no empieza ni termina en el individuo, ya que su origen reside en los efectos de las fuerzas del mundo que habitan en cada uno de los cuerpos que lo componen, y su producto lo constituyen las formas de expresión de esas fuerzas, procesos de singularización en cada uno de ellos, los cuales se plasman en un terreno común a todos, y lo transfiguran. Nada que ver con la autorreflexividad, la interioridad o los temas privados. La segunda razón, que resulta inseparable de la primera, consiste en que tal práctica se alimenta de resonancias de otros esfuerzos que van en la misma dirección y de la fuerza colectiva que promueven, no solamente a causa de su poder de polinización sino también y fundamentalmente por la sinergia que producen.

Resonancias de este tipo no son únicamente hallables en un campo determinado del saber que tendría el presunto monopolio de la *expertise* en el tema, tal como el de los estudios culturales, poscoloniales o *queer*, por ejemplo, que serían los más obvios. Podemos encontrarlas en diversos campos de la práctica teórica y, más aún, pueden surgir a partir de la producción de pensamiento en cualquier esfera de la vida colectiva: desde la así llamada “alta cultura” hasta la canción popular, pasando por las experimentaciones que se llevan a cabo –entre otras esferas– en la sexualidad, en la relación con el otro, en la agricultura o en aquello que los pueblos indígenas han venido insistiendo en decirnos desde que osaron tomar la palabra públicamente en alto y buen tono. Tales resonancias y las sinergias que producen crean las condiciones para la formación de un cuerpo

colectivo común cuya potencia de invención, al actuar en direcciones singulares y variables, pueda llegar a tener la fuerza suficiente como para contener el poder de las fuerzas que prevalecen en otras constelaciones, aquellas que se componen de cuerpos que intentan cafi-shear la pulsión vital ajena o que se entregan a su proxenetización. Con esas sinergias se abren caminos para desviar tal potencia de su destino destructor.

Es esta precisamente la perspectiva que rige el pensamiento en la elaboración de este ensayo; y es, por ende, y por principio, no solo transdisciplinaria sino también indisociable de una pragmática clínicopolítica. Al ser este necesariamente el trabajo de muchos y de cada uno, que nunca se agota, las ideas que aquí se compartirán constituyen tan solo algunas herramientas conceptuales entre las que están hoy en día inventándose en múltiples direcciones para abordar la pregunta anteriormente formulada: “¿Cómo liberar la vida de su proxenetización?”. Este proceso de invención resulta de la inteligencia colectiva que viene activándose a una velocidad exponencial, movilizadora por la urgencia de enfrentar el alto grado de perversión del régimen en su nueva versión. Las herramientas aquí sugeridas nos ayudarán a examinar tanto la política de producción de la subjetividad, del deseo, del pensamiento y de la relación con el otro que nos lleva a una entrega ciega a la apropiación de la fuerza de creación como a aquella en la cual se viabiliza su reapropiación. Contaremos así con un criterio para establecer la distinción entre esas micropolíticas y el tipo de formaciones del inconsciente que resulta de cada una de las mismas en el campo social.

Para poner en evidencia aquello que básicamente las diferenciaría, evocaré a Lygia Clark. Si recorro a esta artista brasileña es porque ella inventó una profusión de “proposiciones”, tal como ella misma denominaba a esas prácticas que favorecen en aquellos que se disponen a experimentarlas el acceso a su propia potencia de creación y a la eventual activación del trabajo para reapropiársela, inviabilizando su abuso lo máximo posible. En otras palabras, tales obras les proporcionan una oportunidad de lanzarse en un proceso que los lleve a es-

quitar el poder del inconsciente colonial-capitalístico en sus propias subjetividades o, de mínima, a legitimar y fortalecer ese proceso, en caso de que el mismo ya se encuentre en marcha. Privilegiaré únicamente *Caminhando* [Caminando], la primera de esas proposiciones de la artista y de la cual surgieron todas las restantes. Esta obra nos suministrará la base para lo que pretendo explorar aquí.

Caminando con Lygia Clark por la superficie topológica

Caminhando data de 1963. Su creación constituye una respuesta singular a uno de los retos que dieron impulso al movimiento de las prácticas artísticas durante las décadas de 1960 y 1970: el de la activación de la potencia clínico-política del arte, de su potencia micropolítica, en ese entonces debilitada debido a su neutralización en el sistema del arte. El impulso que dio origen a este movimiento fue producto de un largo proceso disparado por las vanguardias de comienzos del siglo XX, cuyas invenciones fueron capilarizándose por la trama social y se interrumpieron únicamente durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Una vez terminada la Segunda Guerra, dicha capilarización retomó su curso aún más radical y densamente hasta generar el amplio movimiento social que sacudió el planeta durante la década de 1960, y hasta mediados de la década de 1970, signado por la reapropiación de la pulsión creadora en prácticas colectivas en la vida cotidiana, mucho más allá del campo restringido del arte.

El origen de esta “proposición” de Clark fue un estudio suyo para una obra que posteriormente –y no por casualidad– ella intituló *O antes é o depois* [El antes es el después]. Con dicho estudio se inauguraba un nuevo rumbo de su conocida serie *Bichos*, volcado hacia la exploración de la banda de Möbius: una superficie topológica en la cual el extremo de uno de los lados tiene continuidad en el reverso del otro, lo que los vuelve a ambos indiscernibles: así la superficie adquiere una cara única.



Banda de Möbius

En su estudio para esa obra, la artista investigaba sucesivos cortes longitudinales en la superficie de una banda de Möbius de papel. A medida que la investigación avanzaba, Clark se fue percatando de que ocurría una experiencia singular en el propio instante del acto de cortar. Poco a poco, la artista va descifrando lo que esa experiencia le revela: la obra propiamente dicha se plasma en esa acción y en la experiencia que la misma promueve, y no en el objeto que resulta de ella. Esta experiencia consiste en la apertura de otra manera de ver y de sentir el tiempo y el espacio: según Clark, es un tiempo sin antes ni después; un espacio sin anverso ni reverso, sin dentro ni fuera, sin arriba ni abajo, sin izquierda y derecha. Es más: es un devenir de la forma de la tira de papel que se actualiza con cada vuelta del recorte en su superficie y genera la experiencia de un tiempo inmanente al acto de cortar. Por ende, esta otra manera de ver y de sentir le brinda el acceso a la experiencia de un espacio que no precede al acto, pero que es producto de este y que, por tal motivo, tampoco puede dissociárselo del tiempo. En síntesis: el espacio, vivido desde esa perspectiva, surgiría a partir de los devenires de las formas que se fueran creando en la superficie topológica de la cinta, producto de las acciones de cortarla.

Haz tu su propio *Caminhando*

Esta revelación deja a Lygia Clark perpleja y la lleva a transformar esta experiencia en una proposición artística a la cual le da el nombre *Caminhando*. La misma consiste en ofrecerle al público tiras de papel, tijeras y cola de pegar, junto con instrucciones de uso breves y sencillas, con una sola advertencia: cada vez que encuentren un punto elegido anteriormente para perforar la superficie, deben evitarlo para seguir recortando.



Haga su propio *Caminhando*

Quienes se dispusiesen a vivir esta obra, deberían apropiarse de los objetos que Clark ponía a su disposición. Con los mismos montarían sus propias bandas de Möbius efectuando una torsión en sus tiras de papel y pegando la superficie de uno de los extremos con el reverso de la otra. Deberían seleccionar entonces un punto cualquiera de su superficie para iniciar a partir del mismo el corte en sentido longitudinal y seguir cortando hasta que la misma se agotase, al no haber más espacio para efectuar nuevas perforaciones. En ese momento, independientemente de que haya sido respetada o no la advertencia formulada por la artista, la tira volvía a tener dos caras, y readquiría su frente y su reverso, su dentro y fuera, arriba y abajo, izquierda y derecha: dejaba entonces de ser una superficie topológica. Seguramente, no fue en vano que la artista formulase la recomendación: del hecho de tenerla en cuenta dependería la propia posibilidad de que hubiera obra. Sucede que el acto de cortar no es neutro: sus efectos varían según el tipo de recorte que cada quien elige para efectuar su “caminando”.

Si tenemos en cuenta aquella advertencia y seleccionamos un nuevo punto a partir del cual seguir cortando –a cada vuelta que demos por la superficie y nos encontremos con un punto ya perforado–, se producirá una diferencia en su forma y en el espacio que se crea a partir de ella. Dicha forma se irá multiplicando en una variación continua que solo se agota cuando ya no queda ninguna superficie por recortar. La obra se efectúa en la repetición del acto creador de diferencias, y en este culmina. En suma, la obra propiamente dicha es el acontecimiento de esa experiencia.

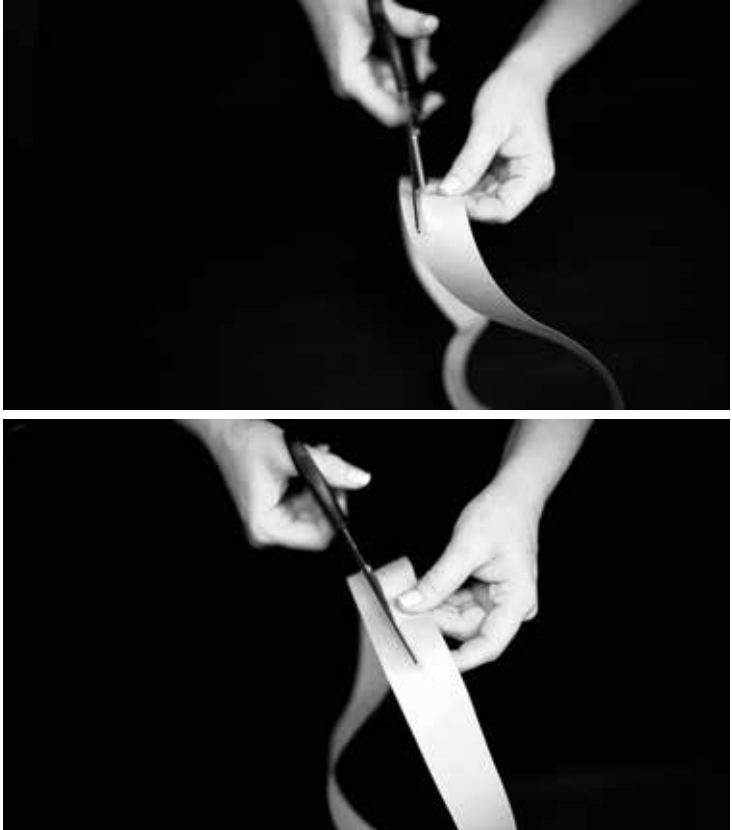


Si usted evita los mismos puntos para seguir recortando



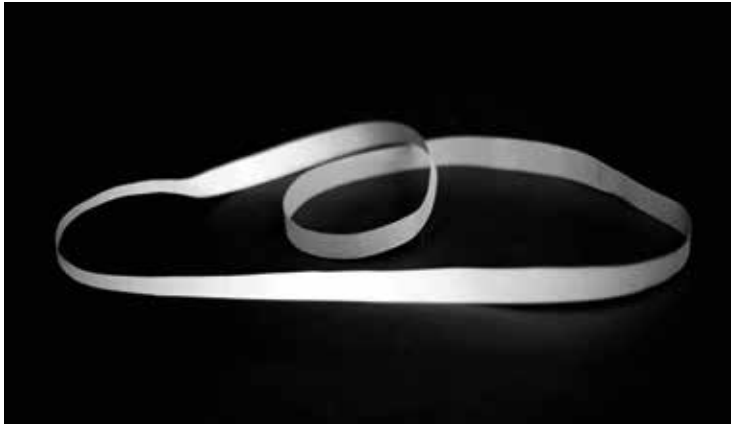
sus acciones producen diferencias

No obstante, en caso de que no sigamos las instrucciones de la artista e insistamos en volver a cortar a partir de un punto ya perforado, el resultado es la reproducción infinita de su forma inicial. Esta no cesará de permanecer idéntica a sí misma cada vez que repitamos la elección de nuestra acción hasta que no haya más lugar por dónde recortar. En este tipo de corte el acto resulta estéril, no produce obra, que sería el acontecimiento de la creación de una diferencia en la cual la obra como tal se plasmaría.



Si usted elije siempre el mismo punto para seguir recortando





sus acciones producen lo mismo

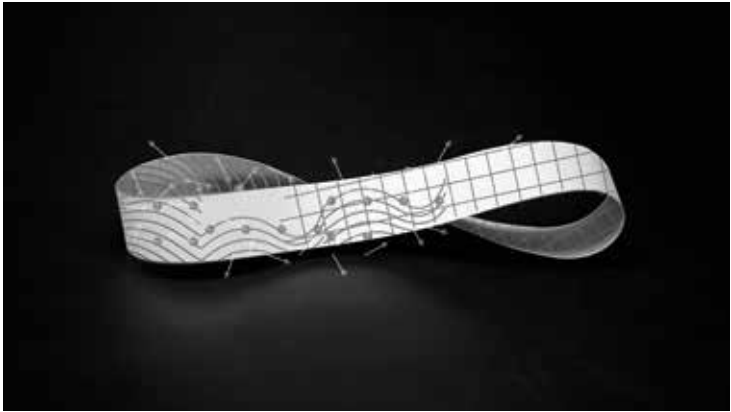
Pero, ¿qué tendría que ver todo esto con reapropiarse de la potencia de creación? Y más ampliamente, ¿qué tendría que ver todo esto con desplazarse de la política de producción de subjetividad bajo dominio del inconsciente colonial-cafisqueístico, en la cual se viabiliza la expropiación de esa potencia? La respuesta a estas preguntas depende de que examinemos la experiencia en la cual esta proposición se realiza como obra-acontecimiento y, sobre todo, de la elección de la acción que la vuelve posible y que la distingue de las elecciones que la impiden.

Con esta intención le invito, lector(a), a realizar un ejercicio de fabulación: proyecte una banda de Möbius sobre la superficie del mundo e imagínelo como una superficie topológica materializada con todo tipo de cuerpos (humanos y no humanos) en conexiones variadas y variables, lo que nos permitirá calificarla como “topológica-relacional”. Imagínese también que una de sus caras corresponda a las formas del mundo tal como este se encuentra moldeado en su actualidad, mientras que la otra corresponda a las fuerzas que se plasman en él en su condición de vivo y también a aquéllas que lo agitan desestabilizando su forma vigente. Imagínese también que, al igual que en la banda de Möbius, dichas caras resultan indisociables y constituyen una sola y la misma superficie: una sola cara.

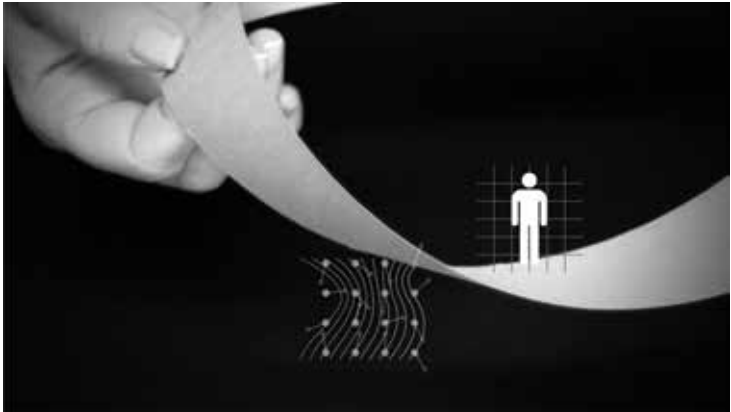
En efecto, no hay forma que no sea una concreción del flujo vital y, recíprocamente, no hay fuerza que no esté moldeada en alguna forma produciendo la sustentación vital de la misma, como así también sus transfiguraciones e incluso su disolución, en un proceso continuo de diferenciación. Con esto en mente, examinemos en primer lugar cómo aprehendemos las formas y las fuerzas respectivamente, el tipo de experiencias que dichas capacidades promueven, como así también la dinámica de la relación que se establece entre ambas.

Las formas y las fuerzas: una relación paradójica

Así como las formas y las fuerzas son distintas, no son las mismas las capacidades a través de las cuales se registran las señales de cada una de ellas. Del ejercicio de dichas capacidades resultan dos de las múltiples dimensiones de la experiencia compleja a la que le damos el nombre de “subjetividad”. Y así como las formas y las fuerzas, si bien son distintas, son inextricables y constituyen una sola y misma cara de la superficie topológica-relacional de un mundo, tales capacidades operan simultánea e inseparablemente en la trama relacional que se teje entre los cuerpos que la constituyen en cada momento, tengamos o no conciencia de las mismas e independientemente del grado en que mantengamos activa cada una de ellas para orientar nuestras elecciones y las acciones resultantes de las mismas.



Las dos caras de la superficie topológico-relacional de un mundo



Fuerzas Formas

Las señales de las formas de un mundo se captan por la vía de la percepción (la experiencia sensible) y del sentimiento (la experiencia de la emoción psicológica). De dichas capacidades está compuesta la experiencia más inmediata que tenemos de un mundo, en la cual lo aprehendemos concretamente y en sus actuales contornos: aquello denominamos como realidad. Son modos de existencia articulados según códigos socioculturales que configuran distintos personajes, sus lugares y su distribución en el campo social, que resulta inseparable de la distribución del acceso a los bienes materiales e inmateriales,

sus jerarquías y sus representaciones. Tales cartografías y sus códigos orientan ese modo de aprehensión de un mundo: cuando vemos, escuchamos, olemos o tocamos algo, nuestra percepción y nuestros sentimientos ya están asociados a los códigos y a las representaciones que disponemos y proyectamos sobre ese algo, que es lo que nos permite adjudicarle un sentido.

Propongo calificar a tal capacidad como “personal-sensorial-sentimental-cognoscitiva”. A través de esta se produce la experiencia de la subjetividad como “sujeto”, intrínseca a nuestra condición sociocultural y moldeada según su imaginario. Su función consiste en hacer posible que nos ubiquemos en la vida social: descifrar sus formas, sus códigos y sus dinámicas a través de la percepción, la cognición y la información, establecer relaciones con los otros a través de la comunicación y sentir las según nuestra dinámica psicológica. En resumen, el desciframiento de las señales de las formas nos permite existir socialmente.

Este modo de aprehensión del mundo nos es familiar por principio, pues está signado por los hábitos culturales que nos orientan en el cotidiano. Sin embargo, en las sociedades occidentales y occidentalizadas, bajo el poder del régimen colonial-capitalístico, la función que dicha capacidad desempeña adquiere un poder desmesurado. Sucede que en la política de subjetivación dominante en esos contextos tendemos a ceñirnos a la experiencia como sujetos y a desconocer que si bien la misma es sin lugar a dudas indispensable –por viabilizar la gestión del cotidiano, la sociabilidad y la comunicación–, no es la única que conduce nuestra existencia: varias otras vías de aprehensión de un mundo operan simultáneamente. Esta reducción constituye precisamente uno de los aspectos medulares del modo de subjetivación bajo el dominio del inconsciente colonial-capitalístico.

Examinemos ahora la vía de aprehensión de un mundo que nos permite captar las señales de las fuerzas que agitan su cuerpo y provocan efectos en nuestros propios cuerpos, ambos aquí en su condición de vivientes. Tales efectos resultan de los encuentros que tenemos –con gente, cosas, paisajes, ideas, obras de arte, situaciones

políticas u otras, etc.–, ya sea presencialmente o a través de las tecnologías de la información y la comunicación a distancia o por otros medios. Resultan de estos encuentros alteraciones en el diagrama de vectores de fuerzas y de las relaciones entre ellos, que producen nuevos y distintos efectos. Se introducen otras maneras de ver y de sentir que podemos asociar a la experiencia que Lygia Clark tuvo al recortar su banda de Möbius, y que la llevó a crear *Caminhando*. A esas otras maneras, Gilles Deleuze y Félix Guattari les dieron el nombre de “perceptos” y “afectos”, respectivamente.

El percepto se diferencia de la percepción, pues consiste en una atmósfera que excede a las situaciones vividas y sus representaciones. En cuanto al afecto, a este no debe confundírsele con la afectación, el cariño o la ternura, que corresponden al sentido usual de esa palabra en las lenguas latinas. Sucede que no se trata aquí de una emoción psicológica sino de una “emoción vital”, que puede ser contemplada en estas lenguas mediante el sentido del verbo afectar: tocar, perturbar, sacudir, alcanzar; sentido que, sin embargo, no se usa en su forma sustantivada. Los perceptos y los afectos no tienen imágenes, ni palabras, ni gestos que les correspondan –en definitiva, no tienen nada que los exprese–, y, no obstante, son reales pues se refieren a lo vivo en nosotros mismos y fuera de nosotros. Componen una experiencia de apreciación del entorno más sutil, que funciona de un modo extracognoscitivo al cual podríamos denominar intuición. Pero como esta palabra puede generar equívocos, prefiero denominarlo “saber-del-cuerpo” o “saber-de-lo-vivo”, o también “saber-eco-etológico”.⁹ Un saber intensivo, distinto a los conocimientos sensibles y racionales propios del sujeto.

Dicha capacidad, a la que propongo calificar como “extrapersonal-extrasensorial-extrapsicológica-extrasentimental-extracognoscitiva”,

9. Los sentidos usuales de la palabra “intuición” tienden a estar marcados por la perspectiva exclusiva del sujeto, a la cual se encuentra reducida la experiencia subjetiva en nuestra cultura, y que resulta en su logocentrismo. Desde esta perspectiva, todo y cualquier modo de desciframiento del mundo que sea distinto del modo cognitivo, propio del sujeto, es considerado inferior. Se llega incluso a demonizar la intuición en momentos en que su expresión amenaza demasiado el *statu quo*.

produce una de las otras experiencias del mundo que componen la subjetividad: su experiencia “fuera-del-sujeto”, inmanente a nuestra condición de cuerpo vivo, a la cual la denominé “cuerpo vibrátil” y, más recientemente, “cuerpo pulsional”. En esta esfera de la experiencia subjetiva, estamos constituidos por los efectos de las fuerzas y sus relaciones que agitan el flujo vital de un mundo y que atraviesan singularmente todos los cuerpos que lo componen, haciendo de este un solo cuerpo en variación continua, ya sea que se tenga o no conciencia de ello. Por ende, la función de esta capacidad consiste en permitirnos existir en ese plano, inmanente a todos los vivientes, entre los cuales se establecen relaciones variables que componen la biósfera en proceso continuo de transmutación. El medio de relación con el otro en este plano es distinto a la comunicación característica del sujeto: podemos por ahora denominarlo “resonancia” o “reverberación”, a falta de una palabra que lo designe más precisamente. En este plano no existe distinción entre sujeto cognoscente y objeto exterior: el otro, humano o no humano, no se reduce a una mera representación de algo que le es exterior, tal como lo es en la experiencia del sujeto: el mundo vive efectivamente en nuestro cuerpo y produce en este gérmenes de otros mundos en estado virtual.

La pulsación de esos mundos larvarios en nuestro cuerpo nos lanza a un estado de extrañeza. El mismo se intensifica en las sociedades occidentales y occidentalizadas, que actualmente abarcan el conjunto del planeta. Sucede que la reducción al sujeto en la política de subjetivación que prevalece en ellas implica permanecer disociados de nuestra condición de vivientes, lo cual nos separa de los afectos y perceptos y nos destituye del saber-de-lo-vivo. Con la obstrucción del acceso a los efectos de las fuerzas del mundo en nuestro cuerpo, aunque los mundos virtuales que estos engendran nos perturban, nos vemos impedidos de aprehenderlos, lo cual hace que su pulsación se vuelva más extraña aún. Este constituye un segundo aspecto esencial del modo de subjetivación bajo el dominio del inconsciente colonial-capitalístico, inseparable del primero.

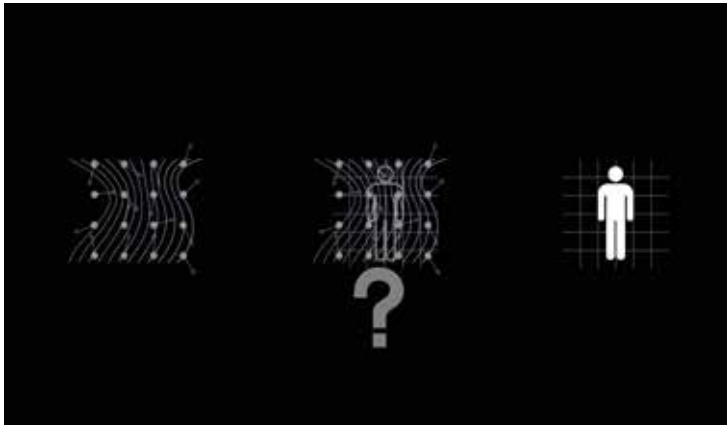
La paradoja disparadora del deseo

Las experiencias de cada una de las caras de la superficie topológico-relacional del mundo funcionan según lógicas, escalas y velocidades por entero dispares. Siendo estas simultáneas e indisociables, y al mismo tiempo irreductibles una a la otra, la dinámica de la relación que se establece entre ambas no es de oposición, sino que constituye una paradoja. Tal dinámica nunca desemboca en alguna síntesis (ni siquiera dialéctica), ni tampoco en la dominación o en la anulación de una por la otra (tal como lo prometen ciertas teorías del desarrollo cognoscitivo y psicológico, que son más bien ideologías que sostienen el imperio del sujeto, propio de la cultura moderna occidental colonial-capitalística). En suma, dicha relación no desemboca en cualquier tipo de armonía o estabilidad permanente; al contrario, al ser paradójica, es por principio ineludible y engendra una tensión constante, que varía únicamente en cuanto a su grado.

De este modo, los mundos virtuales engendrados en la experiencia de las fuerzas producen una fricción con la experiencia de las formas moldeadas según las cartografías socioculturales vigentes. La razón de esto es sencilla: el hecho de que tales cartografías constituyan la materialización de ordenamientos de fuerzas anteriores –distintos al actual, pues resultan de otros cuerpos y de otras conexiones entre ellos– impide la expresión de los mundos virtuales engendrados debido al nuevo ordenamiento de fuerzas en el presente. La subjetividad se ve lanzada a la experiencia de un estado concomitantemente extraño y familiar, lo cual desestabiliza su contorno y las imágenes que ella tiene de sí misma y del mundo, provocándole un malestar. Así es como se genera una tensión entre, por un lado, el movimiento que presiona a la subjetividad en dirección a “la conservación de las formas en que la vida se encuentra materializada” y, por el otro lado, el movimiento que la presiona en dirección “a la conservación de la vida en su potencia de germinación” –que solo se completa cuando tales embriones toman consistencia en otras formas de la

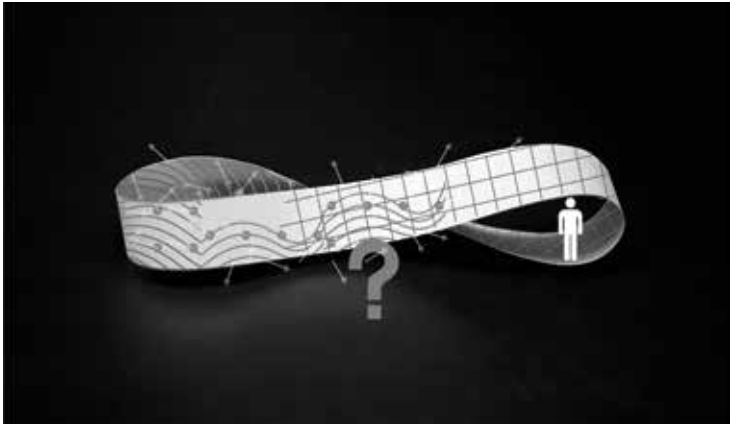
subjetividad y del mundo, poniendo en riesgo sus formas vigentes. Tensionada entre esos dos movimientos, la subjetividad se convierte en un gran signo de interrogación, para el cual tendrá que encontrar una respuesta.

Podemos llamar a este signo de interrogación tensionante “inconsciente pulsional”.¹⁰ Este constituye el motor de los procesos de subjetivación: la pulsación del nuevo problema dispara una señal de alarma que llama al deseo a actuar, de manera tal de recobrar un equilibrio vital, existencial y emocional. El deseo es entonces impelido a realizar cortes sobre la superficie topológico-relacional del mundo que le devuelvan a la subjetividad un contorno, una dirección y su sentido.



Lo extraño-familiar coloca una interrogación para la subjetividad

10. La noción de “inconsciente pulsional” que adoptamos aquí se inspira en la perspectiva desde la cual viene trabajando el psicoanalista y teórico brasileño João Perci Schiavon. Véase la nota 7.



La interrogación es una señal de alarma vital que convoca al deseo a actuar

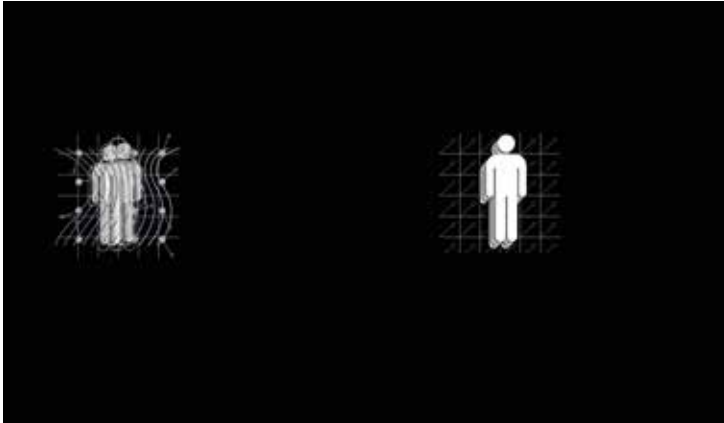
Es precisamente en el momento en que el deseo es convocado a actuar cuando se definirán sus políticas y aquello que las distingue: estas políticas corresponden a distintos regímenes de inconsciente pulsional. Para describirlas, sugiero que volvamos a la obra *Caminhando* que nos propone Lygia Clark, recordando ahora los dos tipos de corte en la superficie de la banda de Möbius que dicha proposición nos hizo posible seguir.

Fabulando dos polos opuestos de políticas del deseo

Ahora lx invito, lector(a), a reanudar el ejercicio de fabulación. En primer lugar, proyecte sobre la superficie topológica-relacional del mundo la acción de recortar. Posteriormente, y considerando que el deseo es aquello que actúa en nosotros, imagínese aquellos dos tipos de corte correspondiendo a dos políticas de acciones del deseo ante la interrogación que lo puso en movimiento, a sabiendas de que, por lo que vimos en *Caminhando*, la elección acerca de dónde y cómo cortar la superficie no es neutra. Imagínese entonces que las dos políticas del deseo en cuestión ocuparan los extremos opuestos en el vasto y complejo espectro de micropolíticas que orientan sus acciones en el

actual régimen, de cuyo embate resultan los destinos de la realidad: desde la posición del deseo más sumisa al régimen de inconsciente colonial-capitalístico, en la cual se produciría una entrega total a la expropiación de la fuerza de creación, hasta la más desviante, en la cual se plasmaría su total reapropiación.

Políticas del deseo en sus acciones pensantes



Micropolítica activa

Micropolítica reactiva

Resulta evidente que estas posiciones diametralmente opuestas son casos de figuras ficcionales: las mismas jamás dominan totalmente la orientación del deseo ni existen en estado puro. Oscilamos entre diversas micropolíticas o posiciones más o menos cercanas a una ética de la existencia que, en mayor o menor grado, varían en cada momento de nuestras vidas y a lo largo de su transcurso. Del mismo modo, es erróneo pensar el cuerpo colectivo –formado por el embate entre diferentes vectores de fuerzas del impulso vital, del cual resulta la construcción de la realidad– como homogéneo y, más aún, como estable, ya sea en la posición de dejar que esa fuerza sea apropiada o en aquélla que resiste a su apropiación e inventa otros mundos, con otro régimen del inconsciente que oriente sus formaciones. Si bien valernos de este artificio puede resultarnos útil, lo es solamente

porque nos permitirá distinguir con mayor nitidez las características esenciales de las micropolíticas con poder potencial de escapar del dominio del inconsciente colonial-cafisqueístico con respecto a aquellas que, al contrario de ello, nos llevan a someternos a este y reproducirlo *ad infinitum*. Esto nos permitirá igualmente explorar el tipo de formaciones del inconsciente que resulta de cada una de estas micropolíticas en el campo social.

La micropolítica activa y su brújula ética

Le pido que recuerde primero el tipo de acción del deseo que evita efectuar cortes en puntos anteriormente elegidos, tal como en *Caminhando* cuando se toma en serio la advertencia de Lygia Clark. Imagínese ahora este tipo de cortes realizados en la superficie topológica-relacional de un mundo, en la cual operan las acciones del deseo.

Pues bien, esta política del deseo es propia de una subjetividad que habita la paradoja entre sus dos experiencias simultáneas: como sujeto y fuera-del-sujeto. Una subjetividad que logra sostenerse en la tensión entre las fuerzas que de esas experiencias emanan, y que desencadenan ambos movimientos paradójicos que constituyen el inconsciente pulsional. Y que logra igualmente mantenerse alerta ante los efectos de los nuevos diagramas de fuerzas, generados en la experiencia intensiva de nuevos encuentros; y tolera las turbulencias que tales encuentros provocan en su experiencia como sujeto, precisamente las turbulencias que la lanzan al estado extraño-familiar. En otras palabras, se trata de una subjetividad que se encuentra apta para sostenerse en el límite de la lengua que la estructura y de la inquietud que este estado le provoca, soportando la tensión que la desestabiliza y el tiempo necesario para la germinación de un mundo, su lengua y sus sentidos. Sucede que ella sabe (extracognoscitivamente) sin saber (cognoscitivamente) que cortar la superficie en los mismos puntos no le devolvería el equilibrio, pues la mantendría confinada

en la forma que perdió su sentido, cuya falencia es responsable de su desestabilización.

Lo que orientará el deseo en sus cortes en este caso es la búsqueda de una respuesta al signo de interrogación que se le planteó a la subjetividad al verse desprovista de sus parámetros habituales. En sus acciones, este se conectará con puntos inhabituales de la superficie para hacer su corte, en busca de vías de paso hacia la germinación y el nacimiento del referido embrión de mundo que habita silenciosamente en el cuerpo. La actualización de este mundo en estado virtual que su germen anuncia se efectuará mediante la invención de algo –una idea, una imagen, un gesto, una obra de arte, entre otros; pero también un nuevo modo de existencia, de sexualidad, de alimentación, una nueva manera de relacionarse con el otro, con el trabajo, con el Estado o con cualquier otro elemento del entorno. Sea lo que sea ese algo, lo que cuenta es que cargue con él la pulsación de los nuevos modos de ver y de sentir –que se producirán en la trama de relaciones entre los cuerpos y que habitan en cada uno de ellos singularmente–, de manera tal de volverlos sensibles. En otras palabras, lo que cuenta es transducir¹¹ el afecto o emoción vital, con sus respectivas calidades intensivas, en una experiencia sensible –sea por la vía del gesto, de la palabra, etc.–, que se inscriba en la superficie del mundo, generando desvíos en su arquitectura actual.

Como en *Caminhando*, imagínese que en este tipo de cortes la forma inicial de la superficie topológica-relacional del mundo va multiplicándose y diferenciándose, en un proceso continuo de composición y recomposición. Por ende, en esa micropolítica, las acciones del deseo consisten en actos de creación que se inscriben en los territorios existenciales establecidos y en sus respectivas cartografías, rompiendo así la pacata escena de lo instituido.

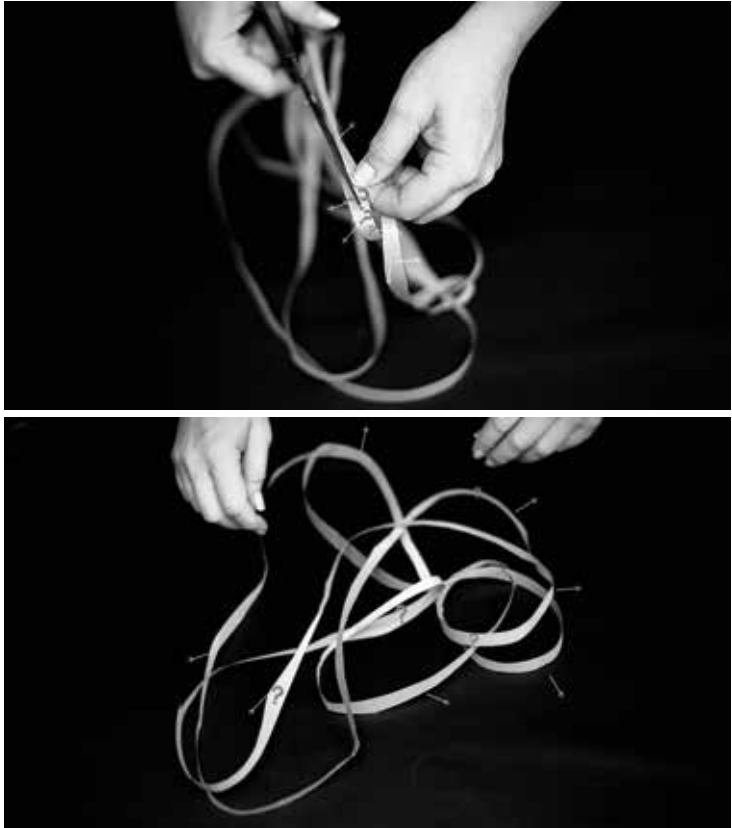
11. “Transducción” es una noción de la física que corresponde a un proceso mediante el cual una energía se transforma en otra de naturaleza distinta.

Micropolítica activa y su brújula ética





Esquivando el
inconsciente
colonial-
capitalístico



Vida noble, prolifera vida,
vida singular, una vida

En este caso de figura, el motor del deseo en sus acciones pensantes es la voluntad de conservación de la propia vida en su esencia, voluntad radicalmente distinta a aquélla que aspira a conservar la cartografía vigente. Sin embargo, la conservación de la vida no se hace separadamente de las formas vigentes en la superficie del mundo; lograr conservarla depende de la negociación con dichas formas de manera tal de encontrar los puntos en donde el deseo podrá perforar la superficie del mundo para inscribir en ellos los cortes de la fuerza instituyente. Una brújula ética lo guía: su aguja apunta hacia las

demandas de la vida en su insistencia de persistir manteniéndose fecunda cada vez que se ve impedida de fluir en la cartografía del presente. Dicha brújula orienta las acciones del deseo hacia la creación de una diferencia: una respuesta que sea capaz de producir efectivamente un nuevo equilibrio para la pulsión vital, lo cual depende de su poder de actualizarla en nuevas formas. Esta es la naturaleza de aquello a lo que puede dársele el nombre de “acontecimiento”, que es producido por este tipo de política del deseo: un devenir de la subjetividad e indisolublemente, del tejido relacional en el cual se generó su turbulencia y su ímpetu de actuar.

Regido por esta micropolítica, el deseo cumple su función ética de agente activo de la creación de mundos, propio de una subjetividad que apunta a ubicarse a la altura de lo que le sucede. Y si ampliamos el horizonte de nuestra mirada a los efectos de abarcar la superficie del mundo tal como esta se configura en la actualidad, constataremos que nos encontramos frente a la micropolítica de una vida individual o colectiva que logra reapropiarse de su potencia para, con ella, poder esquivar el poder del inconsciente colonial-capitalístico que la expropia. En suma, una vida que logra orientarse de acuerdo con una ética pulsional. Vida noble, vida prolífica, vida singular, una vida.

La micropolítica reactiva y su brújula moral

Le pido, lector(a), que se imagine ahora el tipo de acción sobre la superficie topológica-relacional del mundo de un deseo que insiste en elegir puntos ya conocidos para efectuar sus cortes, como en *Caminhando* cuando no se tiene en cuenta la advertencia de Lygia Clark. Este tipo de corte correspondería al otro caso de figura ficcional, ubicado en el extremo opuesto del amplio abanico de micropolíticas posibles: me refiero a la posición más sumisa al inconsciente colonial-cafishístico. Debido a que es precisamente esta la micropolítica que viabiliza la expropiación de la fuerza de creación, desmenucemos más detenidamente su dinámica.

A diferencia del modo de subjetivación que acabamos de vislumbrar, esta política del deseo es propia de una subjetividad reducida a su experiencia como sujeto, en la cual empieza y termina su horizonte. Por estar bloqueada en su experiencia fuera-del-sujeto, la misma se vuelve sorda a los efectos de las fuerzas que agitan un mundo en su condición viviente, ignorando aquello que el saber-del-cuerpo le apunta. El germen de mundo que la habita es vivido por la subjetividad como un cuerpo a tal punto extraño e imposible de absorberse que se vuelve aterrador, razón por la cual habrá que callarlo a cualquier costo, y lo más rápido posible.

Este tipo de subjetividad vive el universo exclusivamente como un objeto que le es exterior y lo descifra únicamente desde la perspectiva de su experiencia como sujeto. La imagen de sí misma que resulta de esa reducción es la de un individuo, un todo indivisible, tal como el propio vocablo lo indica. Es la imagen de una supuesta unidad cristalizada separada de las demás supuestas unidades que constituirían un mundo, el cual es indisolublemente concebido entonces como una supuesta totalidad organizada y acorde con una repartición estable de elementos fijos, cada uno en su supuesto lugar igualmente fijo.

Resulta evidente el tenor alucinatorio de esta imagen de una conservación eterna del *statu quo* de sí misma y del mundo, pues si tal conservación ocurriese efectivamente, esto implicaría un estancamiento de los flujos vitales que animan la existencia de ambos, lo cual en el límite significaría su muerte. Sin embargo, lo que lleva a la subjetividad a la creencia en ese espejismo es el miedo de que la disolución del mundo establecido cargue consigo su propia disolución. Sucede que, como el sujeto está estructurado en la cartografía cultural que lo dota de su forma y se espeja en ella como si fuese el único mundo posible, desde la perspectiva de este tipo de subjetividad reducida al sujeto, y que con él se confunde, el desmoronamiento de “un mundo” es interpretado como una señal del fin “del mundo”, como así también de su “supuesto sí mismo”. Si la tensión entre lo extraño y lo familiar conlleva para ella ese peligro imaginario es porque, así limitada al sujeto, la subjetividad desconoce el proceso que lleva a la constante transmutación de sí misma y del mundo, al no hallar un modo de sostenerse en él. Impedida de

imaginar otro mundo y de reimaginarse distinta a lo que considera ser su supuesto sí mismo, la subjetividad se protege en la creencia de que “este mundo”, el suyo, puede durar tal como es y para siempre. Tomada por el miedo que le provoca ese peligro imaginario de desfallecimiento, es invadida por fantasmas que la ensombrecen –seres de imágenes que se proyectan sobre sus experiencias, manteniéndola separada de las mismas–. Los fantasmas llevan la subjetividad a una interpretación errónea del malestar producto de la desestabilización que esa experiencia paradójica le provoca, que es vivido como “algo malo”. Así interpretado, dicho malestar se convierte en angustia del sujeto.



Micropolítica reactiva y su brújula moral





Sometiéndose al inconsciente colonial-capitalístico



Vida genérica, vida mínima, vida estéril, mísera vida

A diferencia de la micropolítica correspondiente al polo opuesto que describimos anteriormente, se trata aquí de una subjetividad que no logra sostenerse en la tensión de la paradoja entre sus experiencias como sujeto y fuera-del-sujeto, ni tampoco entre los movimientos paradójicos que su fricción desencadena, de los cuales se constituye el inconsciente pulsional. Lo que orientará los cortes del deseo en este caso será pues la evitación del signo de interrogación pulsional que la vibración del germen de mundo le coloca a la subjetividad. El deseo es convocado a recobrar apresuradamente un equilibrio, y lo hace orientado por una brújula moral cuya aguja apunta hacia la cartografía en la cual la vida se encuentra materializada en la superficie topológica-relacional del mundo en su forma actual. La aguja moral conduce al deseo en dirección al rastreo de modos de existir y representaciones –ambos resultantes de cortes anteriores– para encontrar un punto en donde apoyar su corte, de manera tal que la subjetividad pueda rápidamente rehacerse un contorno reconocible y librarse temporalmente de su angustia.

El mundo se convierte entonces en un vasto y variado mercado en donde la subjetividad tiene a disposición una infinidad de imágenes para identificarse y con las cuales establecerá una relación de

consumo que le permitirá recobrar el fugaz alivio de un quimérico equilibrio. La elección del deseo al respecto de dónde efectuar el corte en ese opulento mercado depende del repertorio de cada subjetividad y de la interpretación que esta haga de la razón de su incomodidad.

Al ser este malestar interpretado como “algo malo”, por supuesto que alguien debe ser el culpable. Reducida al sujeto, la subjetividad solo dispone de dos opciones para determinar de quién es la culpa de su estado inestable, y ambas opciones son fruto de construcciones fantasmáticas: el propio sujeto o un otro cualquiera escogido para cumplir el rol del villano. En otras palabras, o la subjetividad introyecta la causa de su desestabilización como una supuesta deficiencia de sí misma, lo que impregna su angustia de sentimientos de inferioridad y vergüenza, o la proyecta sobre una presunta maldad que le estaría apuntando a ella desde afuera, lo cual impregna su angustia de sensaciones paranoides, de odio y resentimiento.

Cuando la depreciación de sí y la vergüenza interrumpen la germinación de un mundo

En el primer caso, el de la introyección, y con la intención de aplacar el sentimiento de depreciación de sí mismo y de vergüenza, el deseo elegirá el punto de la superficie topológica-relacional del mundo más obviamente adecuado a tal fin. Son los productos de venta bajo receta archivada o retenida de la industria farmacológica, cuyo mercado se alimenta precisamente de ese desaliento y también lo alimenta, contribuyendo así a su perpetuación, ya que confirma la interpretación fantasmática de su causa y la angustia que le provoca al patologizar la experiencia de la desestabilización.¹² El uso que hará

12. Un ejemplo referente a la patologización de la experiencia de la desestabilización por parte de la psiquiatría que llega a ser caricaturesco, por no decir patético, es el diagnóstico de “bipolar” con el cual algunos psiquiatras clasifican a aquello que consideran que es la supuesta “enfermedad de los artistas”. Desde esta óptica, se interpreta como “depresivo” al estado de suspensión en que se encuentra la subjetividad del artista cuando está en pleno proceso de creación desencadenado por un germen

de ellos la subjetividad, sean cuales sean, apunta en ese caso a la neutralización de su angustia. El hecho de controlar químicamente su tensión no implica en absoluto que la subjetividad quedará más dispuesta para escuchar lo que su saber eco-etológico le señala: una disponibilidad para la cual, por cierto, el uso de determinados químicos podría eventualmente contribuir. Sucede que los químicos que se recetan en estos casos neutralizan no solo su angustia sino también los afectos que la provocaron, y tampoco viabilizan la recomposición de su contorno anterior. Como los medicamentos no le aportan la respuesta esperada, en la insistente ilusión de poder rehacerse de un equilibrio, manteniéndose en el mismo lugar a toda costa, el deseo deberá escoger otros puntos ya conocidos para conectarse a ellos, y en ellos efectuar sus cortes.

Para atribuir un sentido al sinsentido del estado en que se encuentra la subjetividad, el deseo efectuará sus conexiones y cortes en puntos de productos discursivos que ofrecen los traficantes de recetas de una paz redentora. La oferta es abundante: terapias de entrenamiento de la autoestima, libros de autoayuda o de anuncio de una supuesta *new age*, ideologías de toda índole e iglesias evangélicas¹³ de tipo fundamentalista, que proliferan a punto tal que puede hallárselas en cualquier esquina del planeta. Podrá también consumir religiones orientales que, en principio, tendrían el poder potencial de llevar a la subjetividad a experiencias de (re)conquista del saber-de-lo-vivo y su desarrollo en el transcurso de la existencia, ya que atribuyen ese saber a los humanos y no a un supuesto dios, y trabajan su desarrollo desde el nacimiento hasta la muerte en rituales individuales

de mundo que la habita, pero que aún no ha encontrado la expresión adecuada para llevarlo a lo sensible; y de “eufórico” o “maníaco” al estado de goce vital que se experimenta cuando tal germen encuentra su expresión.

13. El movimiento evangelista no se reduce a estas vertientes fundamentalistas. Existen incluso vertientes que ha venido desarrollando un trabajo comunitario en la línea de la Teología de la Liberación propuesta por la Iglesia Católica, y que sustituye en parte el trabajo que esta realizaba de una manera más amplia e intensa durante las décadas de 1960 y 1970. Por eso se enfatiza que se trata en este caso de iglesias evangélicas “de tipo fundamentalista”.

y colectivos. Esto hace de ellas más bien filosofías o éticas de la existencia que religiones propiamente dichas en el sentido que los occidentales tienden a concebirlas y practicarlas. Sin embargo, cuando estas filosofías son practicadas por subjetividades reducidas al sujeto, tienden a convertirse en religiones. El saber-de-lo-vivo es entonces proyectado esotéricamente sobre supuestas entidades superiores, y los rituales –cuya función consistiría en llevarlos a apropiarse de ese saber– se convierten en cunas para arrullar blancos desamparados y carentes que adquieren así una imagen de sí mismos. En su mundo esotérico, dicha imagen corresponde a lo que ellos llaman seres “evolucionados” y “espiritualizados”, lo que los calma durante un breve lapso de tiempo, permitiéndoles mantenerse en el mismo lugar. Sean cuales sean las recetas tendientes a adquirir esa supuesta paz, provocan alucinaciones fantasmáticas que se superponen a la evaluación de la realidad, acompañadas de rituales obsesivos que le permiten al sujeto canalizar la energía de su angustia en acciones que le devuelvan la ilusión de control. En ese mismo registro, el deseo también podrá conectar a la subjetividad con complejos discursos intelectuales, de los cuales en ese caso hará igualmente un uso alucinatorio, reduciéndolos a esqueletos de una retórica seca y vacía, destituida de la carne de un cuerpo vivo. En suma, un tipo de relación con tales discursos que neutraliza su potencia de afectar y la resonancia que dichos afectos podrían encontrar en el lector, favoreciendo su propia reapropiación o ampliación del saber-de-lo-vivo.

A decir verdad, da igual cuál será el punto discursivo elegido para el corte: desde la denominada “baja cultura” hasta las más sofisticadas piruetas filosóficas. Sucede que, desde la perspectiva de esta política de deseo, distintas visiones de mundo pasan a equivalerse, ya que la relación que la subjetividad establece con cualquiera de ellas es la misma: su consumo para recobrar temporalmente una voz a través de su mero eco. Sea cual sea la visión adoptada, se la emplea como un discurso cliché que le sirve de guía a una subjetividad que, al estar dissociada de su condición de viviente, no tiene cómo saber lo que le sucede, y mucho menos encontrar palabras para decirlo. En su

lugar, consume palabras ajenas envueltas en un aura de verdad que le permite idealizarlas y librarse de la depreciación de sí misma a través de su mimetización. Es eso que la vuelve presa fácil de cualquier imagen o discurso y la hace acatarlos como consignas.

Pero los fármacos y las plataformas discursivas por sí solas no aseguran la composición de un contorno que le devuelva a la subjetividad un equilibrio. Sucede que, para librarse de la vergüenza y del miedo a la exclusión que la depreciación de sí misma le provoca, la subjetividad deberá mimetizar también estilos de vida que le devuelvan, como las palabras, la sensación de pertenencia, la condición para sentirse existente. Para ello el deseo la conectará a productos que el mercado ofrece: los hay para todos los gustos y destinados a todos los segmentos sociales, y son seductoramente transmitidos por los medios de comunicación de masas. Dichos productos consisten en narrativas que transmiten imágenes de mundos siempre presentadas en escenarios idílicos, protagonizados por personajes idealizados. Deslumbrada, la subjetividad intentará mimetizarlos mediante el consumo de mercancías asociadas a dichos escenarios proveedores de *performances prêt-à-porter* (en el caso de la publicidad, esa dinámica se vuelve más evidente). Al igual que los medicamentos con receta archivada, las iglesias, las ideologías, los estimuladores de autoestima y los complejos discursos intelectuales, tales mercancías se usan como perfumes para camuflar el olor infecto de una vida estancada.

Cuando el odio y el resentimiento interrumpen la germinación de un mundo

En el segundo caso, que es cuando la subjetividad interpreta que la causa del malestar es una maldad que estaría supuestamente infligiéndosele desde afuera, el deseo elegirá como punto para su corte algo que le sirva de chivo expiatorio. Un cuerpo al cual la subjetividad lo vacía de su singularidad para transformarlo en pantalla blanca so-

bre la cual proyectará la razón de su malestar, que entonces se convierte en odio y resentimiento. Y ese otro demonizado puede ser una persona, un pueblo, un color de piel, una clase social, un tipo de sexualidad, una ideología, un partido, un jefe de Estado, etc. Son las xenofobias, las islamofobias, las homofobias, las transfobias y otras tantas fobias, como así también los racismos, los machismos, los chauvinismos, los nacionalismos y otros ismos. Esto puede derivar en acciones sumamente agresivas, cuyo poder de contagio tiende a crear las condiciones para el surgimiento de una masa fascista. No nos faltan ejemplos de esto en la actualidad: para quedarnos tan solo en el caso de Brasil, basta mencionar uno de los fenómenos que ocurrieron durante la campaña mediática que preparó el terreno para el reciente golpe de Estado. Las manifestaciones callejeras reunían miles de personas, muchas de ellas envueltas en la bandera brasileña, clamando fervorosamente por el *impeachment* a la presidenta Dilma Rousseff. Y algunos, muchos de ellos, llegaron al colmo de pedir la vuelta de la dictadura militar.

Sean cuales sean los puntos seleccionados para el corte en ambos casos de interpretación fantasmática de la causa del malestar provocado por la desestabilización –introyección y proyección–, las acciones del deseo regidas por una micropolítica reactiva tienen como efecto la disminución de la potencia de la condición de viviente: producen una especie de anemia vital, que no por ello se hace menos presente ni es menos poderosa en sus efectos. Como en aquellos cortes de la banda de Möbius de *Caminhando* cuando se ignora la advertencia de Lygia Clark, de la política de deseo reactiva resulta la eterna reproducción de las formas del mundo en su actual configuración.

Bajo el impacto de una micropolítica reactiva regida por una brújula moral, la subjetividad se disocia aún más de lo que le sucede. Y si ampliamos el horizonte de nuestra mirada para abarcar la superficie topológico-relacional del mundo tal como se encuentra configurada en la actualidad, constataremos que lo que se debilita es precisamente la potencia colectiva de creación y cooperación, que constituye la condición para la construcción de lo común, que emana del poder

de insurgencia y, al mismo tiempo, lo fortalece. Al revés, lo que se generará es la conservación del *statu quo*: así es la micropolítica de una existencia individual o colectiva que deja que su potencia vital creadora sea expropiada y se entrega por libre y espontánea voluntad; y llega incluso a hacerlo con fervor.

En síntesis, al comparar la política activa y la política reactiva de las acciones del deseo, en la primera se plasma efectivamente un nuevo equilibrio mediante un acto de creación que transmuta la realidad con su fuerza instituyente, mientras que en la segunda el equilibrio se rehace en forma ficticia y fugaz mediante un acto que, a decir verdad, interrumpe el destino de la “potencia de creación” propia de la vida para reducirla a la “creatividad”. Dado que la creatividad es tan solo una de las capacidades indispensables para el trabajo de creación, cuando esta se disocia del saber-del-cuerpo, se vuelve estéril y no hace sino de recomponer lo instituido. El deseo deja entonces de actuar en sintonía con lo que la vida le demanda y se desvía de su función ética.

Allí reside el veneno de la micropolítica inmanente a la cultura moderna occidental colonial-capitalística. Sus efectos tóxicos consisten en la separación de la subjetividad de su fuerza pulsional de germinación y sus secuelas: se estanca así la potencia deseante de creación de mundos en los cuales se disolverían los elementos de la cartografía del presente donde la vida se encuentra asfixiada. Disociada de ese modo, la subjetividad se encuentra lista para dejar que esta potencia sea cafisheada por el capital, y es el propio deseo que orientará sus acciones en tal dirección, al hacer que la pulsión pase a gozar en ese lugar.

Regido por este tipo de micropolítica, el deseo pasa a funcionar como agente reactivo que interrumpe el proceso de creación de mundos. Como los gérmenes de mundo que habitan los cuerpos se engendran en el encuentro entre ellos para formar el campo que los atraviesa a todos y hace de estos un solo cuerpo, la interrupción de su germinación en la vida de un individuo es también, e indisolublemente, un punto de necrosis de la vida a su alrededor. En otras palabras, cada vida que no se pone a la altura de lo que le sucede perjudica a la vida

de toda su trama relacional: el veneno que se produce se propaga como una peste por sus flujos y los intoxica, estancando su proceso continuo de diferenciación. Estos son los efectos de una vida sujeta al poder perverso del inconsciente colonial-capitalístico. Una vida genérica, una vida mínima, una vida estéril, una mísera vida.

Cuando el abuso perverso se refina

En el marco del capitalismo globalitario financierizado, tal como lo hemos visto aquí, se transmuta, se refina y se intensifica el abuso perverso de la fuerza de trabajo (en el sentido amplio de todo tipo de acción en la cual se materialice el movimiento de la fuerza vital), abuso que constituye la esencia de la tradición colonial-capitalística. Lejos estamos del régimen identitario que estructuraba a la subjetividad en el fordismo, y le atribuía la forma de su fuerza de trabajo (en este caso en sentido literal) y de cooperación. En su nuevo pliegue, se produce una subjetividad flexible, gestora de su propia potencia pulsional, lo cual, tal como se mencionó al comienzo, parecería favorecer su libertad para imprimirle un destino de expansión vital. Sin embargo, por el hecho de que la subjetividad se encuentra reducida al sujeto, el deseo tiende a desviar esa potencia de su destino ético, con la esperanza de asegurarle su supuesta estabilidad y su sensación de pertenencia. De este modo, lo que se genera en este proceso son formas de existencia de las cuales se extrae libremente capital económico, político y cultural. Por ende, y mediante las acciones del propio deseo, la subjetividad alimentará la acumulación de capital y su poder, ofreciéndose gozosamente al “sacrificio”, como la trabajadora sexual que, mientras no le cae la ficha, se ofrece a su proxeneta con la esperanza de que este le asegure no solo la supervivencia sino el propio derecho a existir.

Por sí solo, esto ya sería suficiente como para fomentar la producción de un deseo reactivo. Pero existen otros factores que contribuyen para que ése sea el destino predominante de la fuerza pulsional,

ahora supuestamente autogestionada. Con los avances de las tecnologías de la información y de la comunicación, que en el actual régimen son cada vez más veloces, el malestar de la paradoja, impulsor de los procesos de subjetivación, se vuelve más frecuente y más intenso. La subjetividad flexible es incesantemente bombardeada por imágenes del mundo y narrativas –cosa que se agrava con su proliferación robótica que las multiplica al infinito–, que hacen que caduquen más rápido sus contornos, ya de por sí efímeros. Frente a ello, por estar reducida al sujeto, aumenta su propensión a someterse a respuestas *prêt-à-porter* que, como ya se ha consignado aquí, esos mismos medios le ofrecen en abundancia. Esa dinámica crea el suelo que sostiene aspectos esenciales del nuevo régimen. Su ventaja para la economía es obvia: las mercancías encuentran en la fragilidad –y en su interpretación fantasmática que hace el sujeto, que proyecta en la fragilidad el peligro imaginario de exclusión, ya sea por depreciación de sí mismo o por persecutoriedad paranoide– la base para su consumo asegurado. Pueden así multiplicarse al infinito, pero la operación de incremento de la fragilidad no se detiene por ahí: también se la emplea en la estrategia de poder introducida por la nueva versión del régimen, en la cual se aúnan procedimientos micropolíticos a los tradicionales procedimientos macropolíticos, en una triple alianza compuesta por los poderes Judicial, Legislativo y mediático.

Cuando el poder se vale del deseo como su principal arma

Si bien desde el capitalismo industrial los medios de comunicación de masas han venido erigiéndose como un importante equipamiento del poder, bajo la nueva versión del régimen estos adquieren un protagonismo sin precedentes, sobre todo merced a los avances tecnológicos que permiten entablar una comunicación generalizada en tiempo real. Un ejemplo de ello lo constituye lo que se ha venido haciendo en diversos países de América del Sur durante la última década. Con base en la edición de información seleccionada en una alianza situada entre

las pesquisas policiales y el Poder Judicial, los medios elaboran relatos que, al transmitirlos en tono dramático, amplifican y agravan la imagen de la crisis económica y del peligro de la cual esta sería portadora. Esto alimenta la búsqueda desesperada de una salida que llevan a cabo las subjetividades, una salida que les será ofertada por la misma narrativa, bajo la figura ficticia de un personaje de chivo expiatorio sobre quien recaerá la culpa de la situación de crisis, también ficticiamente fraguada. Así como la construcción de este relato se basa en información real que, así y todo, es seleccionada y editada, también asumirán los roles de chivos expiatorio figuras o partidos que se pretende eliminar del escenario político, alrededor de los cuales se enfoca precisamente la selección y la edición de informaciones.

Transmitidas día tras día, repetidas varias veces y con diferentes tonos de dramaticidad, dichas narrativas ofrecen una plétora de señales que confirman la escena temida, portadora del peligro de disgregación inminente, fabulado por una subjetividad reducida al sujeto. Al sucumbir al miedo, a punto tal de que este sobrepasa el límite de lo metabolizable y se vuelve traumático, la subjetividad está lista para aferrarse al cuento del chivo expiatorio para proyectar en él la causa de su malestar, como su única salida, o al menos la más disponible en lo inmediato. Por ende, dichos relatos son recibidos con alivio, y cada uno los adopta como verdades; y juntxs, esos cada uno suman muchxs. Sucede que estos justifican el malestar y permiten expulsarlo de uno mismo al proyectarlo sobre otro, aparte de que su efecto de contagio genera una sensación de pertenencia en subjetividades que, al no tener acceso al cuerpo vivo del mundo al cual pertenecen por principio –acceso a partir del cual podrían participar en la construcción de lo común–, se sienten aisladas y temen que se las humille y se las excluya de la convivencia social. Las manifestaciones públicas masivas de este tipo de subjetividades constituyen el ritual colectivo que les ofrece a estas la sensación de pertenecer a una comunidad homogénea, que forma un todo supuestamente estable y que suplanta a la construcción múltiple y variable de lo común; y que las protege contra la amenaza imaginaria que esa construcción les trae.

Con base en este trauma inducido se construyen las condiciones necesarias que requiere el poder sin límites del capitalismo globalitario, que pasa por la toma del poder del Estado, en las situaciones en que este aún no se encuentra enteramente en sus manos. Esto se hace mediante algunas operaciones que se alternan y se juntan, practicadas en distintas dosis. La primera la constituyen las elecciones enmascaradas de expresión de la voluntad popular, una voluntad que a decir verdad es mero fruto de una manipulación populista, mediante la aplicación de los procedimientos antes mencionados. La segunda se refiere a las operaciones fraudulentas al momento del voto, y la tercera al juicio político de los gobernantes en el poder, de ser necesario. Este le compete al parlamento, y se lo disfraza de recuperación de la democracia mediante una ficción jurídica que le asegura la legitimidad y su amplio apoyo popular, una legitimidad que, en ese caso, es maniobrada mediante la divulgación mediática masiva de tal ficción. Si bien los golpes de Estado perpetrados por la fuerza de las armas militares le interesaban al capitalismo industrial, ahora ya no le interesan al capitalismo financierizado. Los estados totalitarios constituyen una piedra en el camino de la libre circulación de capitales, aparte de que este tipo de estados promueve el principio identitario, cuando el nuevo régimen requiere de subjetividades flexibles.

En lugar de la fuerza de las armas militares, las armas de las cuales se vale el capitalismo globalitario son de dos tipos: la fuerza pulsional y su portavoz, el deseo, su arma micropolítica, articulada a una alianza con las fuerzas políticas locales más reactivas, su arma macropolítica. Estas últimas se encarnan en figuras ignorantes, groseras, embrutecidas y sumamente conservadoras, remanentes de un capitalismo prefinancierizado y, en la mayoría de los casos, de una mentalidad aún más arcaica, prerpublicana, colonial y esclavista. Estos personajes patéticos son usados como testaferreros para realizar el trabajo sucio de expulsión de la escena de los políticos progresistas, a modo de preparación del terreno para la toma del poder por el capitalismo financierizado, mundial por su propia naturaleza, ya que en el mapa de su circulación no existen fronteras nacionales.

En el caso de Brasil, resulta fácil encontrar este tipo de figuras en los tres poderes: Legislativo, Ejecutivo y Judicial, instaladas en ellos desde siempre; solo actualizan sus discursos y sus procedimientos. Para quedarnos tan solo en dos ejemplos más obvios, citemos en primer lugar a los diputados ruralistas, los dueños del agronegocio, que destruye los ecosistemas y expulsa a las comunidades originarias de sus territorios ancestrales, recuperados gracias a la Constitución Brasileña de 1988, cuando no las diezman literalmente en un genocidio impune, al cual ni siquiera se lo muestra en la prensa local. En segundo lugar, gran parte de los diputados evangelistas, con su moralismo hipócrita y su cerril machismo heteronormativo, patriarcal y familiarista, que se justifica y se legitima por la supuesta voluntad de Dios. Más ampliamente están los corruptos, que proliferan indistintamente por todos los partidos y que viabilizan espurios negocios de Estado a cambio de coimas de las empresas, mediante la sobrefacturación y otros ardides. El ejemplo más obvio es el de las contratistas responsables de la construcción de equipamientos públicos que, si bien son empresas brasileñas, su capital es transnacional, a excepción de algunas como Odebrecht.

El trabajo sucio consiste antes que nada en la preparación y la realización de la expulsión de los políticos progresistas de la escena. Una vez consumada esta primera tarea, la segunda consiste en tomar decisiones rápidamente en el ámbito del Poder Ejecutivo y/o del Poder Legislativo, a menudo votadas entre gallos y medianoche, cuando todos duermen, o durante las vacaciones o feriados, especialmente los de Navidad y Año Nuevo, cuando la sociedad está distraída haciendo compulsivamente compras de regalos y en celebraciones de familia, con ansias de escenificar una imagen de felicidad y armonía. Se hace difícil seguir el ritmo alucinado de tales decisiones, pues cuando la sociedad (o al menos parte de ella) se percata de una de ellas, ya se ha tomado otra igualmente violenta que, una vez más, pasa desapercibida. Ni siquiera se hace necesario decir que dichas decisiones consisten básicamente en dismantelar las leyes laborales y previsionales, y quitar la responsabilidad del Estado en los sectores de la educación,

la salud, la vivienda y las condiciones urbanísticas –lo cual afecta básicamente a los estratos más desfavorecidos–, así como privatizar la mayor cantidad posible de bienes públicos, sobre todo aquellos que el capital privado codicia debido a su alta rentabilidad.

Sin embargo, una vez realizado el trabajo sucio, empieza un segundo capítulo, en el cual los personajes que lo ejecutaron pasan a ser también eyectados con los mismos procedimientos jurídico-mediáticos que habían expulsado de la escena a los políticos progresistas. Esta estrategia consiste en multiplicar día tras día las órdenes de detención de esos políticos, al tiempo que se detiene también a los dueños y a los altos ejecutivos de las principales megaempresas con ellos mancomunados. A partir de las delaciones “premiadas” de “arrepentidos”, unos contra otros, se pasa a privilegiar las informaciones referentes a la corrupción de esos políticos que son afiliados precisamente a los partidos que asumieron el rol de testaferros en el derrocamiento de los gobiernos progresistas. Estos se convierten en los nuevos protagonistas, en el rol de chivos expiatorios, en el relato mediático. No obstante, esto no quiere decir que se retira el foco puesto sobre los políticos de los partidos progresistas: este perdura a la orden del día hasta su total destrucción. Con esta operación se resuelven dos problemas de un solo golpe. El primero consiste en purgar de estos personajes patéticos el escenario político, mediante su condena, lo que les quita el derecho de ejercer funciones públicas. Esto cuenta con la ventaja adicional de darle a la operación una máscara de neutralidad, ya que aparenta imparcialidad, pues apunta no solo a los partidos de izquierda sino también a todos los demás partidos. Así es como se lleva a creer que es sobre la corrupción que recae su presunto foco, y que no tendría nada que ver con posiciones políticas. Se le infunde de este modo una mayor verosimilitud a la ficción de la legitimidad constitucional que encubre el golpe de Estado recién perpetrado, el cual, por cierto, sigue su curso mediante esta operación. El terreno queda entonces expedito para la toma del poder por parte de los administradores formados en el capitalismo de última generación, que aceitarán los rieles del país para facilitar el tráfico más eficiente de los flujos del capital financierizado,

aboliendo cualquier barrera a su libre circulación. El segundo problema que se resuelve es el de la ampliación de la escena económica para la disputa de los negocios locales, los cuales se extienden a otros países, fundamentalmente de Latinoamérica y África, cuyos mercados fueron conquistados en su mayoría durante los gobiernos del Partido de los Trabajadores. Y todo esto es recibido de brazos abiertos por gran parte de la sociedad brasileña, a esta altura enteramente identificada con el relato mediático. El último capítulo de esta narrativa consistirá seguramente en presentar al capital financierizado en el rol de salvador de la Patria que, de poder alzarse con el mando pleno del país, le devolverá a este la dignidad pública y reestablecerá su economía, tras la grave crisis orquestada deliberadamente en los capítulos anteriores.

En América Latina, dichos procedimientos se emplean para desmantelar a los gobiernos progresistas que se habían instalado durante las últimas décadas en algunos de los países del continente, tras la disolución de las respectivas dictaduras militares que transcurrió a lo largo de la década de 1980. En el momento del ascenso de la izquierda al poder empieza a concebirse la serie de la nueva modalidad de golpes. El primer laboratorio de la consumación de la nueva estrategia de poder fue la destitución de Fernando Lugo de la presidencia de Paraguay en 2012.¹⁴ Una vez comprobada la eficacia del nuevo concepto de golpe, la producción de la serie en Brasil, que había empezado a concebirse en 2002 con la elección de Lula da Silva, se intensifica y gana en velocidad día tras día, para culminar con el *impeachment* a la presidenta Dilma Rousseff en 2016. En las mencionadas grandes manifestaciones de masas a favor de su destitución, el mantra que decía “la culpa es de Dilma”, que poco a poco tomó frenéticamente las calles y las plazas de todo el país, surgió precisamente del consumo de la ficción que los medios habían construido, que tenía a la presidenta, al Partido de los Trabajadores y a sus cuadros –y fundamentalmente a su líder, Lula da Silva– en los papeles principales de

14. La estrategia mediática-judicial-parlamentaria que preparó el “golpe” en Paraguay se puso en marcha en el año 2008 y se consumó en 2012.

chivos expiatorios.¹⁵ Esto ha venido ocurriendo en otros países latinoamericanos cuando aún les queda a sus gobernantes progresistas algún tiempo de mandato.

En tanto, en otras situaciones, cuando sus mandatos se acercan a su fin, la estrategia mediático-jurídico-parlamentaria se inscribe en la preparación de las elecciones, eliminando de la disputa al(a los) candidato(s) más progresista(s), de manera tal que la misma transcurra entre candidatos neoliberales y ultraconservadores, siendo que estos últimos, tal como ya hemos visto, constituyen un indeseable efecto colateral de su empoderamiento por el propio capitalismo financierizado que se apoya en ellos para la preparación de la toma del poder. Este es el caso de Perú,¹⁶ donde el candidato progresista perdió abultadamente contra el candidato neoliberal que venció por un pequeño margen de diferencia con relación a la candidata ultraconservadora.

15. La narrativa ficcional logra hechizar a las masas porque hace eco en su subjetividad, y no solamente porque esta se encuentra fragilizada debido a la amenaza de la crisis propagada por tal ficción. La base del éxito de este hechizo es también el hecho de que su pulsión vital se encuentra bajo el efecto del proxenetismo y su estructura está fuertemente signada por la tradición colonial-esclavista, de la cual forma parte un sólido prejuicio de clase, incluso entre quienes se encuentran en la base de la pirámide social.

16. Durante la campaña electoral para reemplazar a Ollanta Humala al final de su mandato en la presidencia de Perú, a mediados de 2016, su figura fue destruida por la triple alianza de los poderes mediático, Judicial y Legislativo, que logró bajar drásticamente su aprobación del 57,3% al comienzo de su mandato al 16% en el año de las elecciones. La disputa quedó entonces entre representantes de los dos poderes que actualmente dominan la escena mundial: el banquero de inversiones y economista neoliberal de centroderecha Pedro Pablo Kuczynski y la candidata de extrema derecha Keiko Fujimori, la hija del expresidente Alberto Fujimori, un dictador particularmente siniestro que gobernó el país entre 1990 y 2000, y que actualmente se encuentra cumpliendo una condena a 25 años de cárcel por sus delitos de corrupción, secuestro y asesinato. Una campaña de igual ferocidad a la que se orquestó contra Humala fue dirigida a la representante del ascenso de las fuerzas conservadoras para darle la victoria a su rival, pero con un cuasi empate. Kuczynski ya no es presidente de Perú ahora. La estrategia de la nueva modalidad de golpe se lo tragó: fue depuesto a comienzos de 2018 y reemplazado por el vicepresidente Martín Vizcarra Cornejo, que cuenta con el apoyo del Congreso, incluso de Fuerza Popular, el partido de Keiko Fujimori. El principal foco de acusación que llevó a su juicio político lo constituyeron sus relaciones con la empresa Odebrecht, la cual no por casualidad en ese mismo momento desempeñaba el rol de chivo expiatorio durante la segunda temporada de la serie del golpe en Brasil.

El abuso produce traumas y se alimenta de ellos

Por ende, y por principio, la subjetividad flexible producida por ese régimen es mantenida constantemente en estado de fragilidad, a la vera del trauma o a menudo sobrepasando ese umbral y zozobrando en el naufragio. Esto se efectúa a través de los tres procedimientos antes referidos: su reducción al sujeto y el constante colapso de sus formas de existencia y de sus respectivos sentidos, un colapso encubierto por el suministro inmediato de narrativas ficticias que se le inculcan diariamente a través de los medios de comunicación. Pero hay también un cuarto procedimiento del capitalismo financiarizado que contribuye para con esa fragilización de la subjetividad, sobre todo en los estratos más desfavorecidos: la precarización de la fuerza de trabajo legalizada por la anulación de las leyes laborales por parte de los estados neoliberales, una anulación que se legitima con el argumento de que así cada trabajador tendrá su autonomía para negociar. Tal ilusión se apoya en la destrucción del imaginario progresista antes mencionada y, al mismo tiempo, la sostiene y la refuerza. Ahora bien, tal precarización, sumada a una supuesta autonomía, deja a las subjetividades más traumatizadas e imposibilitadas de actuar. Entonces se vuelven más vulnerables al abuso, y están listas para entregar su fuerza pulsional a la proxenetización, en la ilusión de que esta les traerá de vuelta un contorno y un lugar. Y más ampliamente, también es así como la potencia colectiva de creación y cooperación es canalizada para sostener y alimentar el *statu quo*, ya sea mediante la apropiación de la fuerza de trabajo, del consumo desenfrenado, del apoyo masivo a golpes de Estado o electorales o de otras estrategias micropolíticas del régimen no mencionadas aquí. En suma, es así como la potencia del deseo es desviada de su destino ético, activo y creador para ser apropiada por el capital y convertirse en potencia reactiva de sumisión.

Allí es donde reside la perversión del régimen colonial-capitalístico en su nueva versión y, también, su real peligro. El régimen se nutre de la amenaza imaginaria que se genera en la subjetividad debido a

su separación de la condición de viviente. Y al mismo tiempo, nutre al fantasma de esa amenaza, al mantener a la subjetividad cautiva en esa reducción. La situación que estamos viviendo es una incubadora de ese peligro real y no hay ninguna garantía de que pueda evitarse-lo. El uso de la micropolítica que hace el capitalismo financierizado transnacional para obtener poder macropolítico, sumado al uso de políticos disponibles para efectuar el trabajo sucio y al incremento del conservadurismo, cuenta con grandes posibilidades de producir una crisis de proporciones incontrolables. Esto es precisamente lo que está ocurriendo y que deja la atmósfera irrespirable. La elección de Trump como presidente de Estados Unidos y de candidatos de extrema derecha en Europa, así como el Brexit y el vislumbre de desmantelamiento de la Unión Europea, constituyen tan solo sus síntomas más notorios. En el plano local tampoco faltan ejemplos, pero son tantos que el hecho de hacer mención a ellos tomaría un espacio infinito y nos apartaría de nuestro foco, aparte de que citarlos aquí sería innecesario y redundante, ya que están ampliamente presentes en los noticieros cotidianos y en una vasta bibliografía se los describe y se los analiza.

Lo que importa aquí es reconocer que, en esa balanza inestable entre el neoliberalismo y el conservadurismo extremo temporariamente asociados, el peso puede pender hacia el segundo y con pleno apoyo de las masas que, como barras bravas, retroceden al principio identitario en su máxima rigidez, tanto en el plano individual y de grupos –como clase, etnia, género, raza, etc.–, como en el plano nacional. Esta amenaza sobrevuela el planeta actualmente, lo que para el capital transnacional implicaría, en principio, la amenaza del cierre de las puertas a su libre flujo. En síntesis, parece estar saliéndole el tiro por la culata al capitalismo financierizado. Esto no nos aporta ninguna ventaja, pues tanto el régimen colonial-cafisqueístico en su nueva versión como el retorno a un conservadurismo nacionalista, arcaico y fatal –un efecto inevitable del propio régimen y que lo pone en crisis por su propia lógica– son igualmente nefastos, aunque de distintos modos. No se trata aquí de elegir cuál de ellos es menos peor, pues al estar ambos intrínsecamente ligados, lo más grave es precisamente su explosiva combinación.

Es exactamente a esta situación que se refiere el término “siniestro” evocado al comienzo de este ensayo para calificar a la atmósfera que nos envuelve en la actualidad. La mezcla de varios tiempos de la historia del capitalismo, todos ellos en su cara más perversa, complejiza aún más las dinámicas del poder y, por consiguiente, también su desciframiento y la invención de estrategias tendientes a combatirlas. Si bien esto es alarmante, ha de reconocerse que, precisamente por esta razón, nos lleva a expandir y complejizar la propia noción de resistencia y más ampliamente, la de política. Esto genera un cierto aliento, en la contracorriente de la tendencia a sucumbir al miedo y a las habituales reacciones que este provoca: ya sea la parálisis melancólica o la prisa por actuar para librarse de él aferrándose a viejas concepciones de resistencia que no tienen ya sentido, y quizá sea este el caso del propio concepto de resistencia, signado por una lógica de la negación, la oposición y la no aceptación, que no incluye la positividad de una acción transformadora.

Ante este nuevo escenario, se hace evidente que no basta con tomar para uno mismo la responsabilidad como ciudadano y luchar por una distribución más justa de los bienes materiales e inmateriales, como así también de los derechos civiles y, más allá de estos, del propio derecho a existir. Esto es lo mínimo que se debe anhelar, y cuando ni siquiera se asume esta responsabilidad es porque la disociación ha llegado a un nivel de patología alarmante.

Pero más allá de esta tarea, es necesario también tomar para uno la responsabilidad como ser vivo y luchar por la reapropiación de las potencias de creación y de cooperación, y por la construcción de lo común que depende de ella. En otras palabras, no basta con un combate por el poder macropolítico y contra aquéllos que lo detentan: se debe librar igualmente un combate por la potencia afirmativa de una micropolítica activa investida sobre cada una de nuestras acciones cotidianas, incluso en aquéllas que implican nuestra relación con el Estado, ya sea que estemos dentro o fuera de este. ¿No será precisamente este el combate que libra el nuevo tipo de activismo que está proliferando por el planeta?

Se vuelve pues indispensable entonces pensar y actuar en dirección hacia una micropolítica activa, de manera tal de enfrentar esta situación igualmente en el plano de la subjetividad, del deseo y del pensamiento, el plano en el cual se sostiene existencialmente el capitalismo financierizado transnacional tanto en su faceta neoliberal como en la conservadora, su adversario monstruoso que él mismo generó. La conquista de esta posibilidad depende de que se rompa el hechizo del poder tsunámico de la micropolítica reactiva del capitalismo globalitario que se propaga por todas las esferas de la vida humana, destruyendo sus modos de vida y, sobre todo, su potencia esencial de creación y transmutación. Esto implica la desidentificación con los modos de vida que el régimen construye en lugar de aquéllos que devastó, a fin de que podamos desertar de ellos, no para volver a las formas del pasado sino para inventar otras, en función de los gérmenes de futuros incubados en el presente. Solo así la idea de reapropiarse de la fuerza colectiva de creación y cooperación, el medio indeclinable para combatir el actual estado de cosas, tendrá posibilidades de salir del papel y de los sueños utópicos para convertirse en realidad.

Cuando pensar y resistir se convierten en una sola y misma cosa

Decía al comienzo de este texto que no es por decreto de la voluntad o por la buena intención de la conciencia que se logra obrar en la dirección de esta reapropiación. Ahora quizá quede más claro por qué sugería que este es un trabajo que debe realizar cada uno en su propia subjetividad, y en la trama relacional a la que esta es indisociable, de manera tal de desplazarse de la sumisión al poder del inconsciente colonial-capitalístico. Quizá quede también más claro por qué afirmaba que es intrínseca a esta tarea la necesidad de desplazarse en el ámbito del pensamiento, no en su contenido sino en el propio principio que rige su producción, del cual resultan precisamente sus contenidos y sus modos de evaluación del presente. Si consideramos que a cada modo de producción de la subjetividad y

del deseo le corresponde un modo de producción del pensamiento, vale la pena retomar aquí aquellos dos polos ficticios de la amplia gama de micropolíticas, desde la más activa hasta la más reactiva, para examinar brevemente en qué se diferenciarían los principios que rigen la producción del pensamiento en cada una de ellas y sus efectos sobre los destinos de la vida social.

Desde la perspectiva ética del ejercicio del pensamiento que rige las acciones del deseo en el polo activo, pensar consiste en “escuchar” los afectos, efectos que las fuerzas de la atmósfera del ambiente producen en el cuerpo, las turbulencias que provocan en él y la pulsación de mundos larvarios que, generados en esa fecundación, se le anuncian al saber-de-lo-vivo; “implicarse” en el movimiento de desterritorialización que dichos gérmenes de mundo disparan y, guiados por esa escucha y por esa implicación, “crear” una expresión para aquello que pide paso, de modo tal que adquiriera un cuerpo concreto. Los efectos del pensamiento ejercido desde esta perspectiva tienden a ser el “contagio potenciador” de las subjetividades que lo encuentran o, más precisamente, su “polinización”;¹⁷ la “transfiguración” de la superficie topológica y relacional de un mundo en su forma vigente por la irrupción de ese cuerpo extraño en su contorno familiar; la “transvaloración” de los valores que en él predominan.

En tanto, desde la perspectiva de su polo reactivo, pensar consiste en “ensordecerse” a los afectos, a las turbulencias que ocasionan y a las demandas de la vida que estas necesariamente movilizan; “reflexionar”, o reflejar como en un espejo una supuesta verdad que estaría oculta en la oscuridad de la ignorancia y que “explicaría” la desterritorialización –el delirio de un sentido que la enmascara y

17. El término “polinización” me lo sugirió Rolf Abderhalden, artista y fundador del Mapa Teatro junto a Heide Abderhalden, y de la Maestría de Artes Vivas de la Universidad Nacional de Colombia. Abderhalden apunta que la palabra “contagio” tiene su origen en la medicina y es de este campo que la extrajo la sociología. Teniendo en cuenta que el término contagio se refiere a la “contaminación” de enfermedades, reservaré ambos para calificar a los fenómenos de proliferación de políticas de deseo reactivas, manteniendo la noción de “polinización” únicamente para los fenómenos de proliferación de políticas de deseo activas.

presume su control-. “Revelar” esa supuesta verdad “iluminándola” con el farol de la razón, en ese caso, restringida a fórmulas retóricas vacías por emanar de la disociación de la experiencia real. En suma, pensar en este caso significa racionalizar lo molesto, denegando lo extraño al transformarlo en familiar. El efecto del pensamiento ejercido desde esta perspectiva tiende a ser el “contagio despotenciador” de las subjetividades que lo encuentran, lo cual contribuye a la “interrupción del proceso de polinización”, promoviendo un “aborto de la germinación de futuros”. Lo que resulta de ello es la “reproducción” de la cartografía vigente y sus valores.

A esta política reactiva de producción del pensamiento, regida por el inconsciente colonial-capitalístico, la denomino “antropo-falo-ego-logocéntrica”. Frente a su poder, que se propaga cada vez más, no basta con problematizar los conceptos que dicha política produjo y sigue produciendo: hay que problematizar el propio principio que la rige. Tal desafío implica reactivar el saber-de-lo-vivo en el ejercicio del pensamiento, de modo tal de liberarlo de su encarcelamiento en ese seco logocentrismo y sus falsos problemas, producto de su divorcio de los flujos vitales y de los verdaderos problemas que sus movimientos le plantean. Es preciso estar al acecho de aquello que el saber-de-lo-vivo nos apunta, de lo cual dependen la fuerza y la astucia necesarias como para resistir al poder del equipo de fantasmas nacidos de la sumisión al inconsciente colonial-capitalístico, que aún hoy en día comanda las subjetividades y orienta las jugadas del deseo. De allí el sentido de afirmar que, desde esta perspectiva, el pensar y el sublevarse pasan a ser una sola y la misma cosa.

Pero al final, ¿qué tendría que ver el arte con todo esto?

Si bien las prácticas artísticas tendrían sin duda mucho que enseñarnos para afrontar la exigencia de resistir en el ámbito de la producción del pensamiento y sus acciones –sustituyendo la perspectiva antropo-falo-ego-logocéntrica por una perspectiva ético-estético-clíni-

co-política–, resulta también innegable que bajo el actual régimen esta potencia propia del arte se ha debilitado. En las sociedades occidentales y occidentalizadas en las cuales tuvo su origen la institución del arte hace poco más de dos siglos, esta constituía hasta hace poco tiempo el único campo de actividad humana en el cual la potencia de creación estaba habilitada a ejercerse para tornar sensibles los mundos virtuales que habitaban los cuerpos fecundados por el aire del tiempo. Y aunque la actualización de esos mundos en ese caso se restringía a las obras de arte –ya sea que fuesen pinturas, esculturas, instalaciones u otras–, cuando estas lograban encarnar la pulsación de esos mundos por venir tenían el poder potencial de polinización de los ambientes en los cuales circulaban.

Con todo –y no por casualidad–, en la nueva versión del régimen colonial-proxenetístico, el arte se ha convertido en un campo especialmente codiciado por el capitalismo como fuente privilegiada de apropiación de la fuerza creadora, con el fin de instrumentalizarla. Se abre así una nueva frontera para la acumulación de capital mediante el uso que se hace del arte para lavar dinero, ya que permite una de las más rápidas y extraordinarias multiplicaciones del capital invertido con base en la pura especulación. Pero la cosa no se detiene allí: esa instrumentalización también tiene objetivos micropolíticos. El primero de ellos consiste en neutralizar la fuerza transfiguradora de las prácticas artísticas, reduciéndolas al mero ejercicio de la creatividad disociada de su función ética de dar cuerpo a lo que la vida anuncia. El segundo objetivo micropolítico consiste en valerse del arte como pasaporte de admisión en los salones internacionales de las élites del capitalismo financierizado. Sucede que el vestuario con el que se visten estas élites incluye el ser coleccionista, tener en la punta de la lengua dos o tres nombres de artistas y curadores entre las estrellas mediáticas del momento –que no por casualidad son siempre los que se encuentran en la cresta de la ola del mercado del arte– y, por último, hacer turismo en los espacios institucionales a este consagrados, sobre todo en su circuito mundial. Consumir arte contemporáneo, o por lo menos el exhibirse en

sus salones, distingue a esas élites de las élites tradicionales del capitalismo, anteriores a su financierización, evitando así el riesgo de que las consideren de mal gusto, lo cual facilita sus negocios. Esto es especialmente patético en el caso de las élites sudamericanas, las cuales al usar este vestuario revelan sus ridículos falsos *selfs* de colonizados para encubrir su escasa autoestima. Como esas nuevas élites internacionales dominan el mercado del arte debido a su poder de comprar obras y de participar en los consejos de los principales museos –lo que les permite indicar artistas que tendrán sus obras expuestas, elevando así su valor en el mercado y, con eso, multiplicando exponencialmente el capital invertido en las mismas–, los artistas tienden a adecuarse a sus demandas para asegurarse un lugar en este escenario. Es así como, también en este campo, la potencia de creación va siendo desviada de su destino ético y llevada en dirección hacia la producción de mercancías y activos financieros.

Dado que dichos fenómenos son hoy en día plenamente reconocidos, su descripción minuciosa constituiría una pérdida de tiempo. Sin embargo, cabe señalar que exactamente por el hecho de que se ha vuelto cada vez más difícil ejercer el pensamiento desde una perspectiva ético-estético-clínico-política también en las acciones en el campo del arte, muchos artistas se han dedicado a prácticas que hacen de la problematización de este estado de cosas la materia prima de su obra. Tal como se planteó al comienzo, tales prácticas tienden a extrapolar las fronteras del campo del arte para habitar una transterritorialidad donde se encuentran y se desencuentran con prácticas activistas de toda índole: feministas, ecológicas, antirracistas e indígenas, al igual que los movimientos LGBTQI y los que luchan por el derecho a la vivienda y contra la gentrificación, entre otros. En esos encuentros y desencuentros entre prácticas distintas, se producen devenires singulares de cada una de ellas en dirección a la construcción de un común.

Y ahora planteo una pregunta, queridx lector(a): ¿no residiría precisamente en el acontecimiento de esos devenires la potencia política del arte? Esto es muy distinto a una determinada idea de

“arte político” o “arte comprometido” que convierte sus prácticas en panfletos, vehículos macropolíticos de concientización, denuncia y transmisión ideológica. Se trata acá, en cambio, de una potencia micropolítica que ha venido afirmándose en los campos del arte en ciclos sucesivos desde la década de 1960, y también y cada vez más ha venido siendo asumida por prácticas sociales y activistas por fuera de este campo.

En el campo específico del arte, dicho movimiento abarca no solo las prácticas artísticas sino también todas las demás actividades que el mismo comprende: curaduría, gestión de museos, crítica, historia, etc. Lo que tienen en común las prácticas curatoriales cuyo pensamiento se inserta en esa perspectiva es la voluntad de promover el mencionado desplazamiento del paradigma cultural dominante. Cuando se logra transportar hasta la experiencia de una propuesta curatorial –ya sea realizada en museos o fuera de los mismos– la pulsación de los gérmenes de mundo que golpean la puerta de las formas cristalizadas, estos son potencialmente portadores de efectos de polinización. Y aun cuando dicha pulsación se refiera a movimientos artísticos del pasado, la posibilidad de que existan tales efectos extrapola su tiempo e incluso el espacio restringido del arte. Sucede que, si bien las referidas formas quedaron en el pasado, la pulsión que llevó a la germinación de los mundos en potencial que las habitan puede ser reactivada a cualquier momento. Esto hace que los gérmenes de futuro que quedaron soterrados por la interrupción de este proceso puedan ser activados en el presente engendrando otros escenarios, distintos a los del pasado. Y si nada asegura que los efectos que portan acontezcan efectivamente es porque en el ámbito de las resistencias micropolíticas nada puede preverse ni mucho menos asegurarse. Sea cual sea el ámbito de la actividad humana en donde ocurra la insurrección en esta esfera, siempre se confrontarán distintos grados de fuerzas activas y reactivas en la definición de las formas del presente.

La creencia en el paraíso es una droga

En tal sentido, es preciso deshacerse de la creencia en el delirio de un control permanente y definitivo de los engranajes sociales que llevarían a una supuesta realización plena del potencial humano. Dicha creencia es heredera de las nociones de “salvación” de las religiones monoteístas occidentales y de su idea de “paraíso”: la única diferencia es la promesa de que puede y debe hallarse el paraíso en esta vida y no recién después de la muerte. Dicha idea es fruto de una política de subjetivación antro-po-falo-ego-logocéntrica, reducida al sujeto y orientada por el inconsciente colonial-capitalístico. Existe en ella una denegación del embate entre el plano de las fuerzas y su compleja y paradójica relación con el plano de las formas, en el cual siempre germinan nuevos modos de existencia, en un proceso de creación sin fin.

En la esfera del combate micropolítico, la imagen del paraíso es la de un mundo en el cual la vida encontraría por fin su supuesta paz eterna –un delirio fabulado por fuerzas reactivas. En la esfera del combate macropolítico, la imagen del paraíso posee dos versiones: la del paraíso de la igualdad de una sociedad socialista o la de la “libre” competencia del mercado liberal. Ambas imágenes, concebidas luego de la primera revolución industrial, deniegan la esfera micropolítica. En el caso de la imagen propia de las izquierdas –sobre todo las tradicionales y más aún las institucionales–, dicha denegación es en parte responsable de su mencionada impotencia ante los actuales *impasses* del régimen colonial-capitalístico y sus perversas operaciones en la esfera micropolítica.

El abandono la idea de paraíso, como así también el de la de apocalipsis, la otra cara de la moneda, constituye uno de los desafíos del combate micropolítico contra el régimen colonial-capitalístico, y a favor de una vida no cafisheada. Por definición, esta protesta de los inconscientes constituye un combate que nunca llega a ese supuesto goce de un *gran finale*, expectativa propia de una subjetividad reducida al sujeto, a su ignorancia acerca del saber-de-lo-vivo

y sus consiguientes delirios. El estar a la altura de las demandas vitales lleva a otro tipo de goce, desplazado de las demandas egóicas: un goce vital.

Cabe ahora plantearnos una última pregunta, queridx lector(a) ¿no será precisamente que en el enfrentamiento de ese desafío habita el sentido y el sabor de una vida que insiste en perseverar?

Insurrecciones macro y micropolítica. Diferencias y entrelazamientos

El agotamiento de los recursos naturales probablemente está bastante menos avanzado que el agotamiento de los recursos subjetivos, de los recursos vitales, que afecta a nuestros contemporáneos. Si tanto nos complacemos detallando la devastación del medio ambiente, es también para velar la aterradora ruina de las subjetividades. Cada derrame de petróleo, cada llanura estéril y cada extinción de una especie es una imagen de las almas en harapos, un reflejo de nuestra ausencia de mundo, de nuestra impotencia íntima para habitarlo.

Comité Invisible¹

Es la relación de la subjetividad con su exterioridad –ya sea social, animal, vegetal, cósmica– la que se encuentra comprometida en una especie de movimiento general de implosión e infantilización regresiva. La alteridad tiende a perder toda la aspereza.

Félix Guattari²

El planeta se encuentra hoy bajo el impacto de fuerzas vorazmente destructivas –y nosotros con él–. Un malestar se propaga por todas partes: son varias las sensaciones que nos arrojan a ese estado. Una perplejidad frente a la toma del poder mundial por el régimen capitalista en su nuevo pliegue –financiero y neoliberal–, que lleva su proyecto colonial a las últimas consecuencias, su realización globalitaria. Junto con la perplejidad ante este fenómeno, somos invadidos por el pavor frente a otro fenómeno, simultáneo, que contribuye al aire tóxico del paisaje ambiente: el ascenso de fuerzas conservadoras, con tal nivel de violencia y barbarie, que nos

1. Comité Invisible, *A nuestros amigos: crisis e insurrección*, trad. Ediciones Antipáticas, São Paulo: n-1 ediciones, 2016. [Ed. en cast.: Comité Invisible, *A nuestros amigos*, Hekht, Buenos Aires, 2016.]

2. Félix Guattari, *Las tres ecologías*, Valencia: Pré-Textos, 2000.

recuerda, para hablar solo de los ejemplos más recientes, el año 1930 que precedió a la Segunda Guerra Mundial y, posteriormente, los años de los regímenes dictatoriales que se fueron disolviendo a lo largo de 1980 (los regímenes militares de América del Sur y el gobierno totalitario de la Unión Soviética, entre otros). Es como si tales fuerzas jamás hubiesen desaparecido, sino que hubiesen hecho apenas un repliegue estratégico temporal al acecho de condiciones favorables para su regreso triunfal, retomando un *looping* que parece nunca tener fin.

Neoliberalismo y (neo)conservadurismo

A primera vista, la simultaneidad entre estos dos fenómenos nos parece paradójal: son síntomas de fuerzas reactivas radicalmente distintos, así como son distintos sus tiempos históricos. El alto grado de complejidad, flexibilidad y sofisticación perversa, propio del modo de existencia neoliberal y sus estrategias de poder, está a años luz del modo rígido y anacrónico de este neoconservadurismo –cuyo prefijo “neo” solo tiene sentido porque se articula con condiciones socio-político-económicas distintas de las anteriores–. Sin embargo, pasada la falta de sentido inicial, se va haciendo evidente que el capitalismo financierizado necesita de esas subjetividades toscas temporalmente en el poder. Son como sus sicarios que se ocuparán del trabajo sucio, imprescindible para la instalación de un Estado neoliberal: destruir todas las conquistas democráticas y republicanas, disolver su imaginario y erradicar de la escena a sus protagonistas. Entre estos últimos, son elegidos prioritariamente los protagonistas de la izquierda en todos sus matices, aunque dicha expulsión incluye a todos aquellos que estorban al régimen en la realización de esos objetivos. Y si los neoconservadores aceptan la incumbencia, es porque en esos objetivos específicos sus intereses coinciden con los de los liberales, lo que permite su alianza temporal.

La torpe subjetividad de esos neoconservadores es arraigadamente clasista y racista, lo que los lleva a cumplir su papel en esa escena sin ninguna barrera ética y a una velocidad vertiginosa. Ni bien nos hemos dado cuenta de uno de sus golpes, cuando otro golpe ya está sucediendo, generalmente decidido por el Congreso al amparo de la noche. El ejercicio de esta tarea les proporciona un goce narcisista perverso, a tal punto inescrupuloso que llega a ser obsceno. Con su trabajo sucio gozosamente realizado, se prepara el terreno para ampliar al máximo el libre flujo de capital transnacional, ya instalado en el país desde hace varias décadas.

El mal-estar supera un umbral de tolerabilidad: el trauma

Pero el mal-estar no termina ahí: a la perplejidad y al pavor se suma una profunda frustración con la actual disolución en cascada de varios gobiernos con tendencias de izquierda en el mundo, especialmente en América Latina –fruto del ascenso de las fuerzas reactivas del conservadurismo y el neoliberalismo, unidas temporalmente–. Esta frustración moviliza la memoria traumática de la decepción con el destino funesto de las revoluciones del siglo XX, y se agrava con la constatación de la impotencia de las izquierdas frente a ese nuevo escenario.

Con la suma de estas sensaciones –perplejidad, pavor, frustración y decepción– el malestar supera un umbral de tolerabilidad. Un estado de alerta se instala en la subjetividad como cuando la escasez de recursos esenciales para la vida pasa el umbral que la pone en riesgo. Nos vemos entonces tomados por una urgencia que convoca el deseo de actuar. Las respuestas del deseo a estas situaciones traumáticas oscilan entre dos extremos: un polo reactivo, patológico, en el cual nos despotenciamos, y un polo activo en el que se preserva nuestra potencia vital, tendiendo incluso a intensificarse. En esta segunda respuesta al trauma, se amplía el alcance de nuestra mirada, lo que nos permite ser más capaces de acceder a los efectos de la violencia

en nuestros cuerpos, ser más precisos en su desciframiento y expresión y, con ello, más aptos para inventar maneras de combatirlos. Es en esta experiencia que despuntan insurgencias en la escena social, performatizando nuevas estrategias en función de los problemas singulares que motivaron su estallido.

Así son las insurgencias que vienen irrumpiendo por todas partes y que han introducido estrategias en las que el par derecha/izquierda deja de ser un operador suficiente para delinear las fuerzas en juego y acertar los blancos del combate. Son movimientos de insubordinación que han surgido sobre todo en las generaciones más jóvenes (en especial en las periferias de los centros urbanos y, más especialmente, entre negrxs, mujeres y LGBTQI), así como en los pueblos indígenas y en las comunidades *quilombolas*.³ Pues bien, ¿no será justamente la presencia de este cambio de estrategia lo que nos sorprende de estos nuevos movimientos insurgentes? ¿No será precisamente esto lo que nos fascina en ellos, a pesar de la dificultad de descifrarlo y nombrarlo? ¿Y no será justamente la existencia de estos movimientos lo que nos ha impedido sucumbir a la parálisis melancólica y fatalista a la que nos arroja el sombrío paisaje que hoy nos rodea? En estos territorios en vías de formación, que vienen siendo cada vez más poblados, hay una complejización del objeto de combate, el cual da pie a la inclusión de un desplazamiento de las políticas de subjetivación dominantes. El horizonte alcanzado con esta nueva modalidad de combate expande el perímetro

3. Aunque estos movimientos hayan comenzado en Brasil mucho antes, hay en ese período un nítido avance no solo cuantitativo, sino también cualitativo: ellos pasan a actuar igualmente en la esfera micropolítica; un fenómeno que ocurre también en la escena internacional. Pero el hecho de que sus agendas no se limiten a la resistencia macropolítica, marcada por la reivindicación identitaria, no quiere decir que su lucha no continúe en esa esfera, en la que, además, han alcanzado algunos logros significativos como la promulgación de leyes que protegen sus derechos y la ampliación de la presencia en la política de mujeres y miembros de las comunidades LGBTQI, negra e indígena. Un ejemplo es la candidatura de Sonia Guajajara a la vicepresidencia de Brasil para las últimas elecciones, en 2018. Vale señalar que estas conquistas en la esfera macropolítica todavía están muy lejos de una amplia consolidación de sus derechos.

de nuestra visión, permitiéndonos vislumbrar más nítidamente la esfera micropolítica. Pero, ¿cómo opera –en esa esfera– la violencia del régimen colonial-capitalístico?⁴

El abuso de la fuerza vital

Lo que caracteriza micropolíticamente al régimen colonial-capitalístico es el abuso de la vida como fuerza de creación, transmutación y variación –esta es su esencia y, además, la condición última para su persistencia, en la cual reside su principal finalidad, o sea, su destino ético–. Esta expoliación profanadora de la vida es la médula del régimen en la esfera micropolítica, al punto que podemos designarlo como “colonial-cafisheístico”. Es la propia fuerza vital de todos los elementos que componen la biósfera la que por él es expropiada y corrompida: plantas, animales, humanos, etc.; asimismo son también expropiados los otros tres planos que forman el ecosistema planetario, de los cuales depende la composición y manutención de la vida: la corteza terrestre, el aire y las aguas.

4. “Capitalístico” es una noción propuesta por Félix Guattari. El psicoanalista francés parte de la idea de Karl Marx de que el capital sobrecodifica los valores de cambio, sometiendo así el conjunto del proceso productivo a sus designios. Guattari extiende esta idea a los modos de subjetivación que, bajo el régimen capitalista, son igualmente sobrecodificados. Esto tiene como efecto callar la singularidad de los idiomas propios de cada vida. Todavía más grave es su efecto de interrupción de los devenires de cada idioma, en el sentido amplio de un modo de existencia y su expresión –procesos de singularización que se desencadenarían en los encuentros de los cuerpos; y, más ampliamente, un efecto de bloqueo de la transmutación de la realidad y de la transvaloración de los valores que tenderían a producir tales procesos–. Cómo en la economía, con esa operación las subjetividades tienden a someterse a los propósitos del régimen invirtiéndolos con su propio deseo, reproduciendo el *statu quo* en sus elecciones y acciones. El sufijo “-ístico” añadido por el autor a “capitalista” se refiere a esta sobre-codificación, una de las operaciones micropolíticas medulares de ese régimen, que aduce a todos los ámbitos de la existencia humana. Esta es una de las ideas más innovadoras y fecundas del pensamiento de Guattari, siendo retomada en su posterior colaboración con Gilles Deleuze desde *El Anti-Edipo*, su primer libro en coautoría, como uno de los principales ejes de su obra conjunta.

Para calificar la particularidad de la fuerza vital en nosotros los humanos, Freud la llamó “pulsión” –uno de los conceptos centrales de la teoría psicoanalítica. Según él, lo que sería propio de la especie humana es el lenguaje, así como su capacidad de creación, razón por la cual mantuvo el término “instinto” para las demás especies. Es, sin duda, muy valioso el aporte del psicoanalista para los estudios de la especificidad de la fuerza vital en los humanos; sin embargo, al reservar genéricamente el término “instinto” a la fuerza vital en los animales no humanos y considerar, seguidamente, que el lenguaje y el ejercicio de la potencia de creación que este viabiliza se restringirían al dominio de lo humano, se revela en el pensamiento freudiano la permanencia de un sesgo antropocéntrico y naturalizador.⁵

Tomando esto en consideración, si queremos hacer más preciso el foco de esa especificidad, antes que nada tenemos que reconocer que todas las especies vivas tienen características específicas y todas son portadoras de capacidad expresiva y creadora, y no pueden por lo tanto ser homogeneizadas bajo un concepto genérico ni, mucho menos, el de “instinto”. Dicho esto, lo que distinguiría a la fuerza vital en la especie humana es que el lenguaje del que ella dispone para expresarse es más elaborado y complejo, lo que amplía su poder de variación de las formas de vida; aunque también, dependiendo del contexto, puede restringir dicha variación, interrumpiendo los procesos de transfiguración, lo que lleva a su despotenciación –a ese

5. Si bien la distinción que Freud establece entre el “instinto” en los animales y la “pulsión” en la especie humana es, sin duda, un avance, en todo caso el autor se mantiene en la tradición antropocéntrica al pensar el instinto como un mero automatismo, un esquema estereotipado de acciones premoledadas. Es decir, con todo, Freud aún naturaliza el instinto, reservando el lenguaje y la capacidad de creación exclusivamente a la especie humana. Esto es particularmente importante considerando que, ya en la época de sus escritos, estudios de la etología mostraban que todas las especies, desde las más rudimentarias, son portadoras de actividad expresiva, la cual excede las funciones instrumental y adaptativa de la vida (e incluso las potencializa). Desde entonces, varios estudios nos muestran que, si hay una especificidad de la especie humana en ese campo, esta consiste solo en el hecho de que su capacidad expresiva resulta ser más compleja (cfr. Brian Massumi, *Lo que los animales nos enseñan sobre la política*, São Paulo: n-1 ediciones, 2017).

destino de la pulsión el psicoanalista llamó “pulsión de muerte”.⁶ No cabría aquí adentrarse en los meandros de la complejidad de ese concepto y de sus infinitas interpretaciones; hay una vasta bibliografía que se encarga de esto. Lo que aquí interesa es apenas problematizar el uso del término “muerte” para calificar ese destino de la pulsión y del par binario muerte/vida para pensar su dinámica.

La pulsión es siempre “de vida”

Si a diferencia de la idea de Freud de que la pulsión oscila entre dos polos, uno positivo, “de vida”, y otro negativo, “de muerte”, partimos de la idea de que la pulsión es siempre “de vida” (o “voluntad de potencia”, como la designa Nietzsche), ya que lo que la vida quiere es perseverar, diríamos que su destino es por principio afirmativo, variando de lo más activo a lo más reactivo (o de lo más “noble” a lo más “esclavo”, todavía siguiendo las designaciones propuestas por Nietzsche). Las formas de sociedad surgen de un enfrentamiento entre fuerzas de vida activas y reactivas en diferentes grados; de este enfrentamiento depende la política dominante de subjetivación en cada contexto histórico. En este caso, lo que Freud llamó “pulsión de muerte” correspondería al máximo grado de reactividad de pulsión de vida, es decir, el grado más bajo de su potencial activo –vale enfatizar, sin embargo, que incluso ese destino todavía es vida, voluntad de potencia–.

Pensar el campo pulsional desde esta perspectiva nos ofrece un criterio de evaluación de las formas de existencia individual y colectiva: el grado predominante de afirmación de la vida que en ellas se expresa; y eso nos permite localizar con más precisión dónde la vida está bajo amenaza. Y, en períodos en que prevalece el destino más reactivo de la pulsión, sabemos que el enfrentamiento entre fuerzas de

6. El concepto de “pulsión de muerte” introducido por Freud, viene siendo objeto de un vasto debate que atraviesa toda la historia del psicoanálisis; es importante recordar que varios enfoques del concepto de pulsión ya estaban presentes en la propia obra freudiana.

la más activas a las más reactivas sigue procesándose, produciendo desplazamientos imperceptibles que van capilarizando hasta cambiar el escenario dominante por un tiempo, y así sucesivamente. Eso nos permite comprometernos con más claridad en el esfuerzo de llevar la pulsión a su destino ético de afirmación más activa y nos protege del peligro de caer en la melancolía o en la pura reactividad. En suma, pensar la pulsión desde esta perspectiva nos ayuda a extraer del psicoanálisis su potencia política o, más precisamente, a activarla en su esencia micropolítica.⁷

7. Aunque Freud logró descifrar la dinámica metapsicológica de esos momentos en que prevalece el destino más reactivo de la pulsión (por ejemplo en *El malestar en la cultura*), le hizo falta vislumbrar (al menos explícitamente) que las políticas de dicha dinámica son indisolubles de un contexto histórico y, aún más, que son ellas las que le dan su consistencia existencial, que corresponde a determinados modos de vida y sus síntomas.

Tal visión viene siendo desarrollada desde entonces a lo largo de la historia del psicoanálisis y de la filosofía, desde diferentes perspectivas, siendo la perspectiva que orienta la obra de Félix Guattari y Gilles Deleuze una de las más estrictamente radicales. Estos autores contribuyen a que vislumbremos que no hay cambio posible de una forma de realidad, y de sus respectivos síntomas, sin que se produzcan cambios del modo de subjetivación dominante. Si leemos la obra de Freud retrospectivamente a partir de esa perspectiva, podemos considerar que –además del hecho innegable de que el fundador del psicoanálisis introdujo un desvío en la medicina y en la psicología, entonces naciente como ciencia– allí hay una línea de fuga que, aunque jamás se explicita en su obra, es su punto de giro más radical –una especie de potencia clandestina portadora de un desvío también en la filosofía y, más ampliamente, en la cultura y la política de deseo dominantes en la tradición moderna occidental colonial-capitalista–.

Desde el punto de vista de esta línea de fuga, el psicoanalista favoreció la reconexión con el saber propio de nuestra condición de vivientes cuyo acceso, así como la práctica existencial guiada por ese saber, había sido interrumpido en el modo de subjetivación que predomina en esa tradición. Y aún más, lo hizo no solo en el plano teórico, sino también en el pragmático (indisolubles en su obra) al introducir un ritual –la práctica psicoanalítica– en el cual tal reconexión se da por medio de un largo proceso que podríamos calificar como “iniciático”.

Sin embargo, la tendencia que prevalece en la historia del psicoanálisis –como apuntan Deleuze y Guattari– es, por el contrario, la de contribuir a la expropiación de la productividad del inconsciente al someterla al teatro de los fantasmas edípicos, propios de la política de subjetivación dominante en el régimen colonial-capitalista que, equivocadamente, Freud estableció como universal. En vista de aquello, es nues-

En el régimen colonial-capitalístico, cuya política de subjetivación es la que nos interesa descifrar aquí, es precisamente esa tendencia reactiva la que domina, desviando la pulsión de lo que sería su destino ético. El efecto de tal desvío es la despotenciación de la vida, que hoy en día alcanza la destrucción de las propias fuentes de energía vital de la biósfera –fuentes que, en los humanos, incluyen los recursos subjetivos para su preservación–.

Si la tradición marxista, originada en el capitalismo industrial, nos trajo la conciencia de que la expropiación de la fuerza vital humana en su manifestación como fuerza de trabajo es la fuente de acumulación de capital, la nueva versión del capitalismo (neoliberal y “neo”conservadora) nos lleva a reconocer que el objeto de tal expropiación no se reduce a ese dominio. En este nuevo pliegue la expropiación se refina y se hace más evidente que es del movimiento pulsional en su propio origen que el régimen se alimenta. Es decir, se nutre del propio impulso cuyo destino sería la creación de formas de existencia y de cooperación en las que las demandas de la vida se concretan, transfigurando los escenarios del presente y transvalorando sus valores. Desviada de ese destino ético que le es propio, la pulsión es canalizada por el régimen para que construya mundos según sus designios: la acumulación de capital económico, político, cultural y narcisista. El abuso de la fuerza vital produce un trauma que hace que la subjetividad se ensordezca frente a las demandas de la pulsión. El deseo se vuelve vulnerable a su propia corrupción: este deja de actuar guiado por el impulso de preservar la vida y se vuelca, incluso, a actuar contra ella. De esta política de deseo devienen escenarios en los que la vida se ve cada vez más deteriorada; es esto lo que hace que la destrucción de la vida en el planeta alcance hoy umbrales que amenazan su propia continuidad.

tra responsabilidad descolonizar el psicoanálisis, activando su potencia clandestina y expandiendo la línea de fuga presente en su fundación no solo en el ámbito restringido de las prácticas psicoterapéuticas, y más restringido aún de los consultorios, sino en todo el campo social. Esto implica asumir la práctica psicoanalítica como un dispositivo esencial de la insurrección micropolítica.

Esta es, precisamente, la violencia del régimen colonial-capitalístico en la esfera micropolítica: una crueldad propia de su política de deseo perversa, sutil y refinada, invisible a los ojos de nuestra conciencia. Es una violencia semejante a la del proxeneta que, para instrumentalizar la fuerza de trabajo de su presa –en ese caso, la fuerza erótica de su sexualidad–, opera por medio de la seducción. Bajo el hechizo, la trabajadora sexual tiende a no percibir la crueldad del cafisho; y, por el contrario, tiende a idealizarlo, lo que la lleva a entregarse al abuso por su propio deseo. Ella solo se librará de esa triste sumisión si consigue romper el hechizo de la idealización del opresor. El quiebre de este hechizo perverso depende del descubrimiento de que, detrás de la máscara omnipotente de poder con la que el proxeneta se traviste para sí mismo y para el mundo –máscara que ella interpreta como garantía de su protección y seguridad–, lo que hay es, de hecho, una miseria humana de las más sórdidas: el otro, para el proxeneta, es un mero objeto para su goce narcisístico de acumulación de poder, prestigio y capital. Tal goce le es proporcionado por su poder de dominar al otro e instrumentalizarlo a su placer. En suma, el hechizo se rompe cuando la trabajadora sexual se da cuenta de que el otro –inclusive, y sobre todo, ella misma– no tiene la más mínima existencia propia para el proxeneta. Cuando esto se devela, se disuelve lo suficiente la dinámica inconsciente que mantenía a la trabajadora sexual prisionera de su propio personaje, coadyuvante del cafisho en la escena perversa; sin su personaje, tal escena no tiene como sostenerse.

Una dinámica perversa similar a la de la dupla prostituta-proxeneta orienta el régimen de inconsciente de los personajes de la escena capitalista. Ahora, para marcar su especificidad, propongo designarlo como “inconsciente colonial-capitalístico”;⁸ o, si deseamos

8. Hace una década propuse la noción de “inconsciente colonial-capitalístico” para designar el régimen de inconsciente propio del sistema en el poder en Occidente hace cinco siglos (hoy en el poder en el conjunto del planeta). Recientemente me da cuenta de que tal noción tiene sus antecedentes en dos autores, cuyas obras están entre los campos donde encuentro más resonancia con lo que busco elaborar desde siempre. El primero es Frantz Fanon, quien ya hablaba de “inconsciente colonial” en

ser más precisos, podríamos también designarlo como “inconsciente colonial-casfischeístico”.

Extraño-familiar: la ineludible paradoja de la experiencia subjetiva

El principal signo de este régimen de inconsciente es la reducción de la subjetividad a su experiencia como sujeto. Pero, ¿en qué consiste esa experiencia?

Intrínseca a la condición cultural propia de lo humano y moldeada por su imaginario, la función del sujeto es capacitarnos para descifrar las formas actuales de la sociedad en que vivimos, los personajes que la componen, la distribución de sus lugares y sus dinámicas relacionales, sus respectivos códigos y representaciones. Tal desciframiento se hace por la práctica de la cognición, viabilizada por la inteligencia y la razón, a partir de lo que nos indican nuestras capacidades de percepción y de sentimiento (emoción psicológica). Ambas capacidades están marcadas por los repertorios de representaciones socioculturales que estructuran al sujeto y su lenguaje. Asociamos lo que percibimos y sentimos a ciertas representaciones y las proyectamos sobre el sujeto; esto nos permite clasificarlo y reconocerlo, de modo que podamos definirlo y producir sentido. En esta esfera de la experiencia subjetiva –sensorial, sentimental y racional–, el otro es vivido como un cuerpo externo, separado del sujeto; y la relación con el otro se da por la vía de la comunicación viabilizada por el hecho de compartir un mismo lenguaje, lo que permite la recíproca

1950 –confieso, no sin una cierta vergüenza, solo haber leído hace poco la indispensable obra de este autor, aunque él formara parte de mi imaginario desde los años 70, como uno de los personajes centrales de la revolución psiquiátrica y psicoanalítica que tuvo lugar en aquellos años, más especialmente aún en París donde yo vivía en la época. El segundo, es Félix Guattari, quien hablaba del “inconsciente capitalístico” desde inicios de la década de 1980. La noción aparece incluso en *Micropolítica: Cartografías del deseo* (Petrópolis: Editora Voces, 1996), libro que escribimos en coautoría –cosa que, obviamente, yo sabía, ya que me dediqué a la escritura de este libro durante casi cuatro años, de 1982 a 1986, fecha de su primera publicación; pero aquí también tengo que confesar, en este caso sin el menor pudor, que lo había olvidado–.

recognición. Es en la experiencia del sujeto que se forman los hábitos, los cuales imprimen una organización en el espacio (concreto) y en el tiempo (cronológico) en nuestra cotidianidad y nos proporcionan una sensación de familiaridad. Esta es la esfera macropolítica de la vida humana; habitarla es esencial para la existencia en sociedad. El problema del régimen de inconsciente colonial-capitalístico es la reducción de la subjetividad a su experiencia como sujeto, lo que excluye su experiencia inmanente a nuestra condición de vivientes, el fuera-del-sujeto. Las consecuencias de tal reducción son altamente nefastas para la vida. Pero, ¿en qué consiste esa otra esfera de la experiencia subjetiva?

En nuestra condición de vivientes somos constituidos por los efectos de las fuerzas del flujo vital y sus relaciones diversas y mutables que agitan las formas de un mundo. Tales fuerzas alcanzan simultáneamente a todos los cuerpos que lo componen –humanos y no humanos–, haciendo de ellos un solo cuerpo, en variación continua, téngase o no conciencia de esto. Podemos designar esos efectos como “afectos”. Se trata de una experiencia extrapersonal, pues aquí no hay contorno personal, ya que somos los efectos cambiantes de las fuerzas de la biósfera, que componen y recomponen nuestros cuerpos y sus contornos; extrasensorial, pues se da por la vía del afecto, distinto de la percepción, propia de lo sensible; y extrasentimental, pues se da por la vía de la “emoción vital”, distinta de la emoción psicológica que llamamos “sentimiento”. El modo de desciframiento propio del poder de evaluación de los afectos es extracognitivo. Podríamos llamarlo “intuición”, pero prefiero evitarlo porque el uso de esta palabra en nuestra cultura se presta a confusiones y malentendidos. Por esta razón, propongo sustituirla por “saber-del-cuerpo” o “saber-de-lo-vivo”; un “saber eco-etológico”.

Por demás, a diferencia de la comunicación, el medio de relación con el otro en la esfera del afuera-del-sujeto es el de la resonancia intensiva, en la cual no hay distinción entre sujeto cognoscente y objeto exterior, como es el caso en la experiencia del sujeto. En la experiencia subjetiva fuera-del-sujeto, el otro vive efectivamente en nuestro

cuerpo, por medio de los afectos: efectos de su presencia en nosotros. Tales efectos se dan en el ámbito de la condición de vivientes que ambos comparten –y que hace de ellos un solo cuerpo. Al entrar en nuestro cuerpo, las fuerzas del mundo se integran con las fuerzas que lo animan y, en ese encuentro, lo fecundan. Se generan así embriones de otros mundos en estado virtual, los cuales nos producen una sensación de extrañamiento. Esta es la esfera micropolítica de la existencia humana; habitarla es esencial para situarnos en relación con la vida y hacer elecciones que la protejan y la potencien. Estar a la altura de la vida depende de un proceso de creación que tiene su propia temporalidad, distinta del tiempo cronológico de la esfera macropolítica en la que el ritmo es previamente establecido. De este proceso resultan devenires de sí y del mundo a diferencia de la dinámica propia a la esfera macropolítica, en la cual las formas vigentes se repiten necesariamente.

El malestar de la paradoja convoca al deseo de actuar

Lo familiar y lo extraño, sensaciones totalmente distintas que nos llegan, respectivamente, de las experiencias subjetivas del sujeto (lo personal) y del fuera-del-sujeto (lo extrapersonal), funcionan simultánea e indisolublemente, pero según temporalidades dispares –así como son dispares sus lógicas y dinámicas–. No hay entre ellas ninguna posibilidad de síntesis conciliadora o de traducción; su relación está marcada por una inevitable paradoja. Y es que los embriones de futuros disparan el movimiento pulsional de su germinación, lo cual lleva a la vida a plasmarse en otras formas de mundo. Tales formas no se dibujan por oposición a las formas vigentes, sino por la afirmación de devenires cuyos efectos ponen en riesgo la continuidad de las mismas. Desestabilizada por la experiencia paradójica de lo extraño-familiar, la subjetividad se pone en tensión entre dos movimientos. De un lado, el movimiento arriba descrito que la empuja hacia la conservación de la vida en su potencia de germinación,

para materializarse en nuevos modos de existencia. De otro lado, un movimiento que la empuja hacia la conservación de los modos vigentes, en los que la vida se encuentra temporalmente materializada y la subjetividad está acostumbrada a reconocerse en su experiencia como sujeto.

El malestar provocado por la tensión entre extraño y familiar, así como entre los dos movimientos desencadenados por esa experiencia paradójica, es lo que coloca a la subjetividad en estado de alerta, tal como nos sucede hoy en día. Esto resulta del hecho de que el malestar es el disparador de una alarma que convoca al deseo de actuar para recobrar un equilibrio vital, emocional y existencial –equilibrio sacudido por los signos de un mundo naciente, simultáneos e indisolubles de los signos de disolución de los mundos vigentes–. Se impone al deseo una negociación constante entre estos dos movimientos. Es precisamente en ese punto que se definen las políticas del deseo, de las más activas a las más reactivas. Lo que diferencia las micropolíticas es el tipo de negociación entre estos dos movimientos que el deseo priorizará en sus acciones. Esta elección no es neutra, y de ella devienen destinos distintos de la pulsión que, a su vez, conllevan a distintas formaciones del inconsciente en el campo social, portadoras de mayor o menor grado de afirmación de la vida. Esta es la base micropolítica sobre la cual todo y cualquier régimen socio-político-económico-cultural adquiere su consistencia existencial. Así pues, es del enfrentamiento entre políticas del deseo que se constituye el campo de batalla en la esfera micropolítica.

Por demás, a diferencia de la comunicación, el medio de relación con el otro en la esfera del afuera-del-sujeto es el de la resonancia intensiva, en la cual no hay distinción entre sujeto cognoscente y objeto exterior, como es el caso en la experiencia del sujeto. En la experiencia subjetiva fuera-del-sujeto, el otro vive efectivamente en nuestro cuerpo, por medio de los afectos: efectos de su presencia en nosotros. Tales efectos se dan en el ámbito de la condición de vivientes que ambos comparten –y que hace de ellos un solo cuerpo–. Al entrar en nuestro cuerpo, las fuerzas del mundo se integran con las fuerzas

que lo animan y, en ese encuentro, lo fecundan. Se generan así embriones de otros mundos en estado virtual, los cuales nos producen una sensación de extrañamiento. Esta es la esfera micropolítica de la existencia humana; habitarla es esencial para situarnos en relación con la vida y hacer elecciones que la protejan y la potencien. Estar a la altura de la vida depende de un proceso de creación que tiene su propia temporalidad, distinta del tiempo cronológico de la esfera macropolítica en la que el ritmo es previamente establecido. De este proceso resultan devenires de sí y del mundo a diferencia de la dinámica propia a la esfera macropolítica, en la cual las formas vigentes se repiten necesariamente.

El inconsciente colonial-capitalístico

En las subjetividades bajo dominio del inconsciente colonial-capitalístico, reducidas como quedan a su experiencia como sujeto, prevalece una micropolítica reactiva: tiende a imponerse, en mayor o menor escala el movimiento de conservación de las formas de existencia en las que la vida toma cuerpo en el presente. Y es que, disociada de su condición de viviente y desconociendo el proceso continuo de mutación propio de la dinámica vital (dinámica pulsional, en lo humano), la subjetividad vive la presión de los embriones del mundo como amenaza de desagregación de sí misma y de su campo existencial, ya que “este mundo”, aquel en que el sujeto habita y en el cual se estructura, es por ella vivido como “el mundo”, único y absoluto. En esas condiciones, para recobrar un equilibrio, el deseo se agarra a las formas establecidas, busca conservarlas a cualquier costo. Y cuanto más grande es la desestabilización, la subjetividad se atrinchera con más vehemencia en lo instituido y lo defiende con uñas y dientes, logrando llegar a altos niveles de violencia para garantizar su permanencia –incluso la eliminación concreta de cualquier otro que no sea su espejo y cuya existencia tenga como efecto sacudir la fe en la absoluta universalidad de su mundo–.

Esta separación de la subjetividad en relación a su condición de viviente es la que prepara el terreno para que el deseo se entregue, gozosamente, al cafisheo de la pulsión, de cuyos movimientos él es el ejecutor. Esta entrega se manifiesta en la reducción de la potencia pulsional de “creación” de nuevos modos de existencia en respuesta a las demandas de la vida, al mero ejercicio de su capacidad “creativa”, que luego será invertida en la composición de nuevos escenarios para la acumulación de capital. En lugar de la creación de lo nuevo, lo que se produce (creativa y compulsivamente) son “novedades”, las cuales multiplican las oportunidades para las inversiones de capital y excitan la voluntad de consumo. Es decir, la potencia vital pasa a ser usada para la reproducción de lo instituido; solo se cambian sus piezas de lugar o se hacen variaciones sobre las mismas –con mayor o menor creatividad–. En situaciones de crisis, el desvío de la pulsión y la entrega del deseo a su abuso se intensifican, manifestándose en movimientos de masa que claman por el mantenimiento del *statu quo*, como es el caso de la vertiginosa ascensión del conservadurismo en la actualidad.

En estos dos tipos de acción deseante reactiva frente a la experiencia de lo extraño-familiar –la de la reducción de la creación a la creatividad y la del ascenso del conservadurismo–, el goce del sujeto viene de la ilusión de garantizar su estabilidad y su relación de pertenencia a/con, o sea, de un placebo para el miedo de estigmatización y vergüenza social que la desestabilización de su mundo le provoca, al interpretarla como peligro de colapso. El resultado de estos modos de acción deseante es un destino funesto de la pulsión: la interrupción del proceso de germinación de la vida colectiva. Y si es en la existencia colectiva que ese proceso se interrumpe, es porque aunque esa germinación esté contenida solo en la existencia de un individuo o grupo, ella genera necesariamente un punto de necrosis en la vida del cuerpo social y de su ambiente. Este es un ejemplo de la política dominante de subjetivación en la que se produce la mencionada tendencia que, como todo indica, es exclusiva a la especie humana: actuar contra la vida.

El abuso profanador de la pulsión es difícil de captar, ya que se da en una esfera que escapa a la conciencia y cuya experiencia es anestesiada en el modo de subjetivación hegemónica, bajo el hechizo de la seducción perversa que captura las subjetividades. Sin embargo, sus innumerables manifestaciones en el campo social son plenamente asequibles para aquellos que toleran quedarse atentos a los procesos de degradación de la vida, presentes en cada uno de los síntomas de su violación. Los más obvios son las relaciones con el medio ambiente generadoras de desastres ecológicos. O las relaciones de poder clasistas, machistas, homofóbicas, transfóbicas, racistas, xenofóbicas, chauvinistas, nacionalistas, colonialistas, etc. Si en estos dos tipos de ejemplo de la manifestación del abuso de la pulsión el sujeto confina al otro en un lugar imaginario de objeto a su servicio –como en las relaciones de poder en el modo-proxenetá–, en el conjunto de fenómenos evocados en el segundo ejemplo tal abuso es sostenido por un imaginario que proyecta sobre ese otro, ya reducido a objeto, una supuesta naturaleza inferior o inclusive subhumana. Tal proyección puede llegar a su total invisibilización e inexistencia e incluso conducir a su exterminio que, en casos extremos, culmina con la desaparición del cuerpo de ese otro.⁹

Los ejemplos de manifestaciones del abuso profanador de la vida arriba mencionados no son, por lo tanto, epifenómenos del régimen, sino síntomas de su propia médula en la esfera de la política dominante de deseo y de subjetivación. En este sentido, es evidente que no basta con subvertir el orden de los lugares destinados a cada uno de los personajes en juego en la escena de las relaciones de poder (insurrección macropolítica), es necesario abandonar los propios personajes y sus políticas de deseo (insurgencia micropolítica), inviabilizando

9. La estrategia de desaparición del propio cuerpo del otro es lo que el nazismo llamó “solución final”, refiriéndose a su política de relación con el otro cuando esta alcanzó su más extrema y explícita crueldad, con el uso de cámaras de gas y hornos crematorios. Dicha “solución” fue posteriormente adoptada, entre otros, por las dictaduras militares en los años 1960 a 1980 en América Latina, con procedimientos distintos –como, en Argentina, el de lanzar los cuerpos al mar que, tiempo después, generó el surgimiento de la categoría de “desaparecidos”–.

así la continuidad de la propia escena –tal y como ocurre cuando se da el quiebre del hechizo del poder del proxeneta en la subjetividad de su presa–. Con lógicas y temporalidades dispares y paradójicas, es de la insurgencia contra la violencia en ambas esferas que depende, inevitablemente, la disolución del régimen por toda parte y en cada una de las actividades humanas. Esta es la condición *sine qua non* para que se viabilice una transmutación efectiva del presente ya que en su nueva versión, el régimen logró colonizar el conjunto del planeta, incidiendo macro y micropolíticamente en todas sus entrañas, a tal punto que hoy ninguna actividad humana se le escapa. Esta es la razón de que Guattari haya llamado al nuevo régimen “Capitalismo mundial integrado”, ya a principios de la década de 1980, cuando este apenas comenzaba a mostrar sus signos,¹⁰ o de que Milton Santos lo haya llamado “capitalismo globalitario”.

En este nuevo escenario logramos vislumbrar la razón de la impotencia de las izquierdas –sobre todo las tradicionales y, más aún, las institucionales– frente a los desafíos del presente: aquello que se llamó “resistencia” en esa tradición se reduce a la esfera macropolítica, lo que limita el horizonte de alcance de su visión y, por lo tanto, el éxito de sus estrategias.

Al fin de cuentas, ¿qué es lo que hace que las izquierdas estén tan perdidas en el escenario actual?

Antes que nada, estamos obligados a reconocer que, si el actual giro hacia la derecha en el poder del Estado contribuye a la impotencia de las izquierdas, tal impotencia no se explica solamente como resulta-

10. Félix Guattari, *Le Capitalisme Mondial Intégré et la Révolution Moleculaire*, informe de la conferencia emitida en el seminario CINEL en 1980. Publicado en portugués como “O Capitalismo Mundial Integradado e as revoluções moleculares” [El Capitalismo Mundial Integrado y las revoluciones moleculares] en el libro *Revolução Molecular: pulsações políticas do desejo* [Revolución molecular: pulsaciones políticas del deseo] (recopilación de textos de Guattari organizada y traducida por Suely Rolnik), Editora Brasiliense: São Paulo, 1981.

do de fuerzas externas adversas. Su causa se encuentra también en su mismo interior. En esto reside tal vez su dificultad más grande, que inclusive compromete su lucha contra tales fuerzas externas. La forma de mundo en que se mueven las izquierdas tradicionales es la misma en que tiende a moverse todo lo demás en el régimen colonial-capitalístico –pues es en ese régimen que las izquierdas tienen su origen y sus despliegues a lo largo del tiempo–. Como es solo en la esfera macropolítica que ellas actúan, el resultado de sus acciones permanece confinado en la propia forma de mundo que su (nuestra) lucha tiene como objetivo. La perspectiva que orienta el combate de las izquierdas tradicionales, en sus diversas vertientes, tiende así a perpetuar la lógica del propio régimen que ellas (nosotros) pretenden superar. Considerando esto, no es sorprendente entonces que sus acciones no logren combatirlo y resulten siempre en su triste y frustrante reproducción.

Es incontestable que, al interior de ese régimen donde actúan las izquierdas, su posición es la más justa pues, de diferentes maneras y en diferentes medidas y escalas de éxito y fracaso, la izquierda apunta a una distribución de lugares y de ejercicios de poder menos asimétrica –en los ámbitos social, económico y político–, así como a un Estado que sustente esa ampliación de la equidad. Y es un hecho que, con distintas magnitudes y duraciones, tal objetivo ha sido alcanzado varias veces. Si bien esta lucha es, sin duda, indispensable y tiene un innegable valor, el problema es que limitarse a ella deja por fuera la esfera micropolítica: esfera de las formaciones del inconsciente en el campo social que definen los modos de existencia y a las cuales corresponden una cierta política dominante de subjetivación y su respectiva política de deseo (recordando que tales micropolíticas constituyen la base existencial de todo y cualquier régimen sociopolítico-económico-cultural).

Incluso cuando las izquierdas, principalmente las tradicionales, abordan los modos de existencia, tienden a hacerlo solo desde una perspectiva macropolítica: tales modos son clasificados en entidades identitarias, en las que quedan confinadas y con las que tienden a

confundirse las propias subjetividades que los practican, haciendo que resistan solo en ese ámbito. Esto es particularmente grave cuando se trata de capas sociales desfavorecidas, al lado de las cuales se da prioritariamente la lucha de las izquierdas. Estas tienden a clasificarlas bajo la categoría “obrero”: lugar identitario fetichizado, destinado a los oprimidos en su imaginario –limitado a las relaciones de clase y a las visiones de mundo y de insurrección originadas en el capitalismo industrial–. Y, también cuando se trata de sectores de la sociedad que no tienen cómo hacerse encajar en tal categoría (por ejemplo, indígenas, *quilombolas*,¹¹ trabajadores tercerizados y precarizados, migrantes ilegalizados, refugiados...), lo que las izquierdas tradicionales buscan es promover su “inclusión” en el mapa oficial de la democracia, de modo que puedan acceder a los derechos de los obreros.¹² Si bien acceder a derechos civiles es fundamental, sin embargo al reducir la lucha de estos sectores de la sociedad a esa meta –sobre todo, a partir de una negación de la experiencia singular de tales agentes sociales y de su derecho de existir, la cual es sustituida por las izquierdas por una caricatura identitaria–, las izquierdas tienden a llevarlos a una adaptación sumisa al modo hegemónico de subjetivación.

11. *Quilombola* se refiere a los habitantes de los quilombos en Brasil: lugares secretos donde se refugiaban las y los esclavos fugitivos en la época de la esclavitud. Los quilombolas son ahora las y las habitantes de comunidades negras rurales formadas por descendientes de africanos esclavizados, que viven, en su mayoría, de la agricultura de subsistencia en tierras donadas, compradas o ocupadas hace muchos años. Se estima que hoy hay, por lo menos, tres mil quilombos en todo el territorio brasileño. Comunidades similares a estas son las palenqueras y cimarronas en Colombia. [N. de la T.]

12. Cito, a propósito, un fragmento de la conversación entre Eduardo Viveiros de Castro y Márcio Ferreira da Silva, incluida en un reportaje de Rafael Cariello (“O Antropólogo contra o Estado” [El Antropólogo contra el Estado], publicado en la *Revista Piauí* en diciembre de 2013):

“El PT (partido de los trabajadores), la izquierda en general, tiene una incapacidad congénita para pensar todo tipo de gente que no sea el buen operario que va a transformarse en consumidor. Una incapacidad enorme para entender a las poblaciones que se rehusaron a entrar en el juego del capitalismo. Quien no entró en el juego –el indio, el campesino, el recolector de caucho, el *quilombola*–, gente que quiere vivir en paz, que quiere vivir a su manera, ellos no lo entienden”.

Alteridad denegada, devenires interrumpidos

Limitarse a promover la “inclusión”, así entendida, como su principal meta –cuando no la única– no solo revela que las izquierdas tradicionales, de hecho, tienden a tomar la cartografía dominante como referencia, sino también, o más que eso, que la consideran “la” referencia, absoluta y universal, según la cual todas las demás deberían moldearse. Y es que desde el punto de vista de la cartografía dominante –de la cual, en ese sentido, las mismas izquierdas hacen parte–, las diferencias de cualquier modo de existencia en relación al suyo propio son interpretadas como índices de retraso en las etapas de un supuesto determinismo propio al “progreso civilizatorio”, al que estaría destinado el conjunto de la humanidad. De esta manera, se neutraliza la experiencia singular de estas subjetividades y se rechaza toda y cualquier alteridad. Lo más grave es que, con esto, se pierde el acceso a la imprescindible experiencia de habitar la trama relacional que tejen los distintos modos de existencia y, sobre todo, a la experiencia de sostener los posibles efectos transformadores que derivarían de esta trama, haciendo caducar la cartografía dominante. En otras palabras, lo que se interrumpe con esta visión reducida a la macropolítica es la posibilidad de que la fuerza vital cumpla su destino ético: la invención de respuestas a las necesidades de cambio, derivadas precisamente de los efectos de la alteridad (humana y no humana) en los cuerpos que componen el tejido social. Es a partir de tales efectos que emergen los devenires de la vida colectiva, propios de la insubordinación micropolítica.

Y cuando dichos devenires acontecen y nuevos modos de existencia emergen en la vida colectiva, estos son leídos por las izquierdas con el mismo lente, lo que hace que estas tiendan igualmente a confinarlos en entidades identitarias. Es el caso, por ejemplo, de cómo reaccionan a los movimientos que hoy en día amplían el terreno de experimentación en la sexualidad, los cuales agitan las nociones de género, de heterosexualidad y de homosexualidad que orientan las prácticas hegemónicas en ese campo –nociones que

confinan y modelan la fuerza erótica, cuya posibilidad de variación y transfiguración sería indispensable para la salud individual y social—. El confinamiento de la sexualidad en el modelo patriarcal heteronormativo y en las categorías de género —supuestamente universales y, encima, clasificadas según una lógica binaria— es la base del confinamiento de la fuerza vital en todos los demás dominios de actividad humana. Al ignorar los procesos de singularización en curso en las insurgencias que vienen revolucionando este dominio, las izquierdas neutralizan sus efectos de transmutación de las políticas de subjetivación hegemónicas y los cambios de las formas de existencia individuales y colectivas que de ellos resultan. En suma, lo que es ignorado y neutralizado es la potencia del combate micropolítico que tales movimientos portan. Aunque algunas corrientes reconocen y valoran la existencia de esos movimientos, tienden a reducirlos a la cuestión de la desigualdad, dirigiendo el foco de su insurrección a la lucha intrínseca a las relaciones de poder, siguiendo su modelo de lucha de clases. Esto se manifiesta igualmente en el mundo académico, donde una parte de los intelectuales de las distintas izquierdas mantiene su trabajo de pensamiento sometido a la perspectiva dominante en ese campo: reducir la investigación a la esfera macropolítica. Esto hace que una parte significativa de la producción universitaria tienda a reducirse a un conjunto de elucubraciones estériles. Es el caso de ciertos análisis académicos sobre el actual estado de cosas que tienden a quedarse girando obsesivamente en torno a la cuestión de la crisis de la democracia —teniendo como foco al Estado y a la pregunta de cómo reformarlo para representar mejor al pueblo—.

La limitación del horizonte de las izquierdas a la esfera macropolítica viene del hecho de que, al permanecer bajo el dominio de los modos de existencia hegemónicos, su subjetividad tiende a reducirse a la experiencia como sujeto, así como tiende a reducir al sujeto la subjetividad de sus otros; de ahí su imposibilidad de alcance de la esfera micropolítica. En última instancia, la razón de la impotencia de estas izquierdas frente a los nuevos desafíos es la política de sub-

jetivación que en ellas tiende a prevalecer: una política guiada por el inconsciente colonial-capitalístico. Es precisamente esto lo que impide que el foco de su combate abarque ese terreno.

Ya es un gran paso reconocer este hecho en vez de quedarnos paralizados lamentando melancólicamente la impotencia de las izquierdas ante el nuevo pliegue del capitalismo, o nuestras frustraciones con los gobiernos bajo su dominio en el pasado o en el presente. Sin embargo, no basta con constatarlo, nos corresponde dar un paso adelante: explorar pragmática y teóricamente la esfera micropolítica, pues sin la reapropiación de la vida no hay posibilidad de una transformación efectiva de la situación a la que hemos llegado hoy en día, ni tampoco es posible la transvaloración de sus valores. Se nos impone igualmente la tarea de explorar las diferencias entre, por un lado, esa protesta pulsional de los inconscientes¹³ (insurrección micropolítica), cuyo objetivo es liberar la vida de su expropiación; y, de otro lado, la protesta programática de las conciencias, cuyo objetivo es ampliar la igualdad de derechos (insurrección macropolítica). Incluso, más que eso, es imprescindible explorar teórica y pragmáticamente la inextricable conexión entre ambas, para ajustar el foco de nuestras estrategias de insurrección en ambas esferas. Lo que sigue son algunas anotaciones en esa dirección.

¿En qué difieren, finalmente, las insurrecciones macro y micropolítica?

Elegimos siete puntos para el análisis de las insurrecciones en cada una de estas esferas, sus especificidades y sus entrelazamientos. Al ser la micropolítica la esfera en que, en este momento, la vida nos impone una mayor exigencia de desciframiento de los mecanismos

13. La idea de una “protesta de los inconscientes” fue sugerida por Gilles Deleuze y Félix Guattari en 1972, con el humor peculiar de estos autores. La idea de añadir la calificación “pulsional” a esta protesta tiene su origen en la noción de “inconsciente pulsional” y sus despliegues, tal como fueron propuestos por el psicoanalista y teórico brasileño João Perci Schiavon. Ver referencias bibliográficas de este autor en la nota 7 de: *El inconsciente colonial-capitalístico*.

en juego y de refinamiento de los modos de acción frente a ellos, esta recibirá una mayor atención en cada uno de los puntos. Nuestro mayor desafío está en desarrollar herramientas apropiadas para el trabajo comprometido en la descolonización del inconsciente –matriz del combate en la esfera micropolítica–.

1. Foco

Macropolítica (un foco visible y audible que se sitúa en el ámbito del sujeto):

Como hemos visto, el foco de la insurrección macropolítica es la desigualdad en la distribución de derechos en la cartografía de las formas de sociedad establecidas por el régimen colonial-capitalístico. En otras palabras, el blanco de la lucha en esa esfera es la asimetría de las relaciones de poder que se manifiestan no solo entre las clases sociales, sino también en las relaciones de raza, género, sexualidad, religión, etnia, colonialidad, entre otras. El combate contra tales asimetrías abarca el Estado y a las leyes que las sostienen.

Micropolítica (un foco invisible e inaudible que se sitúa en la tensión entre el sujeto y el fuera-del-sujeto):

También como ya vimos, el foco de la insurrección micropolítica es el abuso perverso de la fuerza vital de todos los elementos de la biósfera (compuesto por la vida del conjunto de seres vivos que habitan el planeta, incluso los humanos), así como de los otros tres planos del ecosistema planetario, indispensables para la composición y el mantenimiento de la vida. Tal abuso es la médula micropolítica del régimen colonial-capitalístico. La hegemonía de esta dinámica micropolítica constituye una patología altamente agresiva con graves secuelas no solo para el destino de la humanidad, sino para el del planeta como un todo, ya que afecta los cuatro planos de su ecosistema.

2. Agentes potenciales

Macropolítica (solo los humanos)

Solo los humanos son agentes potenciales de la insurrección macropolítica, principalmente aquellos que ocupan posiciones subalternas en el tejido social. Aunque la conciencia de la injusticia social derivada de la asimetría de derechos, así como la voluntad de combatirla surjan igualmente entre los que ocupan posiciones soberanas en las relaciones de poder.

Micropolítica (humanos y no humanos)

Los agentes potenciales de la insurgencia micropolítica son todos los elementos de la biósfera que hacen frente a la violencia contra la vida. Sin embargo, hay entre los elementos humanos y no humanos diferencias en las dinámicas de respuesta a esta violencia, pues difieren las dinámicas de su fuerza vital. Los no humanos captan la anemia vital resultante de su abuso y, ante ello, crean transfiguraciones que le permiten a la vida retomar su pulso. Por ejemplo, un río que se seca por el exceso de basura colonial-cafisqueística y que, ante ello, se subleva, desplazándose hacia el subsuelo, donde encuentra la posibilidad de volver a fluir, ahora protegido de los efectos venenosos;¹⁴ o incluso árboles que florecen antes de la primavera, rebelándose contra el riesgo de esterilidad que puede derivarse de la acumulación de contaminación.¹⁵

En el caso del elemento humano, como la respuesta al abuso depende de la política de deseo dominante, esta varía según las diferentes culturas. En la cultura del régimen colonial-capitalístico en sus varios pliegues, como vimos, la reducción de la subjetividad a

14. Esto de hecho ocurrió en un río llamado *Rio Doce*, ubicado en el margen izquierdo de la aldea Krenak, en el municipio Resplendor. Un tiempo después de que esa parte del río quedara aparentemente muerta por causa del impacto devastador de su abuso por parte de la empresa Samarco-Vale, se descubrió que había vuelto a fluir, caudaloso, bajo la tierra. Ver Ailton Krenak, “Em busca de uma terra sem tantos males”, en *O lugar onde a terra descansa*, Río de Janeiro: Núcleo de Cultura Indígena, 2000.

15. Tal fenómeno ha ocurrido, en los últimos años, en la ciudad de São Paulo.

su experiencia como sujeto –inseparable del abuso de la pulsión– genera un trauma frente al cual tiende a prevalecer la respuesta reactiva, base de la política hegemónica de subjetivación en ese régimen. Como ya se ha dicho, interpretamos el estado de fragilidad en que este abuso nos sitúa como señal de nuestra falencia (egóica, existencial y social), lo que nos produce pánico; allí, frente a ese peligro imaginario, tiende a prevalecer la respuesta reactiva. El deseo entonces se aferra al *statu quo*, actuando así contra la perseverancia de la vida en lugar de operar a su favor. Las formaciones del inconsciente en el campo social que de ello se derivan, son responsables del surgimiento de las hordas de zombis conservadores que viene poblando el planeta en cantidades cada vez más alarmantes.

Pero cuando el deseo logra responder activamente al trauma del abuso, se potencia y trata de actuar teniendo en la mira la descolonización del inconsciente, buscando desviar la pulsión vital del despojo en el que el régimen la mantiene confinada. La subjetividad adquiere entonces la posibilidad de habitar simultáneamente al sujeto y al fuera-del-sujeto, cuando retoma en sus manos el poder de decidir el destino de la pulsión, reasumiendo así su responsabilidad ética ante la vida –es en este proceso que nos convertimos en agentes de la insurgencia micropolítica–. Partiendo del principio de que la descolonización del inconsciente implica necesariamente el terreno de nuestras relaciones, de las más íntimas a las más distantes, los efectos de cualquier gesto en esa dirección son colectivos.

Por un lado, como en la micropolítica estamos todos bajo el dominio del régimen de inconsciente colonial-cafisqueístico, ser agente de la insurgencia en esta esfera no depende de nuestro lugar en la cartografía social, económica y cultural, y de la posición que ocupamos en las relaciones de poder –trátese de soberanía o de subalternidad, en sus diferentes grados–, por más extraño que esto pueda parecernos desde el punto de vista macropolítico; y, más extraño aún, cuando nuestro horizonte se reduce a esa esfera.

Pero, por otro lado, es evidente que, como todo lo que se vive en el plano de las formas y sus códigos es indisociablemente vivido en el

plano de las fuerzas que las animan y también las desordenan, las distintas posiciones en las relaciones de poder en la esfera macropolítica (relaciones de clase, raza, etnia, género, etc.) tienen sus efectos en la esfera micropolítica. Sin embargo, no hay ninguna simetría o paralelismo entre los agentes potenciales de la insurgencia en cada una de esas esferas. Si en la esfera macropolítica estos se distribuyen en una cartografía organizada en pares binarios, siendo el polo subalterno el agente por excelencia de la insurrección, la lógica de su distribución en el diagrama de fuerzas propio de la esfera micropolítica es otra y puede surgir desde cualquier lugar del tejido social, ya que estamos todos bajo el dominio del inconsciente colonial-cafisqueístico.

¿En qué tenderían entonces a distinguirse los efectos micropolíticos del abuso de la pulsión en las subjetividades que, en la esfera macropolítica, ocupan, respectivamente, el lugar de subalternos y de soberanos?

Del lado de los subalternos, sufrir la opresión, explotación y exclusión (que se sitúan en la esfera macropolítica) produce en el sujeto la experiencia de que su existencia no tiene valor, lo que le genera un intolerable sentimiento de humillación. Esto tiene un efecto traumático en la esfera micropolítica: la tendencia a lastimar más aún su pulsión vital –ya debilitada por el miedo al colapso de sí provocado por el abuso–. Los traumas de clase, de raza y de etnia están entre los más graves y difíciles de superar, porque no dejan de reproducirse desde el principio hasta el final de la existencia del individuo, de su familia y de su comunidad. Y más que eso, tales traumas comienzan incluso antes del nacimiento, ya que son heredados de los ancestros y están inscritos en el ADN desde las experiencias lejanas de la colonización y de la esclavitud, del exilio forzado que ambas implicaron, del exterminio de aquellos que no se adaptaron a esa forma extrema de poder o de los que murieron de *banzo*¹⁶ por no tolerarla. Lo más

16. El *banzo* es un estado anímico común entre los afrobrasileños sometidos al estatuto de la esclavitud. Cito, a propósito, un fragmento de un texto de Paulo Leminski, poeta, escritor, crítico literario, letrista de canciones y traductor brasileño: “Cuando un negro *banzaba*, él paraba de trabajar, ninguna tortura de látigo de hierro en brasa lo hacía moverse. Él se quedaba allí, sentado, *banzando, banzando*. Le venía el deseo

grave es que esos traumas heredados no paran de reactualizarse, reproduciéndose hasta hoy.

El doble trauma –el temor del colapso, generado por el abuso, y el terror de la humillación, generado por la descalificación del lugar que le es atribuido en la sociedad– somete a la vida a tal grado de amenaza a su integridad que las respuestas del deseo, de las más activas a la más reactivas, tienden en ese caso a intensificarse. La respuesta reactiva es una estrategia de defensa psíquica que se origina en un endurecimiento de los obstáculos de la subjetividad para acceder a su saber-de-lo-vivo, con el fin de protegerse del efecto tóxico del trauma. Esto tiende a impedir que el deseo actúe tratando de librarse de la colonización del inconsciente, lo que puede llevar a un mayor sometimiento: tanto al abuso de la pulsión, como a la opresión (la parcela de clases desfavorecidas que, en este momento, apoya fervientemente a figuras como Jair Bolsonaro o aquella que reivindica el regreso de la dictadura militar en Brasil, son ejemplos elocuentes de ese tipo de reactividad). Sin embargo la misma amenaza a la integridad puede, por el contrario, generar una respuesta activa: impulsar a los subalternos a reconectarse con su saber-de-lo-vivo, por una cuestión de vida o muerte. Esto los lleva a querer –movidos por el impulso de retomar las riendas de la pulsión vital en sus manos– rasgar el velo de las narrativas fantasmagóricas construidas a partir de su doble trauma que enmascaran la causa de su malestar, desfigurando su visión de la realidad. Cuando esto ocurre, los sectores subalternos tienden a alcanzar un alto grado de lucidez y ganan más fuerza, no solo para resistir micropolíticamente tanto al abuso como a la humillación, sino también para alimentar su lucha macropolítica contra la opresión, la explotación y la exclusión.

de comer tierra. Y, comiendo tierra, volver a África, a través de la muerte. Un negro con *banzo* era una pieza perdida. Parece que ‘banzar’ es una versión africana del verbo portugués ‘pensar’. ‘Pensar’, para el negro afro-brasileño, era ‘banzar’; sentirse triste, triste de morir. Una tristeza que era lo mismo que matarse”. Ver Leminski, Paulo, *Vida: Cruz e Sousa, Bashô, Jesus e Trótski. 4 Biografias*. São Paulo: Companhia das Letras, 2013; p. 25. [N. de la T.]

En cambio, del lado del soberano, el hecho de que el temor del colapso proveniente del trauma del abuso de la pulsión no venga acompañado de la experiencia traumática de la humillación de clase y/o de raza, hace que el sonido de la alarma sea menos estridente en su subjetividad y que, consecuentemente, menor sea el grado de alerta de amenaza a la vida que la alarma anuncia. La respuesta del deseo, en este caso, oscila igualmente en la gama de micropolíticas entre los dos extremos de destinos posibles de la pulsión. Su respuesta reactiva se origina en la disminución del impulso del deseo de rebelarse, cosa que puede conducir a la victoria de una micropolítica en la cual la pulsión vital se termine sometiendo a la voluntad proveniente del sujeto, aunque en el caso de que este sea (macro)políticamente correcto. Tal tendencia reactiva se ve intensificada por el confort material y narcisista que resulta de su lugar de soberanía en las relaciones de poder (lo opuesto a la incomodidad de aquel lugar que el subalterno es conducido a ocupar). Esto hace que su subjetividad se aferre más a las formas establecidas, por miedo a perder sus privilegios materiales que, normalmente, tiende a confundir con un supuesto privilegio vital de su modo de existencia. Tal equívoco se sostiene en el imaginario de la sociedad colonial-capitalística, que considera este modo de existencia como el ideal al que todos deberíamos aspirar cuando, de hecho, es propio de una vida estéril y, por lo tanto, no corresponde a privilegio de ningún tipo, sino todo el contrario: es patéticamente miserable. En esto el soberano se diferencia del subalterno que, en esa esfera macropolítica, no tiene nada que perder; al revés, solo tiene que ganar. Pero el mismo hecho de que el grado de alerta sea menor en su subjetividad puede, en contraste, ampliar las condiciones psíquicas para que esta no sucumba al trauma y para que el deseo adquiera un impulso para enfrentarlo micropolíticamente y así pueda reconectarse con el saber eco-etológico para tratar de liberar la pulsión de su abuso. En este caso, sus condiciones materiales pueden incluso favorecer el cambio en lugar de frenarlo. El deseo tiende entonces a actuar en dirección a las prácticas creadoras. En las clases favorecidas, a las que pertenecen tales subjetividades,

dichas prácticas tienden a manifestarse prioritariamente en el arte. Pero hoy en día se manifiestan cada vez más en las transfiguraciones de los modos de existencia y en los movimientos activistas que se insurreccionan en los varios dominios de las relaciones en los ámbitos de género, sexualidad, ecología, etc. –aunque, por las razones antes señaladas, cuando tales transfiguraciones y movimientos se dan en las periferias de los centros urbanos, aquellas tienden a ganar una especial osadía–.

Es en el campo específico de las prácticas artísticas, el contexto en el cual la cuestión de las relaciones entre arte y política volvió a aparecer recientemente con renovada urgencia y radicalidad ante la grave situación mundial. Sin embargo ahora, el foco apunta menos a las obras y a su desafío de problematizar el sistema del arte en su propio interior –como sucedió en los años ‘60– y se desplaza más hacia las siguientes preguntas: ¿cómo resistir al despojo de la potencia de creación en el arte, su potencia micropolítica? Y, más allá del ámbito institucional del arte, ¿cómo estrategias artísticas pueden intervenir en la vida social, instaurando espacios para procesos de experimentación, su proliferación, sus devenires? Y, más radicalmente, ¿cómo ayudar a liberar la potencia de creación de su confinamiento en el arte?

Es evidente que en el ámbito de las subjetividades no hay generalizaciones posibles; las figuras de respuesta al abuso anteriormente dibujadas, sean ellas las de los subalternos o las de los soberanos, se mezclan en diferentes grados componiendo políticas de deseo que varían a lo largo de la existencia. En suma, las dinámicas en la esfera micropolítica son más complejas y paradójicas que las de las posiciones que cada uno ocupa macropolíticamente en la sociedad. Nada garantiza que todos los subalternos sean, por principio, agentes potenciales de la insubordinación micropolítica, ya que su subjetividad puede estar bajo el hechizo del inconsciente propio al régimen dominante, aunque lo combatan macropolíticamente. Y viceversa: el soberano puede convertirse eventualmente en su agente, cuando se quiebra en su subjetividad el hechizo de los valores propios de ese

tipo de inconsciente que rigen la dinámica de sus identificaciones, aunque desde el punto de vista macro no vaya más allá de lo políticamente correcto.

3. *Lo que mueve a sus agentes*

Macropolítica

Lo que mueve a los agentes de la insurrección macropolítica es la voluntad de “denunciar”, en palabras y acciones, las injusticias propias de la distribución asimétrica de derechos en las formas de mundo vigentes. Lo que buscan con estas denuncias es “concientizar” a la sociedad a través de la transmisión de informaciones y explicaciones, para “movilizar” (sobre todo a los subalternos) por medio de la identificación a actuar en esa dirección. En suma, lo que los mueve es la voluntad de “empoderar” a los subalternos, así como a los movimientos macropolíticos y su organización, engrosando el caldo de su fuerza para que consigan instaurar una distribución de derechos más equitativa.

Micropolítica

Lo que mueve a los agentes de la insurrección micropolítica es la voluntad de perseverancia de la vida que, en los humanos, se manifiesta como impulso de “anunciar” mundos por venir, en un proceso de creación y de experimentación que busca expresarlos. Performatizado en palabras y acciones concretas portadoras de la pulsación de esos embriones de futuro, tal anuncio tiende a “movilizar otros inconscientes” por medio de “resonancias”, agregando nuevos aliados a las insubordinaciones en esa esfera. Los nuevos aliados, a su vez, tenderán a lanzarse en otros procesos de experimentación, en los que se performatizarán otros devenires del mundo, imprevisibles y distintos de los que los movilizaron.

4. Intención

Macropolítica (empoderamiento del sujeto)

La intención de insurreccionarse macropolíticamente es el “empoderamiento” del sujeto: liberarse de la opresión política, de la explotación económica y de la exclusión social; salir del silenciamiento y de la invisibilización, para ocupar afirmativamente un “lugar de habla” dignamente oída y un “lugar de existencia” verdaderamente reconocida. Como la insurrección en esta esfera pretende promover una redistribución más igualitaria de las posiciones en las relaciones de poder, su intención de empoderar al sujeto tiene como meta, en última instancia, llevar a la instauración de un Estado más democrático.

Micropolítica (potenciación de la vida)

La intención de insurreccionarse micropolíticamente es la “potenciación” de la vida: reapropiarse de la fuerza vital en su potencia creadora. En los humanos, la reapropiación de la pulsión depende de reapropiarse igualmente del lenguaje (verbal, visual, gestual, existencial, etc.), lo que implica habitar el lenguaje en los dos planos que lo componen: el de la expresión del sujeto y el de fuera-del-sujeto que le da movimiento y transforma el lenguaje. Esto depende de lanzarse en un proceso de experimentación, movido por la tensión de la paradoja entre ambos –lo que es indispensable para que la pulsión pueda guiar el deseo hacia las conexiones que le permitan crear algo en el que los afectos encuentren su expresión–. En este proceso de experimentación –en que se crean palabras, imágenes, gestos, modos de existencia, de sexualidad, etc.–, los mundos aún en estado larval que se anuncian al saber-de-lo-vivo, por la vía de los afectos, se vuelven sensibles.

En última instancia, hay dos diferencias fundamentales entre las intenciones de los combates micro y macropolítico. La primera es que expresar en palabras y acciones vivas los mundos que se anuncian (lo que es propio de la micropolítica) es distinto de explicar la desestabilización que estos provocan; la experimentación activa requiere “implicación” en ese surgimiento y no una “explicación” que

nos proteja, aliviándonos ilusoriamente. Esta es la condición para que el movimiento pulsional se complete en su destino ético, produciendo un acontecimiento. La segunda es que “potenciar la vida” es distinto de “empoderar al sujeto”, una intención propia a la esfera macropolítica de la insurrección. Las dos intenciones son importantes y complementarias. El problema es cuando se busca solo el empoderamiento –desconsiderando la potenciación vital que depende de la implicación con aquello que el saber-de-lo-vivo anuncia–, pues eso nos hace permanecer cautivos de la lógica del propio sistema que buscamos combatir.

Diferenciar ambas intenciones es especialmente indispensable para los cuerpos considerados de menor valor en el imaginario social –como el cuerpo del pobre, del trabajador precarizado, del refugiado, del negro, del indígena, de la mujer, del homosexual, del transexual, del transgénero, etc.–. Cuando la insurgencia de esos cuerpos abarca un deseo de potencia, además de la necesidad de empoderamiento, es más probable que el movimiento pulsional encuentre su expresión singular y que de allí resulten transmutaciones efectivas de la realidad individual y colectiva, incluso en su esfera macropolítica.

5. Criterios de evaluación de las situaciones

Macropolítica (criterio moral)

El criterio macropolítico para evaluar las situaciones es exclusivamente racional, guiado por el juicio moral propio del sujeto: lo que orienta las elecciones y acciones en esta esfera es una “brújula moral”. Su aguja apunta a sistemas de valores de los modos de existencia vigentes: aquellos con los cuales cada subjetividad se identifica en su experiencia como sujeto y de los cuales se apropia para situarse en el campo social.

Micropolítica (criterio pulsional y su ética)

El criterio para evaluar las situaciones en la esfera micropolítica es “pulsional”: lo que orienta nuestras elecciones y acciones en esa esfera

es una “brújula ética”. Su aguja apunta a lo que la vida pide como condición para perseverar cada vez que se ve debilitada por su asfixia en los modos de existencia vigentes y sus valores que, cuando esto ocurre, pierden su sentido. En síntesis, el criterio micropolítico para descifrar las situaciones es guiado por el poder de evaluación propio de los afectos, a lo cual se accede en la experiencia fuera-del-sujeto.

6. *Modos de operación*

Macropolítico (por negación)

Es “por negación” que la insurrección es operada en la esfera macropolítica: se trata de estrategias de “combate *contra*” los opresores y las leyes que sostienen su poder en todas sus manifestaciones en la vida individual y colectiva. Esta es la condición para subvertir la distribución de posiciones dentro de las relaciones marcadas por la opresión y la explotación. Si el combate aquí opera por la vía de la oposición es porque son, de hecho, opuestos los intereses de los dos polos en lucha en las relaciones de poder, siendo, por lo tanto, “dialéctica” la dinámica de la lucha entre ellos.

Micropolítica (por afirmación)

Es “por afirmación” que la insurgencia es operada en la esfera micropolítica: se trata de un “combate *por*” la vida en su esencia germinativa. Un combate que consiste en continuar buscando no ceder al abuso de la pulsión, lo cual depende de un largo trabajo de travesía del trauma que tal abuso provoca –cuyo efecto primordial es la despotenciación de la fuerza vital que resulta de su abuso y que prepara el terreno para su proxenetismo–. El objetivo de este modo de funcionamiento propio del combate micropolítico es que logremos neutralizar esos efectos del trauma del abuso, lo máximo que se pueda a cada momento y de cara a cada situación. Resistir al abuso es la condición para desarticular el poder del inconsciente colonial-capitalístico en nuestra propia subjetividad, el cual nos hace permanecer imbricados en las dinámicas de las relaciones de poder propias de

dicho régimen, sea en la posición de subalterno (aún cuando nos insurreccionemos macropolíticamente contra ella) o de soberano (aun cuando seamos los más macropolíticamente correctos).

Tomemos como ejemplo la lucha de las mujeres. Es indispensable e inaplazable que las mujeres se insurreccionen contra la desigualdad en las relaciones de género. Sin embargo, si ellas buscan salir de su lugar subalterno rebelándose solo en esta esfera –la macropolítica–, nada garantiza que su subjetividad recupere su plena existencia, pues eso depende de que ellas se reapropien de la pulsión, cuyo destino les fue secuestrado por esas mismas relaciones de poder. Si no se rebelan también en esa esfera –la micropolítica–, es probable que continúen manteniéndose dependientes de la mirada del hombre para sentir que existen y, con esto, no solo permanezcan cautivas de la trampa de la dominación masculina y del abuso machista, sino que lo alimenten con su propio deseo. En otras palabras, al no incorporar la esfera micropolítica al combate, este tiende a quedar prisionero de una lógica de oposición al hombre. La lucha de las mujeres se convierte entonces en una disputa de poder que toma al personaje masculino de la escena machista como referencia para su identificación; con ello, se mantienen la hegemonía de este personaje y la propia escena –que es, precisamente, lo que la mujer buscaba contrarrestar en su combate macropolítico–.

La escena del machismo, como la de toda y cualquier relación de poder, es desempeñada por dos personajes: el opresor y el oprimido, implicados ambos en su dinámica y de ella responsables. Para desarticular tales relaciones, el oprimido tiene que desertar de su papel en el guión del abuso –sea este el de víctima del opresor o, en el mejor de los casos, el de su mero opositor–, transfigurándose en otro(s) personaje(s) o simplemente abandonando la escena. Cuando esto sucede, el personaje del opresor, su compañero de escena, se queda hablando solo y la escena ya no tiene cómo seguir existiendo. ¿No será precisamente esta operación de insurrección micropolítica lo que viene siendo introducido por los movimientos actuales antes mencionados, sobre todo en las relaciones de poder en los ámbitos de la raza, el sexo y el género?

Ahora bien, ¿qué sucede con el personaje en el que se encuentra confinado el opresor cuando ocurre esa transfiguración del personaje del oprimido en la escena de las relaciones de poder? Retomemos el ejemplo del teatro machista: ante la angustia que la desestabilización de la escena provoca en el hombre –escena en la que, hasta entonces, él tenía su lugar garantizado y podía repetir su personaje *ad infinitum*– son varias sus posibles respuestas. Si la política del deseo que conduce su respuesta es activa –cosa que viene sucediendo cada vez más, aunque todavía minoritariamente–, tal experiencia puede impulsarlo a hacer el mismo movimiento que llevó al personaje de la mujer a transmutarse: antes que nada, reconocer que a pesar del poder que detiene su personaje en la esfera macropolítica de la escena machista, en la esfera micropolítica este es sofocante –igual o quizás aún más sofocante que el personaje de la mujer–. Dicho reconocimiento puede crear las condiciones para que él busque empezar un trabajo de elaboración para superar tanto su desconexión con lo extrapersonal, como su imposibilidad de sostenerse en la tensión entre lo personal y lo extrapersonal para dejarse guiar por los efectos de la escena en su cuerpo. A partir de ahí, también él buscará recrearse a sí mismo, orientado por los afectos de su interacción con el(los) nuevo(s) personaje(s) de la mujer que con él actúa en la escena, convirtiéndose –como ella– en un agente de la insurgencia micropolítica. Y, en ese caso, el(los) nuevo(s) personaje(s) de la mujer, a su vez, tenderá(n) a transmutar a partir de los afectos de esa nueva dinámica de interacción y así sucesivamente. En esta danza puede surgir un nuevo guión, en el cual la política de deseo que orienta a los personajes y a la dinámica de su relación ya no estén sometidas al inconsciente colonial-capitalístico, llevando a la formación de otro régimen de inconsciente y a la consiguiente instauración de nuevas escenas en el paisaje social, ya distantes del machismo. Pero es obvio que la cancelación del teatro machista y la imposibilidad del personaje masculino de seguir actuando en el papel de opresor puede llevarlo, igualmente, a una respuesta reactiva, violenta, movida por su exasperada voluntad de

conservar la escena y su personaje en la misma a cualquier precio, por miedo a colapsar. Es esta, desgraciadamente, la tendencia que viene no solo prevaleciendo, sino, incluso, expandiéndose exponencialmente en los últimos tiempos. Una de sus manifestaciones más obvias es justamente el espantoso aumento del número de femicidios a medida que avanza la insurgencia feminista, principalmente en las regiones de las excolonias, como América Latina y África –un fenómeno que participa del conjunto de situaciones que han causado el tsunami de conservadurismo cada vez más mezquino y cruel que viene infectando el planeta–.

En resumen, hay una diferencia fundamental entre los combates macro y micropolítico en sus respectivos enfoques de las relaciones de poder: si la operación de resistencia macropolítica tiene como objeto redistribuir los lugares al interior de las relaciones de poder, la operación de insubordinación propia de la esfera micropolítica apunta, diferentemente, a dismantelar tales relaciones, disolviendo sus personajes, sus respectivos papeles y la propia escena. Combatir el proxenetismo de la pulsión, médula del inconsciente colonial-capitalístico, implica construir para sí otro cuerpo, abandonando el caparazón de un cuerpo estructurado en la dinámica del abuso –así como el saltamontes abandona su exoesqueleto para que otro cuerpo, aún embrionario, pueda germinar y tomar su lugar–. Y si ese combate se da por afirmación y no por negación, como es el caso en la esfera macropolítica, es porque la dinámica de la tensión entre lo personal y lo extrapersonal no es dialéctica, sino paradójal. Dicha tensión ocurre entre dos movimientos: un primer movimiento, que viene desde el sujeto, presiona la subjetividad hacia la conservación de las formas en las cuales la vida se encuentra materializada; un segundo movimiento, que viene del afuera-del-sujeto, presiona la subjetividad hacia la conservación de la vida en su potencia de germinación. El segundo movimiento no se hace por oposición al primero (movimiento del sujeto en los personajes), sino por acciones afirmativas de un devenir-otro de esos personajes y del escenario mismo, orientadas por aquello que indican los embriones de futuro en la experiencia

extrapersonal. La disolución de la escena no es pues el objetivo de la acción micropolítica, sino que es su consecuencia; su objetivo central son pues los devenires.

En esta operación micropolítica de combate, las fronteras entre política, clínica y arte se vuelven indiscernibles. Su dimensión clínica reside en el hecho de que lo que se pretende es liberar el inconsciente de su patología colonial-capitalística. Se trata de una búsqueda por “curar”, lo más posible, a la vida de su impotencia –secuela de su cautiverio en el tejido relacional del abuso que aliena la subjetividad de las demandas vitales y mantiene al deseo rehén del régimen dominante en su esencia despojadora-. Y si tal operación de “curación” es indisoluble de la operación artística es porque ella solo se completa con la creación de nuevos modos de existencia que performatizan las demandas vitales, realizando así la germinación de los embriones de mundo que pulsan en los cuerpos. En última instancia, cada gesto de insurrección micropolítica es, en sí mismo, un movimiento de resurrección de la vida.

Ahora, si llamamos “operación artística” a la creación de nuevos modos de existencia que dan cuerpo a las demandas vitales, es porque en la cultura moderna occidental, propia del régimen colonial-capitalístico, el ejercicio de la fuerza de creación se encuentra confinado en una actividad específica a la que se decidió dar el nombre de “Arte”, y cuya institucionalización data de poco más de dos siglos. Siendo así, es inherente al modo de operación micropolítico el buscar liberar ese ejercicio lo más que se pueda de su confinamiento, lo suficiente para que este se reactive en las demás prácticas de la vida social. Y que se reactive, incluso, en las propias prácticas artísticas pues, bajo el capitalismo financiarizado, tal ejercicio pasó a ser casi imposible también en ese campo. Es que en este nuevo pliegue del régimen, el arte se convirtió en una fuente privilegiada para el proxenetismo de la potencia vital de creación: hoy en día, incluso en ese campo, mantener esa fuerza orientada a su destino ético se ha convertido en un desafío frente al poder del abuso colonial-capitalístico que opera en todos nosotros, lo que hoy pasó a englobar igualmente la subjetividad de

los artistas. Tal abuso consiste no solo en neutralizar la potencia de creación reduciéndola a la creatividad, sino también en usarla como signo de pertenencia a las élites transnacionales, exhibido ostensiblemente. Ser coleccionista, conocer una media docena de nombres de artistas y curadores que estén en la cresta de la ola del mercado, frecuentar *vernissages* y ferias de arte y hacer turismo por las grandes exposiciones internacionales en el mundo, pasó a constituir un elemento esencial del glamour proyectado sobre la estéril existencia de tales élites, glamour que les da un *plus* de seducción y aumenta el poder de su *self-brand* (su marca personal) en el mercado. Además de esas ventajas micropolíticas que el arte les trae y de sus efectos en su poder macropolítico, este se ha vuelto más que nunca un terreno privilegiado para la especulación y el lavado de dinero.

7. *Modos de cooperación*

Macropolítica (agruparse por la vía de la re cognición identitaria para construir movimientos organizados y/o partidos políticos)

Es por la construcción de “movimientos organizados y/o partidos políticos” que se coopera en la insurrección macropolítica, cuyos agentes se agrupan por la “vía de la re cognición identitaria”. Se trata de una construcción programática, que se hace a partir de un plan de acciones previamente definido –que a su vez apunta a un fin relativo a una misma reivindicación (lo que en la esfera macropolítica consiste en una demanda concreta)– y en función de una misma posición (subalterna) en un determinado segmento de la vida social. En esta posición, que pertenece a la esfera de la “persona” en la experiencia subjetiva (el sujeto), se dibuja un supuesto contorno identitario. Es con ese supuesto contorno que se produce la identificación, por medio de la cual se forma la agrupación que realizará las acciones insurreccionales en esa esfera. Varios de estos segmentos pueden unirse en un solo movimiento (en torno a reivindicaciones que implican, por ejemplo, género, raza y clase), así como movimientos de diferentes segmentos pueden unirse en torno a una causa que toca a

todos. Este modo de cooperación genera una fuerza de presión capaz de viabilizar una reversión efectiva en las relaciones de poder en el plano institucional (lo que incluye al Estado y a sus leyes, pero no se reduce ni a él ni a aquellas). El tiempo del combate en esa esfera es cronológico, y se cierra cuando su objetivo es alcanzado; sin embargo, el movimiento sigue organizado para hacer frente a nuevos objetivos de lucha.

*Micropolítica (agruparse por la vía de la resonancia entre frecuencias de afectos para la construcción de lo “común”)*¹⁷

Es en el proceso de la construcción de lo común que se coopera en la insurgencia micropolítica, cuyos agentes se aproximan por la “vía de la resonancia intensiva”¹⁸ que se da entre frecuencias de afectos (emociones vitales). Se trata de tejer múltiples redes de conexiones entre subjetividades y grupos que viven situaciones distintas, con experiencias y lenguajes singulares, y cuyo elemento de unión son los embriones de mundo que habitan sus cuerpos, imponiéndoles la urgencia de que sean creadas formas en las que tales mundos puedan materializarse, completando así su proceso de germinación. Esto solo es posible en un campo relacional y desde que en él prevalezcan deseos que busquen guiarse por una brújula ética, lo que implica que el resultado de sus acciones será necesariamente múltiple y singular.

17. Respecto a la noción de *común* aquí propuesta, véase la nota 9 de “El inconsciente colonial-capitalístico”.

18. Cabe señalar que la noción de “resonancia” es distinta de la de “empatía”, otra palabra demasiado gastada en nuestra cultura que redujo su uso al de compartir opiniones, ideologías, sistemas de valor y sentimientos (emociones psicológicas) o, más precisamente, “buenos sentimientos” –es decir, un compartir restringido a la esfera del sujeto–. Aún en el ámbito de la reducción del uso del término empatía a la esfera micropolítica y a los buenos sentimientos, es su actual inserción en el léxico de actitudes políticamente correctas, lo que niega las tensiones propias de la relación con la alteridad y, consiguientemente, no implica una exigencia de acción efectiva y tampoco de transformación de sí a partir de los efectos reales del otro (emociones vitales). En suma, el término “empatía” viene siendo usado en actitudes que deniegan la esfera micropolítica, de ahí su inadecuación para designar aquello que viabiliza la cooperación en esa esfera.

Se crean así territorios relacionales temporales, variados y variables. En estos territorios se producen sinergias colectivas, proveedoras de una acogida recíproca. Eso favorece los procesos de experiencia de modos de existencia distintos de los hegemónicos (aquellos anunciados por los gérmenes de futuro), al valorizar y legitimar su osadía. Tales experiencias colectivas posibilitan más el trabajo de travesía del trauma resultante de la operación perversa del régimen colonial-capitalístico, que confina las subjetividades en las formas y valores dominantes marcados por la expropiación del movimiento pulsional. Como tal superación implica un trabajo que no tiene fin, lo importante aquí es que ella alcance en cada situación un umbral que permita que la fuerza vital creadora se libere, al menos lo suficiente, de su proxenetismo. Esta es la condición para que se logre componer un cuerpo, individual y colectivo, que resista al despojo de la vida y sea capaz de repelerlo –es en esta composición que reside el significado de la expresión “construcción de lo común”, tal como aquí es propuesta–.

De tales reapropiaciones colectivas de la pulsión depende la posibilidad de constitución de campos favorecedores de la emergencia de un “acontecimiento” –es decir, la emergencia de una transfiguración efectiva en el tejido social–. Esta resulta de la germinación de los embriones de mundos que resonaron entre los cuerpos y los llevaron a unirse, viabilizando el cuidado de los nidos, necesario para el nacimiento de otros modos de existencia y de sus respectivas cartografías.

En suma, son totalmente distintos los modos de cooperación propios a las insurrecciones macro y micropolíticas. Aquí también, ambos son indispensables y complementarios. Los acontecimientos son el resultado de los procesos de creación propios de la insurgencia micropolítica –a diferencia de las acciones insurreccionales macropolíticas, las cuales parten de un fin predeterminado–.

Si el modo de cooperación macropolítica genera una fuerza de presión para viabilizar una distribución de derechos más justa en la cartografía en curso, el modo de cooperación micropolítica genera

una fuerza de “metamorfosis transindividual”¹⁹ que crea nuevas cartografías, en las que se plasma el derecho a la vida. Además, juntarse por resonancia es distinto de hacerlo por identificación. Ambos eslabones son importantes; el problema es cuando la subjetividad se confina en el contorno identitario y se reduce a él. Tal reducción tiende a interrumpir los procesos de subjetivación impulsados por la tensión entre el personal y el extrapersonal –resultante de los efectos de las fuerzas del otro en la esfera micropolítica cuando estos extrapolan los contornos identitarios y amenazan con disolverlos–. Interrumpidos tales procesos, no hay posibilidad de una transformación efectiva de la realidad, ya que entonces no habrá metamorfosis de las políticas de subjetivación, lo que impedirá el surgimiento de nuevos modos de existencia que con ellas se crearían.

Descolonizar el inconsciente: matriz de la insurrección micropolítica

En vista del nuevo estado de cosas, se vuelve inaplazable que alieemos la protesta programática de las conciencias a la protesta pulsional de los inconscientes. Como aquí se ha insistido reiteradamente, la desarticulación entre ambas esferas de combate, macro y micropolítica, solo contribuye a la reproducción infinita del *statu quo*. Más grave aún es cuando se establece entre sus agentes una conflictiva polaridad, en la que hay una demonización recíproca en torno a lo que sería la supuesta “verdadera actitud revolucionaria”. Un tipo de relación que, desgraciadamente, estuvo bastante presente en los levantamientos de los años 1960 y 1970, causando muchos malentendidos, mucha despotenciación y mucho dolor. Es que “verdad” y “revolución” son conceptos creados en el marco de la política de producción de una subjetividad antro-po-falo-ego-logo-céntrica, propia de la cultura moderna occidental colonial-capitalística. Nuestro

19. En relación con la idea de “fuerza de transformación transindividual” puede verse a Brian Massumi, *O que os animais nos ensinam sobre a política*, São Paulo: n-1 ediciones, 2017.

desafío está, pues, en superar en nosotros mismos la nefasta dicotomía entre micro y macropolítica, buscando articularlas en todos los campos relacionales de nuestra cotidianidad y de nuestros movimientos insurreccionales colectivos.

Para lograr enfrentar este desafío es preciso, ante todo, refinar nuestro diagnóstico del régimen del inconsciente hegemónico y sus efectos tóxicos en la existencia individual y colectiva desde una perspectiva ética. Esto depende de la indisociabilidad de un trabajo teórico transdisciplinario y una pragmática clínico-estético-política. El objetivo es crear instrumentos pragmático-conceptuales adecuados para la descolonización del inconsciente, objetivo último de la insurrección micropolítica en la cultura colonial-capitalística. Y si tal tarea se impone hoy con máxima urgencia, es porque el combate en esa esfera todavía está en sus primeros pasos –pues comenzó a insinuarse más ampliamente hace poco más de medio siglo, desde 1950, después de la Segunda Guerra Mundial–. La experiencia macabra de este triste episodio de la historia nos ha traído la intuición de que no basta con alzarse macropolíticamente, pues la reactividad micropolítica puede llegar a altísimos grados de violencia contra la vida, con refinamientos de perversión inimaginables.

Sin embargo, es solo dos décadas después –en los años 1960 y 1970, con la generación nacida en la posguerra– que eclosiona un movimiento micropolítico que se diseminó intempestivamente por todo el tejido social en varias regiones del planeta. Así pues, resulta claro que la experiencia de insurrección en esta esfera es mucho más reciente que la que se da en la esfera macropolítica que hemos vivido desde hace un siglo y medio, desde la Comuna de París en 1871, y sobre la cual contamos con un cúmulo mucho mayor de experiencias.

La descolonización del inconsciente implica un trabajo sutil y complejo, de cada uno y de muchos, que solo se interrumpe con la muerte; nunca está dada por completo. Pero cada vez que se consigue dar un paso adelante en esta dirección una partícula más del régimen dominante en nosotros y fuera de nosotros se disuelve,

y esto tiene un poder de propagación. Es en estos momentos que la vida da un salto y nos proporciona el goce individual y colectivo de su afirmación transfiguradora. Desear este acontecimiento de una vida no cafisheada, es el antídoto para la patología del régimen colonial-capitalístico, que nos hace desear el goce del poder –un goce propio de una subjetividad reducida al sujeto, que ha perdido la conexión con la vida y cuya ceguera nos lleva a un miserable narcisismo devastador–.

La nueva modalidad de golpe: una serie en tres temporadas

Un paisaje siniestro se instauró en el planeta con la toma del poder mundial por el régimen capitalista en su nuevo pliegue –financierizado y neoliberal–, que lleva su proyecto colonial a las últimas consecuencias, su realización globalitaria. Junto con este fenómeno, otro, simultáneo, también contribuye al aire tóxico del presente paisaje: el ascenso al poder de fuerzas conservadoras en todas partes, cuyo tenor de violencia y barbarie nos recuerda, para referirnos solo al siglo XX, los años 1930 que precedieron a la segunda guerra mundial y los años más recientes de regímenes dictatoriales, los cuales se fueron disolviendo a lo largo de la década de 1980 (es el caso, por ejemplo, de los regímenes militares de América del Sur y el gobierno totalitario de la Unión Soviética). Como si tales fuerzas jamás hubieran desaparecido, sino que hubieran hecho un repliegue estratégico temporario al acecho de condiciones favorables para su vuelta triunfal.

¿Neoliberales y neoconservadores unidos? ¿Cómo es eso?

A primera vista, la simultaneidad entre estos dos fenómenos nos parece paradójica: son síntomas de fuerzas reactivas radicalmente distintos, así como son distintos sus tiempos históricos. Más allá de las diferencias más obvias que consisten en el transnacionalismo de unas y el nacionalismo de las otras, el alto grado de complejidad, flexibilidad, sofisticación y refinamiento perverso, propio del modo de existencia neoliberal y sus estrategias de poder, está a años luz del arcaísmo tacaño y de la rigidez de las fuerza brutas de este neoconservadurismo –cuyo prefijo “neo” solo tiene sentido porque se articula con

condiciones históricas distintas de las anteriores—. Si la convivencia entre estos dos regímenes de poder enturbia nuestra comprensión, pasada la perplejidad inicial, se va haciendo evidente que el capitalismo financierizado necesita estas subjetividades rudas temporariamente en el poder. Son como sus capangas que se encargan del trabajo sucio imprescindible para la instalación de un Estado neoliberal: destruir todas las conquistas democráticas y republicanas, disolver su imaginario y erradicar de la escena a sus protagonistas —entre los cuales están, prioritariamente, las izquierdas en todos sus matices—.

Una coincidencia de intereses de neoconservadores y neoliberales en relación con este objetivo específico permite su alianza temporaria. La torpe subjetividad de estos neoconservadores es explícita y fervorosamente clasista y racista, por no decir esclavista y de mentalidad colonial, lo que los lleva a querer cumplir este papel sin ninguna barrera ética y a una velocidad vertiginosa. Ni bien nos damos cuenta de una de sus estocadas, ya se prepara otra, generalmente decidida por el congreso en el silencio de la noche. Más allá de eso, colabora para que esté interesado en esta tarea el hecho de que esta es muy bien remunerada por el poder ejecutivo. Este les ofrece a cambio abultadas sumas de dinero para realizar proyectos absurdos en sus estados de origen y, con ello, ampliar su apoyo local; además de los millones de dólares en sobornos que las empresas que ejecutan estos proyectos —en general a partir de licitaciones fraudulentas— ofrecen para sus cuentas privadas, sobornos que en verdad vienen de la sobrefacturación y, por lo tanto, de las cuentas públicas. Se instaura un campo de negociación entre el Congreso y el Ejecutivo, en el que los diputados, en posición ventajosa, pueden chantajear a gusto, exigiendo más y más dinero para cumplir su función de capangas. El ejercicio de esta misión les proporciona un goce narcisista perverso, a tal punto inescrupuloso que llega a ser obsceno. A ese goce se añade la patética exposición de su vanidad por tener de vuelta en sus manos el poder que siempre habían tenido, lo que alimenta su autoimagen de machos bravucones que ellos exhiben como si trajeran en la solapa arcaicos y ridículos blasones. Ni siquiera se imaginan que con su

trabajo sucio se prepara el terreno para que avance y se fortalezca en Brasil la hegemonía de los circuitos globalizados del capital y de las finanzas, así como de las agendas y pautas neoliberales –actuantes en el país desde los años 1980, junto con sus socios locales, en varios sectores de la economía–¹ los cuales los eliminarán de la escena tan pronto se vuelvan innecesarios. Es en este escenario que se da el nuevo tipo de golpe, creado por la actual versión del capitalismo: una serie que se desarrolla en tres temporadas.

Aunque el guión de la serie que se presentará aquí se base en su versión brasileña, este es muy similar a sus versiones en la mayoría de los países de América Latina. Este guión comienza a ser elaborado, ciertamente, algunos años después del fin de las dictaduras en esos países, cuando empiezan a elegirse candidatos de izquierda para la presidencia de sus respectivos gobiernos apoyados en el asenso de los movimientos sociales oriundos de las luchas por la redemocratización. La serie se estrena en 2012, primero en Paraguay.² El guión trae igualmente elementos para abordarlo en sus demás versiones en el resto del planeta, como en España, Polonia, Hungría, Austria y Rusia. Con variaciones de matices para

1. Para ejemplificar la hegemonía en la economía brasilera de los circuitos globalizados del capital y de las finanzas junto con sus socios locales, citemos la financierización del sector inmobiliario, según escribe, Raquel Rolnik: "(...) A partir del final de la década de 1990 comienzan a ocurrir grandes cambios en el sector de incorporación residencial, con fusiones, adquisiciones y entrada de *equity funds* y *asset management companies* en las empresas". Raquel Rolnik, *La guerra de los lugares. La colonización de la tierra y la vivienda en la era de las finanzas*, LOM ediciones, Santiago de Chile.

2. La referencia acá es la temporada de la serie del golpe en Paraguay cuyo tema es el *impeachment* del presidente Fernando Lugo, electo en 2008 por la Alianza Patriótica para el Cambio, elección que cerró un período de dominio de 61 años del Partido Colorado de tendencia conservadora y nacionalista, fundado en 1887 y controlado por Alfredo Stroessner durante sus gobiernos dictatoriales (1954-1989). Luego del *impeachment* a Lugo, el Partido Colorado ganó dos elecciones consecutivas en 2013 y 2018 (cuando fue electo Mario Abdo Benítez, hijo del secretario particular de Stroessner), ambas sobre la base de fraudes escandalosos. A pesar de las innumerables pruebas de manejos fraudulentos para obtener la mayoría de los votos y del reconocimiento internacional de la ilegitimidad de ambos presidentes electos, no se logró anular las elecciones.

adaptarse a los diferentes contextos, la estrategia del nuevo tipo de golpe de Estado tiende a ser la misma.

Guión de la serie

La primera temporada de la serie del golpe en Brasil estrena en 2004, con la bombástica imagen del noticiero *Jornal Nacional* de la TV Globo divulgando la noticia de denuncias de un sistema de pago de mensualidades a diputados de la base aliada del gobierno de Luiz Inácio *Lula* da Silva, que estaría siendo orquestada a cambio de apoyo a proyectos de interés del Poder Ejecutivo; sistema que más tarde recibirá el nombre de “*Mensalão*”. La edición intercala las imágenes de los reporteros de Globo con las de miles de familias brasileñas aterradas frente al televisor viendo la noticia. En el capítulo siguiente, vemos la instalación por parte del Congreso de la Comisión Parlamentaria Mixta de Investigación (CPMI) en 2005, cuyo objetivo es evaluar las denuncias que incluyen a miembros del Partido de los Trabajadores (PT) y de otros partidos aliados del gobierno de Lula. La primera temporada de la serie sigue con el envío de las acusaciones contra 38 denunciados al Supremo Tribunal Federal (STF) en 2006, con informe del Ministro Joaquim Barbosa. En un capítulo posterior, el foco es colocado por un lado en Barbosa dando inicio en 2007 a un proceso criminal contra los acusados y, por el otro, en dos figuras escogidas por los medios oficiales entre las 38 que están en la mira de la justicia: José Dirceu, ex Ministro de la Casa Civil de la Presidencia de la República, y José Genoíno, entonces presidente del PT. Y las imágenes continúan siendo intercaladas con los miles de brasileños frente a sus televisores, cada vez más furiosos.

A continuación, en junio de 2013, vemos masivas manifestaciones convulsionando el país. Lo que lleva a las multitudes a la calle no es apenas la indignación macropolítica de sectores más progresistas frente a lo que ya se muestra como un golpe, sino fundamentalmente una indignación micropolítica que atraviesa todos los sectores de la

sociedad brasileña: un malestar frente a la situación en que se encuentra el país, la cual engloba fuerzas de todo tipo –de las más activas a las más reactivas–, en una maraña difícil de desenredar. Del lado de las fuerzas más activas, lo que se manifiesta es una intempestiva insubordinación a la estrategia micropolítica del golpe, en su violenta manipulación de las subjetividades; y, a la vez, una indignación macropolítica frente a las contradicciones de los gobiernos petistas por sus alianzas espurias, frente a la supremacía del poder empresarial sobre el poder público y el interés de los ciudadanos, frente a los gastos opulentos de los preparativos del Mundial de fútbol y los Juegos Olímpicos, claramente sobrefacturados y marcados por la corrupción, en contraste con la precariedad de los servicios públicos.³ Del lado de las fuerzas más reactivas, el foco de la ira es la corrupción, a estas alturas de la serie ya exclusivamente asociada al PT, lo que ya expresa el odio al partido y a sus líderes que en las próximas temporadas ganará grados de intensidad y extensión cada vez mayores.

En este momento, el guión de la serie comienza a acelerarse, lo que es visiblemente impulsado por esa eclosión. Es lo que se constata cuando apenas cinco meses después vemos la orden de prisión de veinte de los condenados por el *Mensalão*, decretado por Barbosa, ya entonces presidente del STF, siendo la prisión de diez de ellos (entre los cuales están Dirceu y Genoíno) efectiva el 15 de noviembre de 2013, fecha de celebración de la Proclamación de la República. El guión de la serieedulcora micropolíticamente la imagen de los dos líderes del PT siendo conducidos a la prisión como emblema mayor de los festejos de esa fecha, haciéndonos creer que estamos presenciando la recuperación de los ideales republicanos, supuestamente destruidos por los gobiernos del PT. La operación es parcialmente exitosa, ya que genera una fervorosa adhesión patriótica al golpe en parte de la sociedad. En el capítulo siguiente que veremos a continuación se repite la misma estratagema: en 2014 se da inicio a la

3. Respecto de junio de 2013, entre los varios textos que lo analizan, ver especialmente el ensayo de Francisco Bosco, “O mês que não terminou” publicado en la columna Ilustríssima de la *Folha de São Paulo* en 03/06/2018.

operación *Lava Jato*, compuesta por más de mil investigaciones de la Policía Federal de Brasil, autorizadas por el juez federal Sérgio Moro, pretendiendo dilucidar un sistema de lavado de dinero que movilizó miles de millones de reales en sobornos. La operación lleva centenas de imputados a prisión, 23 de las cuales (dueños o directores de empresas contratistas con negocios con Petrobrás) fueron nuevamente decretadas en el día de la Proclamación de la República. Frente a esto, lo que los brasileños menos manipulables ya sienten es que lo que se celebra de hecho en el día de la Proclamación de la República por dos años consecutivos es el retorno triunfal del estilo de república bananera, estilo que lo ha caracterizado desde su fundación, después de un breve intervalo de gobiernos del PT y sus sueños quiméricos que estaríamos viviendo una Nueva República. El estilo de república bananera parece retro, pues evoca la tradición colonial y esclavista, pero lo que entonces se revela es que la presencia visceral de esa tradición en la subjetividad de las clases medias y élites brasileñas en verdad nunca dejó de existir. Ella volvía ahora a exhibirse impudicamente, disfrazada en la narrativa de la serie bajo la máscara del retorno a la democracia. Una nueva hazaña micropolítica de la estrategia del golpe.

En esta primera parte de la serie, uno de los puntos álgidos es el protagonismo del STF. Es la primera vez en la historia del país que el STF condena a políticos, desde su creación al final del siglo XIX. Eso hace que quienes vemos la serie recordemos que, extrañamente, con diferentes procedimientos, el sistema del llamado *Mensalão* venía siendo adoptado por todos los gobiernos que antecedieron a los del PT y que estos jamás fueron procesados y mucho menos castigados. Y entonces nos damos cuenta de que aunque la corrupción deba de hecho ser combatida, ya aparecen en este inicio del guión las señales del uso político de ese proceso como parte de la operación del golpe. Tal uso se basa en una alianza entre, por un lado, los poderes Legislativo, Judicial y Policial, y, por otro, el poder de las grandes corporaciones mediáticas (responsables por la transmisión de la serie del golpe), así como del capital financierizado transnacional.

Queda claro, ya en este comienzo de la serie, que en su guión la política y el derecho se encuentran plenamente integrados (lo que, además, no es nuevo en Brasil). Los jueces envueltos en la operación del golpe manipulan impudicamente las reglas constitucionales existentes –o incluso las cambian rápidamente si es necesario– a favor de intereses políticos marcados por intereses económicos. Los protagonistas de estas operaciones en la Justicia no solo comparten plenamente esos intereses, sino que tienen en su defensa un papel central. Son condenados a prisión acusados sin prueba concreta (como será el caso de Lula en la segunda temporada de la serie), mientras que son considerados inocentes o castigados con penas mucho más leves los acusados sobre la base de pruebas escandalosas. No hay ninguna posibilidad de prever las sentencias según las reglas de la justicia democrática, propias de un Estado de derecho; solo se logra identificar los intereses políticos que las conducen, e incluso sin saber con certeza cuáles serán sus estrategias para justificarlas.

Sostenidos por esa alianza y ocupando la mayoría en el Congreso Nacional, los capangas de los circuitos globalizados del capital y de las finanzas dan el golpe que expulsa del gobierno a sus líderes más de izquierda. Se utiliza micropolíticamente para demonizarlos no solo las mencionadas denuncias de corrupción no comprobada (el caso de Lula), sino también su supuesta responsabilidad por la crisis económica del país (el caso de Dilma), que en verdad es solo un síntoma local de la crisis mundial. Pero la serie del golpe no se cierra con la condena de varios líderes del PT y del proceso micropolítico de destrucción del imaginario democrático que culmina en aquel momento en el episodio del *impeachment* de Dilma (agosto de 2016). Una vez concluido este primer trabajo sucio y ya parcialmente destruido ese imaginario, comienza su segunda temporada. Aunque otros elementos hagan el papel de reos a lo largo de la serie del golpe, el personaje del demonizado continuará paralelamente siendo protagonizado por los líderes de tendencias de izquierda, principalmente los del Partido de los Trabajadores, teniendo siempre a Lula en el centro. Su demonización, foco privilegiado de la estrategia micropolítica del golpe,

atravesará todos los episodios hasta el final de la segunda temporada de la serie, cuando (probablemente) se consumará la farsa de la condena de Lula y su consiguiente exclusión del proceso electoral para la presidencia de la República.⁴

Segunda temporada

En la segunda temporada de la serie del golpe, el foco será el indispensable desmonte de la Constitución. Para prepararlo micropolíticamente el guión se concentrará en hacer mucho más aterrador el fantasma de la crisis económica, así como en intensificar la descalificación del imaginario progresista, ya parcialmente victoriosa en la primera temporada. El desmonte de la constitución se dará por medio de un nuevo conjunto de trabajos sucios para que realicen los capangas. El primero será el bloqueo del gasto público: la Propuesta de Enmienda a la Constitución (PEC) –llamada popularmente la “PEC del fin del mundo”, para darle un nombre que indique su alto tenor de destructividad–, promulgada en diciembre de 2016, congela el gasto público por veinte años bajo el argumento de la crisis económica. Tal bloqueo incide en los subsidios para el desarrollo y en los fondos destinados a los programas sociales, sobre todo a la educación y a la salud. Además de desmontar leyes promulgadas durante los gobiernos petistas que ampliaron el acceso a la educación y a la salud de calidad para la mayoría de la población, el golpe desmontará igualmente la universidad pública, a través de recortes de fondos de educación e investigación. El segundo trabajo sucio consistirá en la indecente reforma laboral que, en Brasil, no se limitará a la precarización del trabajo, sino que llegará al colmo de legalizar condiciones degradantes hasta entonces consideradas por la Constitución como definidoras de trabajo esclavo y pasibles de punición. Dicho sea de paso: la decisión de legalizarlas confirma que tales condiciones per-

4. Ese pronóstico ha sido confirmado pocos meses después de la primera edición de este libro.

sisten hasta hoy y no solo en zonas rurales; basta mencionar el trato dado a migrantes ilegalizados en la industria de la moda. La reforma laboral incidirá incluso en la educación al alcanzar las universidades privadas (vale recordar que inmediatamente después de la promulgación del cambio de tales leyes, varias de estas universidades expulsaron en masa a sus profesores, sustituyendo esos puestos con profesores con salarios miserables y sin derechos laborales). El tercer trabajo sucio consistirá en las indecentes reformas de la seguridad social y previsional, y el cuarto, en la privatización de los bienes y empresas estatales más rentables, o que se harán rentables por medio de arreglos espurios, para ampliar la lista de las privatizables *top*. En muchos casos, se prepara la adhesión pública a esas privatizaciones haciendo colapsar tales empresas estatales, mientras el guión ficcional de la serie atribuye la causa de la crisis a la mala gestión por ineficiencia y corrupción de sus ejecutivos y, por lo tanto, de los gobernantes que les asignaron esa función. Y cuando estos capangas no consigan la mayoría del Congreso para votar alguna enmienda o ley necesaria para tal desmonte, condición para que el poder ejecutivo pueda hacerlo, entrarán rápidamente en escena las agencias que detentan las mayores bases mundiales de indicadores financieros, y que lideran la evaluación del mercado global de capitales y, por lo tanto, la clasificación de riesgo para las inversiones (como Standard & Poor's y Moody's Corporation). Su operación consiste en rebajar la clasificación de la economía brasileña o amenazar con hacerlo, lo que ofrece una poderosa munición para que los cambios de políticas públicas que aún sufren alguna resistencia en el propio Congreso sean finalmente votados, bajo amenaza de quiebra del país (es lo que se está llevando a cabo en Brasil en relación con la seguridad social y que ya se ha producido en Europa, con Portugal, Grecia, Irlanda y España, los cuales recibieron un acrónimo elocuente: "PIGS"). Y así serán destruidos los primeros elementos de *res pública* o de democracia social del Estado que, con aciertos y errores, comenzaban a ser introducidos por los gobiernos progresistas que se instalaron en el país algunos años después del fin de las dictaduras. Estos tenían en su

programa la formación de un Estado de derecho que, en Brasil como en la mayoría de los países del continente sudamericano, nunca llegó de hecho a existir. Esta es la razón por la cual los protagonistas de esos gobiernos, principalmente los del PT, son los blancos de la nueva modalidad del golpe, cuyo objetivo es llegar al final de la serie con la plena instalación de un Estado neoliberal en el país, estrictamente focalizado en aquello que interesa al capitalismo transnacional y sus socios de las élites locales: facilitar al máximo la circulación de sus inversiones para crear condiciones ideales para la multiplicación del capital invertido, lo más velozmente posible.

Mientras se desarrollan estas nuevas operaciones, los propios capangas del capitalismo globalitario serán los próximos blancos de las denuncias de corrupción, preparándose así el terreno para su eyección tan pronto su tarea esté concluida. En la última temporada de la serie del golpe, el nuevo régimen arrojará a estos conservadores a la basura de la historia, sin hacerse el menor problema. Esta es una primera diferencia en relación con los golpes de Estado que se valen del ejército: aunque estos también fueron ejecutados por los conservadores (en este caso, militares) y bajo el mando de los poderes hegemónicos del capitalismo en su pliegue anterior (poder, en esa época, principalmente en manos de los Estados Unidos), en aquel contexto el régimen necesitaba un Estado totalitario y, para ello, tenía que mantener a los conservadores en el poder tras el golpe y por un largo período.

Paralelamente, aún en esta segunda temporada, mientras se introducen en la narrativa oficial las denuncias de corrupción contra los políticos capangas, lo mismo se hace con parte del empresariado nacional, incluyendo a los altos ejecutivos de las grandes empresas. En esta operación se resguarda a los bancos a los que, en este mismo momento, se les perdona una parte significativa de su deuda con el gobierno. Se apunta principalmente a las grandes empresas contratistas que, organizadas en carteles, monopolizan gran parte de la construcción de obras públicas, no solo en Brasil, sino también en países aliados de los recién depuestos gobiernos progresistas, sobre todo en los continentes latinoamericano y africano, que constituyen mercados prome-

tedores. ¿Pero por qué transformar a esos personajes en villanos, si la toma de las empresas por parte del sector financiero, especialmente las constructoras, ya se encuentra plenamente instalada en los primeros años de la década del 2000 luego del gobierno de Fernando Henrique Cardoso (1995-2002), con la creación de compañías de inversiones que les traen la inyección de capital financiero transnacional?⁵ Y más aún, sabiéndose que eso implicó el aumento de poder y de control de sus subsidiarias de crédito, que sometían las estrategias de las constructoras a la lógica de su brazo financiero.⁶

La serie nos muestra que la alianza con tales empresarios apenas interesa al capitalismo globalitario mientras precise de su complicidad no solo para la destrucción del imaginario de izquierda –y la defensa de las leyes democráticas que este sustenta– sino también para respaldar y reforzar la idea de que estamos frente a un eminente apocalipsis económico. Con este apoyo, se crean condiciones favorables para las privatizaciones y el exterminio de tales leyes, principalmente las que conciernen al trabajo. El objetivo de apresurarse a introducir empresarios brasileños y altos ejecutivos como nuevos villanos de la serie es preparar el terreno para ampliar el poder del capitalismo transnacional en el comando del mercado, no solo en las empresas privadas que ya casi controla, sino sobre todo en las empresas estatales tan pronto como el derecho a las privatizaciones esté instituido.

Con esa doble eyección –de políticos y empresarios– y ya habiendo instaurado en el país una grave crisis institucional y económica, acentuada por la parálisis de las obras públicas resultante de las prisiones de

5. Un ejemplo de eso es GP Investments que en 2006 se volvió la primera compañía de *private equity* en cotizar en bolsa de América Latina. “Fundada en 1993 por Jorge Lemann y sus socios en el Banco Garantía (banco de inversiones vendido en 1998 a Credit Suisse), GP movilizó inversores en todo el mundo para gerenciar el capital y/o controlar cincuenta compañías latinoamericanas, principalmente brasileñas, de los sectores inmobiliario, de infraestructura y de ventas al por menor, y también de logística y telecomunicaciones. Actualmente, el fondo tiene sede en los Estados Unidos, en las Bermudas, en Suiza y en San Pablo.” Raquel Rolnik, op. cit, p. 291.

6. Inclusive “en muchos casos, los CEOs de los fondos también asumieron posiciones de comando en la empresa, integrando sus consejos de administración y cargos gerenciales”. Raquel Rolnik, *ibid*, op. cit., p. 292.

las figuras claves del empresariado nacional que todavía tenían la mayoría de sus acciones, el terreno estará totalmente listo para el control total de las inversiones sin trabas por parte del capital transnacional. En esa segunda temporada de la serie, entre los dispositivos del golpe son particularmente importantes las escenas del ring de boxeo entre distintas mafias de políticos sórdidos, así como entre ellos y las mafias del elegante empresariado. “Premiados” por sus delaciones, ellos se destruyen mutuamente delante de la sociedad que, noche tras noche, asiste perpleja al espectáculo grotesco del derrocamiento de ambos en las pantallas de la televisión. A ese espectáculo se tiene acceso igualmente por las redes sociales que se puede consultar en cualquier momento, así como por los periódicos, que parte de las clases medias y altas leen al despertar. Con esta amplia e ininterrumpida divulgación de la serie, la atención de toda la sociedad pasa a concentrarse en las espantosas imágenes y mensajes, escritos o hablados, de negociaciones de estafas económicas y políticas, clandestinamente captadas en llamadas telefónicas, correos electrónicos y grabaciones, así como en documentos entregados por los delatores o encontrados por la policía en allanamientos de sus oficinas y residencias. Es un verdadero show de psicopatía que llega a ser divertido porque nos recuerda a las más desopilantes películas clase B y sus malos actores. La triste diferencia es que, en este caso, la narrativa ficcional se basa en datos de la realidad. Si estos, por sí solos, provocarían una total indignación, al ser debidamente editados en la construcción del guión, cuya función es preparar el terreno para el golpe, tienen el poder de generar graves efectos micropolíticos en las subjetividades: la propagación de la inseguridad y del miedo al colapso.

¿Hay realmente algo nuevo en el uso de narraciones ficcionales por parte del poder?

Es verdad que no constituye ninguna novedad el uso por parte del capitalismo de la manipulación discursiva, sea verbal o por medio de

imágenes, por medio de la construcción de narrativas que demonizan al enemigo del momento, como estrategia micropolítica de poder para viabilizar y justificar sus proyectos macropolíticos. Esta estrategia fue ampliamente usada por el régimen desde su fundación (basta citar la catequesis, una versión de narrativa ficcional, al estilo “La palabra de Dios”, único y universal, vehiculizada por la Iglesia Católica, la Globo de la época, y expresada por los jesuitas, sus presentadores). La estrategia se perfeccionó especialmente con el advenimiento de los medios de información y comunicación de masas, al final del siglo XIX, que acompañó la segunda revolución industrial. En ese contexto, además de haber sido un dispositivo central de las operaciones de producción de subjetividad en el siglo XX, fue ampliamente usada por el poder en los regímenes totalitarios, así como en la preparación de los golpes de Estado de los años 1960 y 1970. Sin embargo, el modo como se actualiza ese dispositivo de poder es distinto: aquí reside una segunda diferencia entre los dispositivos del poder de las dos versiones del régimen: la industrial y la financierizada.

El avance exponencial de las tecnologías de información y comunicación a distancia, a partir del final de la década de 1970, no solo volvió su uso micro y macropolítico más sutil y poderoso, sino que fue en parte responsable de la conquista del poder globalitario por el capitalismo en su nuevo pliegue. Las narrativas de propaganda realizadas por el capitalismo industrial (igualmente diseñadas y financiadas por una alianza entre empresarios y políticos) eran toscas, transmitidas por la radio y la televisión (cuyo uso aumentó después de la segunda guerra mundial), así como exhibidas en los cines antes de las películas. Ya las nuevas tecnologías de comunicación permitieron una mejora significativa de este dispositivo del poder: la sofisticación de los lenguajes y de las técnicas de manipulación y publicidad (produciendo un profundo cambio de la televisión), la multiplicación de los medios y el alcance mundial de la diseminación de los mensajes en tiempo real.⁷ Si divulgar falsas informaciones tampoco es novedad

7. Hoy Brasil es uno de los países con mayor número de usuarios de las redes digitales. Son decenas de millones.

y forma parte de la composición de las narrativas ficcionales impuestas a las subjetividades, en el capitalismo financierizado tal dispositivo se perfecciona exponencialmente en el siglo XXI. Viabilizadas por el desarrollo tecnológico de robots que pasan a actuar en Internet, las llamadas *fake news* no solo viralizan, sino que también simulan su legitimidad con infinitos *likes* instantáneamente producidos por tales robots, lo que las hace parecer masivamente aceptadas, intensificando y propagando su ilusoria credibilidad.

Tampoco son los mismos los focos privilegiados para producir temor e inseguridad y movilizar la furia conservadora en los dos contextos. En los años 1950 y 60 del capitalismo industrial, el foco era el fantasma del comunismo propagado por la Guerra Fría: una amenaza que encontraba respaldo en la reciente divulgación de los horrores totalitarios del estalinismo, la cual traía de vuelta a la memoria de las masas los traumas provocados por el nazismo y el fascismo, cuyos efectos aún infectaban su subjetividad. Se proyectaba ese fantasma en los gobiernos con tendencias democratizantes (fue el caso de Jango, en Brasil), proyección cuyos efectos en las masas prepararon el terreno para los golpes de Estado en los años 60 y 70. Por su parte, en los años 90, las experiencias de gobiernos con tendencia de izquierda tras el fin de las dictaduras movilizaron amplia identificación en las capas más desfavorecidas de la sociedad –su gran mayoría–, no siendo más posible asociarlos al comunismo como un fantasma amenazador, y menos aún a su versión totalitaria, sumado al fin de la URSS y la caída del muro de Berlín.⁸ Es esa identificación la que el pliegue financierizado del capitalismo necesitará destruir. Para lograrlo, se elige la corrupción como foco para la demonización

8. En algunos países de América Latina todavía funciona usar el fantasma del comunismo para hechizar a las masas. Es lo que se observó en las recientes elecciones presidenciales en Paraguay y en Colombia (aunque en Colombia el fantasma no haya logrado hacer elegir en primera vuelta a Iván Duque, el candidato apadrinado por Álvaro Uribe, ex presidente de extrema derecha, que gobernó de 2002 a 2010). En Bolivia también con ese fantasma se intenta descalificar a Evo Morales. En Brasil, el fantasma del comunismo volvió a ser ampliamente usado en la campaña electoral de Jair Bolsonaro para la presidencia.

de las izquierdas en la narrativa que será construida y mediatizada. Si la acusación de corrupción y su llamado populista ya han sido y siguen siendo ampliamente usados por el poder para eliminar a sus enemigos, usarlos contra líderes de izquierda tiene un adicional de eficacia: la destrucción de su imagen de honestidad y de una sincera complicidad con la agenda social, que están entre las principales virtudes que les son atribuidas en el imaginario de los que con ellos se identifican, las cuales los diferenciaba de los demás políticos, que en el país son tradicionalmente asociados a la corrupción. En la narrativa, el uso populista de la caza a los corruptos vuelta contra las izquierdas invierte las señales, atribuyendo a los cazadores la imagen de emisarios de la justicia y de la democracia. En el caso específico de Lula, asociarlo a la corrupción pretende destruir igualmente la imagen según la cual su origen de clase garantizaría su complicidad con las causas sociales. La idea de que son todos “del mismo palo” hace que a la inseguridad y al miedo, se añada la decepción, generando una especie de apatía por agotamiento.

Pero el uso por parte del régimen colonial-capitalístico de estrategias micropolíticas para sostener sus estrategias macropolíticas no se reduce a la propaganda. Este es solo uno de los dispositivos de su *modus operandi* micropolítico, que es mucho más amplio y complejo y, con desdoblamiento y variaciones, es practicado por el régimen desde su fundación en el siglo XV. Y hay más: este es uno de los elementos fundamentales de su modalidad de poder.

Principio micropolítico del poder colonial-capitalístico: el abuso de la vida

La estrategia micropolítica del poder colonial-capitalístico consiste en invertir en la producción de una cierta política de subjetivación, médula del régimen en esa esfera. Tal política tiene como elemento fundamental el abuso de la vida como fuerza de creación y transmutación, fuerza en la que reside su destino ético y la condición para su

continuidad. Esto incluye la potencia vital en todas sus manifestaciones y no solo en los humanos –siendo que en los humanos el abuso no se restringe a la manifestación de esa potencia como fuerza de trabajo, como se pensaba en el marxismo–. El objetivo del abuso es destituir a la subjetividad de su poder de conducir su potencia vital y de la libertad de elección de sus destinos. Eso se hace por medio de la obstrucción del acceso a tal potencia y del indispensable conocimiento de sus dinámicas que se debería desarrollar a lo largo de la vida para mejor protegerla en la dirección de su destino ético. Es la destitución de ese poder suyo lo que vuelve a la subjetividad dócil y sumisa a los modos de existencia necesarios al régimen y a su explotación.

Entretanto, en el nuevo pliegue del régimen, la intervención en esta esfera se refina y se intensifica. El abuso de la fuerza vital va más profundo: su propósito no es más simplemente el de hacerla dócil y sumisa, como lo era en el capitalismo en su primera y segunda revolución industrial. Por el contrario, la intención ahora es estimular esa potencia para acelerar e intensificar su productividad, pero desviándola de su destino ético, para extraer de su naturaleza de fuerza de “creación” de nuevos modos de existencia en respuesta a las demandas de la vida, apenas su “capacidad creativa”. Así dissociada de la vida, dicha potencia es invertida en la composición de nuevos escenarios para la acumulación de capital (económico, político, cultural y narcisístico). En el lugar de la creación de lo nuevo, lo que se produce (creativamente y cada vez más velozmente) son “novedades”, que multiplican las oportunidades para las inversiones de capital y excitan la voluntad de consumo. Aunque tal voluntad venga siendo movilizadora desde el pliegue anterior del régimen, ahora encuentra a su disposición una continua explosión de nuevos productos, cuyas imágenes –que le llegan como bombas por todos lados, lanzadas por los medios de comunicación e información–, la alimentan sin cesar, transformándola en una verdadera voracidad compulsiva. O sea que la potencia vital en su propia esencia pasa a ser usada para la reproducción del *status quo*; solo se cambia, creativamente, sus piezas de lugar o se hacen variaciones sobre lo mismo.

Si el nuevo tipo de golpe de Estado no hace uso de la fuerza militar, no es solo porque gobiernos rígidos, totalitarios y nacionalistas no le convienen. Además de estas razones macropolíticas, hay razones micropolíticas que funcionan según la misma perspectiva: tampoco le conviene la subjetividad rígida identitaria propia de regímenes autoritarios que convenía al capitalismo industrial. El régimen capitalista anterior necesitaba cuerpos dóciles que se mantuvieran sedentarios, cada uno fijo en su lugar, disciplinariamente organizados (como los obreros en la fábrica). A diferencia de eso, el capitalismo financierizado necesita de subjetividades flexibles y “creativas” que se amolden, tanto en la producción como en el consumo, a los nuevos escenarios que el mercado no para de introducir. En otras palabras, el nuevo régimen necesita producir subjetividades que tengan suficiente maleabilidad para circular por varios lugares y funciones, acompañando la velocidad de los desplazamientos continuos e infinitesimales de capital e información.

Esta es otra de las razones por las que no interesa al nuevo pliegue del capitalismo el uso de la fuerza militar en sus golpes de Estado; es con la fuerza del deseo, y por lo tanto micropolíticamente, que los lleva a cabo. Esto se hace por medio de la corrupción del deseo, mientras sus capangas hacen el trabajo bruto en la esfera macropolítica. Es por esta misma razón micropolítica que al nuevo régimen tampoco le interesa mantener conservadores en el poder tras los golpes de Estado, y mucho menos regímenes dictatoriales y nacionalistas.

Sin embargo, un fenómeno que no estaba previsto es que la propia flexibilidad subjetiva que se desarrolló en los años 1980 y 90 en la estela de la instalación globalitaria del capitalismo financierizado, acabó generando movimientos colectivos de desvíos del poder del inconsciente colonial-cafisqueístico, a partir del final de los años 1990. Frente a eso, una otra operación empezó a ser practicada por el régimen en la esfera micropolítica. Para describirlo, nada mejor que volver a la serie del golpe.

El brote conservador

Más hacia el final de la segunda temporada, a la manipulación de las subjetividades ya en curso se añadirá otro dispositivo micropolítico de poder que incidirá más directa y vehementemente en esta esfera y en su uso instrumental para la esfera macropolítica. Para el cumplimiento de tal tarea, serán más que perfectos los groseros capangas del neoliberalismo con su mentalidad infame y su ansia de masacrar a todos aquellos que no son su reflejo en el espejo. Es cuando irrumpe más violentamente el brote conservador.

Se apela fanáticamente a la moral eclesiástica, familiarista e identitaria que, aunque presente desde el principio en el guión de la serie, bordea ahora el delirio. Se toma como objetivo la cultura en su sentido amplio: desde las prácticas artísticas, educativas, terapéuticas y religiosas (no cristianas) a los modos de existencia que no encajan en las categorías machistas, heteronormativas, homofóbicas, transfóbicas, racistas, clasistas y xenofóbicas. Estos últimos son lo que se ha establecido llamar “minorías”, no en sentido cuantitativo, ya que desde ese punto de vista constituyen la aplastadora mayoría, sino en el sentido de su clasificación como cualitativamente menores desde el punto de vista del modo de la existencia hegemónico que se considera superior.⁹ Con

9. Félix Guattari propone entender “minoría” en el sentido de singular, en contrapunto a lo que puede ser calificado de “mayoría” en el sentido de homogéneo, propio de los modos de existencia hegemónicos, bajo la micropolítica dominante del régimen capitalista. (Cfr. *Micropolítica: Cartografías del deseo*, op. cit). Deleuze retoma esta noción y así la define: “La mayoría no designa una cantidad mayor, sino que se refiere, ante todo, al patrón en relación con el cual las otras cantidades, sean las que sean, serán consideradas menores. Por ejemplo: las mujeres y los niños, los negros y los indígenas, etc., serán minoritarios en relación al patrón constituido por el Hombre-blanco-cristiano-macho-adulto-urbano-americano o europeo contemporáneo (Ulises). Pero, en ese punto, todo se invierte. Ya que, si la mayoría remite a un modelo de poder –histórico, estructural o los dos al mismo tiempo–, es preciso también decir que todo el mundo es minoritario, potencialmente minoritario, en la medida en que se desvía del modelo. (...) Minoría designa la potencia de un devenir, mientras mayoría designa el poder o la impotencia de un estado, de una situación.” Este texto de Deleuze fue publicado en Brasil como parte del libro *Sobre o teatro: un manifesto de menos* (São Paulo: Ed. 34, 2010, pp. 59 y 63-64)

amplia divulgación en los medios, ciertos tipos de prácticas pasan a ser asociadas al demonio, como lo eran en los siglos de la Inquisición las prácticas de mujeres que fueron peyorativamente llamadas “brujas”, calificación que autorizaba su prisión, tortura y muerte. (Esto, además, continuó sucediendo después de la Inquisición –son más de un millón las mujeres asesinadas como brujas desde entonces–).¹⁰ Tal dispositivo de manipulación de las subjetividades preparará el terreno para efectuar cambios en las leyes vigentes en estos campos. Tomemos tres ejemplos, todos ocurridos en el mismo período (entre mediados y finales del segundo semestre de 2017).

El primero es el arte: ciertas prácticas artísticas –las que traen a la luz cuestiones de género, de sexualidad y de religión–, pasan a ser descalificadas, perseguidas y criminalizadas. En esta operación se matan dos pájaros de un tiro: se demonizan las prácticas ligadas a estas cuestiones que no se encuadran en sus formas dominantes y, con ello, se demoniza igualmente la dignidad ética del arte en su ejercicio activo de la pulsión creadora, neutralizando así su potencia micropolítica. Tal potencia consiste en hacer sensibles las demandas de la vida al verse sofocada en las formas vigentes de existencia individual y colectiva, cuando estas perdieron su sentido por los efectos que los encuentros con la alteridad mutante del entorno produjeron en los cuerpos. Materializadas en obras, estas demandas vitales tendrían el poder de polinización de los públicos que tienen acceso a ellas, lo cual tendería a movilizar la fuerza colectiva de transfiguración de las formas de la realidad y de la transvaloración de sus valores. Atacar el arte es pues atacar la posibilidad de irrupción social de tal fuerza, dificultando aún más su reapropiación por parte de las subjetividades.

El segundo ejemplo son los movimientos que performatizan mutaciones de las subjetividades, especialmente en los ámbitos de la

10. Dicha demonización sigue reproduciéndose aún hoy: basta recordar que se asoció a Judith Butler a la figura de la bruja para atacarla en su más reciente visita a Brasil, en noviembre de 2017, para el simposio *Los fines de la democracia*, de cuya organización la filósofa ha participado. Se llegó a quemar públicamente una muñeca que la reproducía en frente al SESC Pompeia, una de las instituciones culturales más respetadas del país, donde se realizaba el simposio.

sexualidad y de las relaciones de género (movimientos feministas, LGBTQI, etc.). La operación en este caso consiste en movilizar la vuelta a los valores de la heterosexualidad monogámica de la familia nuclear patriarcal como forma absoluta de lazo social y de erotismo (si es que tiene sentido mantener esta palabra en este caso). El objetivo es interrumpir la propagación del proceso pulsional de creación de nuevos modos de existir en estos terrenos. Un proceso que se desencadenaría por la urgencia de la vida por recuperar su potencia en tales terrenos, en cuyas formas dominantes se encuentra debilitada.

El tercer ejemplo se refiere a los indígenas –nombre que se estableció para designar a los pueblos originarios– y a los afrodescendientes que, en diferentes proporciones en función de los circuitos del tráfico de esclavos africanos, forman la mayoría en las sociedades de las ex colonias. Es un hecho que, en estas sociedades, el comportamiento dominante en relación con estas capas de la población siempre consistió en la humillación y estigmatización de su propia existencia –lo que incluye sus tradiciones culturales y, principalmente, la perspectiva que las conduce, según la cual estas tradiciones se actualizan en nuevas formas de existencia para recuperar un equilibrio cada vez que se desestabilizan en función del surgimiento de nuevas ecologías sociales, animales, vegetales y cósmicas–. La diferencia es que, ahora, su abyecta descalificación se exhibe públicamente con orgullo, sin el menor pudor. En Brasil, esto se manifiesta del lado de los afrodescendientes en la destrucción en serie de *terreiros* de Candomblé:¹¹ la asociación con el demonio de esta práctica religiosa de origen afro legitima a los agentes de su masacre, generalmente fundamentalistas evangélicos, los cuales divulgan dicha destrucción amplia y abiertamente, exhibiéndose orgullosamente en las redes de comunicación e información.¹² Del lado de los indígenas, el blanco

11. “Terreiro” en las religiones afro-brasileñas es el local donde se realizan los cultos ceremoniales y son hechas ofrendas a los “orishás”, sus divinidades. El Candomblé es una de esas religiones, la cual se practica igualmente en otros países de América del Sur y del Caribe. [N. de la T.]

12. Son asesinados en Brasil 23 jóvenes negros por minuto, según el informe del Mapa de Violencia de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO),

son sus tierras, que desde siempre les pertenecieron y a las cuales están indisociable y visceralmente vinculadas sus tradiciones culturales (además del hecho obvio de proporcionarles su sustento, cuyo modo de producción es inseparable de dichas tradiciones). Si la toma de sus tierras nunca paró de existir desde el inicio de la colonización, la operación actual consiste en la abolición de las leyes que habían demarcado tierras destinadas para ellos, ya sea de las que les pertenecen desde siempre, o de aquellas a donde fueron llevados después de las demarcaciones –leyes cuya promulgación en la Constitución Ciudadana de 1988 había sido fruto de una ardua lucha en las décadas previas. Ahora es con el apoyo de la ley que los empresarios rurales expulsan a los indígenas de sus tierras. En la mayoría de los casos, como siempre, se mata primero a sus líderes, preparando así el momento de la expulsión de la comunidad entera, momento en que, si es necesario, se apela al genocidio.

Si en el tercer ejemplo, el de las tradiciones culturales africanas e indígenas, el objetivo de estas operaciones que componen el golpe es más obviamente macropolítico (la expropiación de los *terreiros* de Candomblé y de las tierras indígenas, así como el ataque a los movimientos negros e indígenas que se venían fortaleciendo),¹³ basta

vehiculado en la campaña de la ONU que apunta a mostrar la relación entre racismo y violencia en el país.

13. La resistencia de los negros en Brasil se produce, de diferentes modos y en distintos momentos, a lo largo de los siglos de esclavitud en el país. En el ámbito del Estado republicano, el llamado “movimiento negro” ya venía teniendo conquistas fundamentales en las últimas décadas, desde el gobierno de Fernando Henrique Cardoso que en su primer año de gestión creó un grupo de trabajo interministerial con el objetivo de sugerir acciones y políticas de valorización de la población negra que redundó en la creación de la Secretaría de Políticas de Promoción de la Igualdad Racial (SEPPIR). Tales conquistas se profundizaron en los gobiernos de Lula, por ejemplo con la aprobación de la Ley de Cuotas, en 2012. La ley garantiza un porcentaje de las plazas en la Universidad no solamente para los negros de las ciudades, sino también para miembros de comunidades quilombolas, indígenas, estudiantes de bajos recursos y otros). En el período reciente en que se dan ataques más feroces al movimiento negro (2017), este venía expandiéndose y fortaleciéndose, pasando a actuar más contundentemente en la esfera micropolítica: una incesante intervención en las relaciones racializadas que tienen por efecto explicitar la presencia arraigada del racismo en los más variados sectores de la

colocarlo junto con los otros dos ejemplos de operaciones, simultáneamente en curso, para darnos cuenta de que hay también en este dispositivo un objetivo más sutil, micropolítico, indispensable para la preparación del cambio de leyes en los campos de la educación, de la salud, del derecho a la tenencia de tierras y de la preservación ambiental.

En el campo de la salud, en este mismo momento diputados federales desentieran un proyecto de ley que pretende incluir la homosexualidad entre las enfermedades y que por lo tanto tiene que tratada. Con el lema risible de la “cura gay” se pretende legalizar terapias (psicológicas o religiosas) cuya función es transformar la orientación sexual de todxs aquellxs cuyas prácticas escapan de las categorías dominantes de género y sexualidad, de modo a someterlas a una su-puesta “normalización”. Recordando que, ya en la década de 1990, la Organización Mundial de la Salud (OMS) descartó cualquier proyecto que asocie la orientación sexual a la enfermedad y que, en Brasil, el Consejo Federal de Psicología prohibió esta asociación en 1999, y el Consejo Federal de Medicina, lo hizo hace más de 30 años. Es como mínimo sorprendente, por no decir aterrador, que la cuestión haya vuelto al ruedo en Brasil en pleno año 2017, provocando una acalorada polémica. Pero es menos sorprendente el retorno de este fantasma si lo situamos en el universo de operaciones micropolíticas del guión del golpe: desde esta perspectiva, el hecho de que tal proyecto de ley haya sido descartado no impide su impacto como dispositivo micropolítico de poder que incide en la producción de subjetividad. Las insubordinaciones micropolíticas en el campo de la sexualidad y de las formas de relación erótico-afectiva pasaron a integrar la figura del chivo expiatorio para las subjetividades mas gravemente dominadas por el régimen de inconsciente colonial-capitalístico para proyectar en él su malestar. Con eso las homofobias, las transfobias y los machismos, que siempre existieron en la sociedad brasileña, pasaron

sociedad brasileña. Si la esclavitud fue responsable de la naturalización del racismo, este fenómeno permanece tal cual hasta el día de hoy. Para mayores esclarecimientos sobre la historia del movimiento negro en Brasil y de otras de las llamadas “minorías”, ver nota 2 del primer ensayo de este libro “El inconsciente colonial-capitalístico”.

a manifestarse con violencia redoblada, explícita e impudicamente. En el campo de la educación, durante las discusiones en el congreso en torno a la nueva Base Nacional Común Curricular (BNCC) se demoniza en los currículos escolares cualquier abordaje de temas ligados a la política (el famoso lema: “Escuela sin partido”), la identidad de género, la orientación sexual y las culturas africanas e indígenas. Aprobada en diciembre de 2017, en la nueva BNCC se eliminaron trechos que afirmaban la necesidad de una enseñanza sin prejuicios. Más específicamente, fueron excluidos más de diez fragmentos que mencionaban las cuestiones de género y sexualidad y eliminados de la bibliografía textos que abordasen la mitología de los *orishás*, con el argumento de que su contenido sería demoníaco. Tales recortes del currículo escolar tienen su lastre en las operaciones micropolíticas mencionadas en los dos ejemplos anteriores (LGBTQI, afrodescendientes e indígenas) y participan en la construcción de la misma narrativa de la serie que ahora tiene en estas capas de la sociedad un nuevo personaje para su núcleo de villanos.

La misma dimensión micropolítica de las operaciones del poder en este campo está presente en los recortes de fondos de educación e investigación en las universidades públicas, arriba mencionados. Si es un hecho que, históricamente, el acceso a las universidades públicas en Brasil siempre fue privilegio de las clases más acomodadas –lo que solo empezó a cambiar en los gobiernos petistas–, el desmonte de la propia universidad elitista denota que el golpe en la educación no incide solo en la esfera macropolítica, en la cual su objetivo obvio es eliminar el recién conquistado acceso de la gran mayoría a la educación. Su objetivo micropolítico es debilitar el acceso a la información y a la formación intelectual en la sociedad brasileña como un todo, lo que tiene por efecto debilitar la potencia del pensamiento, esencial para descifrar las asfixias de la vida en sus formas presentes y combatir las, creando nuevos escenarios. También forman parte de la dimensión micropolítica del golpe en la educación, los efectos de la nueva ley laboral en las universidades privadas. Si es obvia la meta macropolítica del despido masivo de los profesores

ni bien la ley fue promulgada –aumentar exponencialmente el lucro de las empresas de educación mediante dos operaciones interconectadas: pagar menos a los profesores con contratos precarizados que sustituyeron a los despedidos y bajar el valor de las mensualidades pagas por los alumnos, aumentando así su clientela–, su meta es también micropolítica. Durante los gobiernos petistas, con la mejora de calidad de vida de las capas sociales más desfavorecidas, estas pasaron a frecuentar universidades privadas –lo que está ciertamente entre los factores que llevaron a la impresionante expansión y perfeccionamiento de sus acciones de combate micro y macropolítico–. El objetivo micropolítico del despido masivo de lxs profesores no fue solo el de bajar aún más la calidad de educación que les ofrecían estas universidades, la cosa es más perversa: algunas de esas universidades usaron la disminución del costo del estudio como foco de sus campañas publicitarias, ampliamente difundidas casi concomitantemente a dicha dimisión. De cuño indiscutiblemente populista, la narrativa de tales campañas tiene por efecto llevar a esta capa de la sociedad a creer que el acceso a la educación habría sido ampliado. El mismo discurso populista fue utilizado por el gobierno federal para legitimar su Base Nacional Común Curricular, en una gran campaña publicitaria, transmitida varias veces al día durante meses, por todos los medios de comunicación. En la Globo, especialmente, tal campaña fue sistemáticamente difundida en los horarios pico de audiencia, como el de la novela de las nueve de la noche.

En el campo del derecho a la tierra, que incluye las leyes ambientales y las que conciernen a los indígenas, en el mismo año 2017, el presidente Temer promulgó un decreto extinguiendo la Reserva Nacional del Cobre y Asociados (Renca). Se trata de un área ubicada entre Pará y Amapá que cubre 4,2 millones de hectáreas, creada en 1984, al final de la dictadura militar, para evitar que los minerales fueran explotados por empresas extranjeras.¹⁴ En esta reserva

14. La creación de la Renca preveía que solamente la Compañía de Pesquisa de Recursos Minerales (CPRM), una empresa pública perteneciente al Ministerio de Minas e Energía, podría hacer investigaciones geológicas para evaluar las ocurrencias de minerales en la área.

viven algunas comunidades indígenas, además del hecho de que el Renca se ubica en el “Escudo guayanés”, área que envuelve parte de la Amazonia de Brasil, de Venezuela y de las Guayanas. En este escudo se encuentra la mayor extensión de áreas protegidas del mundo, con menos del 1% de deforestación, además de que allí viven especies que no existen en otros lugares del mundo. Desde el punto de vista macropolítico, tal decreto, que pretendía liberar la región para la inversión de capital privado nacional e extranjero, especialmente para las empresas mineras, fue un fracaso.¹⁵ Temer fue llevado a retroceder por la presión de su enorme repercusión negativa nacional e internacionalmente (no solo por parte de los ambientalistas, sino por otros sectores, incluso sectores militares); incluso trató de editar un nuevo decreto con texto similar, pero este fue cuestionado por la justicia y finalmente suspendido. A pesar del fracaso de la operación en la esfera macropolítica, queda nítido aquí que la operación micropolítica de la descalificación de las culturas indígenas que vivían en esas regiones pretendía, entre otros objetivos, contribuir a su éxito. Más ampliamente, en tal decreto queda nítido el paradigma micropolítico del régimen colonial-capitalista: el abuso de la vida –no solo de la vida humana, ni de la vida de una región, sino del ecosistema del planeta como un todo–.

El conservadurismo es imprescindible para el poder globalitario del capitalismo neoliberal

Ahora, podemos desmenuzar más precisamente la operación micropolítica de la nueva modalidad de golpe propio del capitalismo financierizado globalitario y la razón por la cual para realizarla le es necesario insuflar el conservadurismo como un dispositivo esencial de poder. En la primera temporada de la serie del golpe la fragilidad de las subjetividades, derivada de la ya antigua expropiación de su

15. Los Decretos no pasan por el Congreso para ser promulgados, ni permiten discusiones por parte de la sociedad. En ese aspecto, son distintos de las leyes.

fuerza de creación por el abuso, es acentuada por la inseguridad que les provoca la demonización de las izquierdas en el gobierno y el fantasma de la crisis. En la segunda temporada la inseguridad se intensifica con la demonización de las clases política y empresarial como un todo y el tono más vehemente apocalíptico en torno a la crisis económica, a la que se añade la crisis institucional que viene, a todas luces, a disgregar el Estado. Esto hace que las subjetividades tiendan a aferrarse a cualquier promesa de estabilidad y seguridad y pasen, por eso, a proyectar su malestar en las figuras de chivo expiatorio que desempeñan el papel de villano en el guión del golpe, de las cuales los galanes vendrán a salvarlas. Pero en los episodios finales de la segunda temporada, se da un paso más en la estrategia micropolítica. Hasta entonces el papel de villano era desempeñado por los políticos acusados de corrupción para que las subjetividades pudieran proyectar su malestar en el Estado, así como por el empresariado, sobre el que podían proyectar su odio de clase. Ahora, la estigmatización de modos de existencia discordantes, que ya no pueden ser simplemente encajados en las categorías de clase, permite que se proyecte también sobre ellos aquel malestar. En otras palabras, el malestar deja de ser proyectado solo sobre las clases políticas y empresariales, para ser proyectado sobre cualquier segmento de la sociedad.

Es la propia alteridad que pasa entonces a ser demonizada, lo que lleva a reforzar más gravemente el ya existente blindaje de las subjetividades en relación con su experiencia vital. Es que siendo esta compuesta por los efectos del otro en el cuerpo, tales efectos, ahora demonizados, se vuelven peligrosísimos en el imaginario y deben ser denegados a cualquier costo, para que no se corra el riesgo de absorberlos. Esto tiene el poder de desmovilizar aún más la potencia de transfiguración de la realidad colectiva, de la cual sería portadora la experiencia de habitar la trama relacional tejida entre distintos modos de existencia, si las riendas del destino de la pulsión estuvieran en nuestras manos. Las condiciones están dadas para que el deseo se entregue más plena y gozosamente al abuso colonial-capitalístico de la pulsión vital.

En suma, en los episodios finales de la segunda temporada de la serie del golpe, mientras se intensifica la operación macropolítica de desmonte de la Constitución y de la economía nacional, se intensifica igualmente la operación micropolítica de producción de subjetividades entregadas al proxenetismo del deseo. Con esta doble operación indisociable, se prepara la sociedad para la tercera y última temporada: el total comando del poder político y económico por el capitalismo globalitario, que aunque ya estuviera instalado en el país desde hace varias décadas, todavía contaba con algunos obstáculos inconvenientes. La sociedad estará finalmente lista para recibirlo de brazos abiertos como el salvador “civilizado” que sacará al país de su crisis institucional y subjetiva, saneará la economía de su quiebra y reestablecerá la dignidad de la vida pública, devolviendo al país su prestigio perdido y la serenidad a sus ciudadanos. Fin de la serie. Golpe concluido.

La máscara de la legalidad democrática

Para llegar a este programado *gran finale* de la serie, es necesario eliminar todo y cualquier tipo de estorbo que interrumpa o disminuya la velocidad de la circulación de capitales, de información y de subjetividades por varios lugares y funciones. Los obstáculos se pueden encontrar en cualquier ruta del capital y son de órdenes variados y variables –personas, grupos, etnias, instituciones, servicios, puestos de trabajo, fronteras, países, leyes, imaginarios, hábitos, modos de existencia, tipos de sexualidad, prácticas artísticas, etc.–. Siendo así, sus obstáculos no encajan en figuras fijas organizadas en pares binarios por oposición, lo que vuelve obsoleta la figura del “enemigo”, tal como se configura en la tradición occidental. La creación de una nueva figura del enemigo es parte de las estrategias de la nueva modalidad del poder del régimen colonial-capitalístico: en su juego mediático perverso, el régimen crea una figura de enemigo variable y variada, colocándoles a sus obstáculos del momento la máscara

del villano de la serie, para convertirlo en blanco de la voluntad de destrucción de las masas. Esto dura un breve período, el tiempo necesario para sacarlos del frente; y, rápidamente, nuevos obstáculos ocuparán el lugar de villano. Y el núcleo de los villanos del guión de la serie va creciendo en volumen y variando delante de la mirada voyeurista de sus espectadores.

El Estado de derecho y el régimen democrático, que en los países de América Latina estaban recién gateando para cuando empezó la serie, están entre los principales obstáculos macropolíticos del capitalismo financierizado globalitario. Para eliminarlos se usa la misma operación micropolítica que apela a la figura del enemigo; sin embargo, aunque la operación tiene la misma lógica, en este caso se invierten astutamente los papeles. Aquí los obstáculos del régimen que representarían el Estado de derecho y la democracia serán usados por los autores del golpe como bandera de su cruzada en pos de la moralización del país. Ellos pasan a desempeñar el papel de galanes, mientras que el papel de enemigo corresponderá a sus detractores, verdaderos o ficticios que al final de la segunda temporada habrá sido desempeñado por casi todos los protagonistas del poder político y económico de Brasil. Es entonces que el capitalismo transnacional se presenta como el único galán del planeta capaz de recuperar la legalidad democrática, caso le sean asignados plenos poderes en la gestión del país. Es este el personaje con el cual el régimen se transviste en la serie del golpe, ocultando así el hecho de que es él el verdadero agente del golpe que pretende precisamente eliminar el carácter democrático, propio del Estado de derecho.

La composición de la máscara de legalidad democrática es sutil y astuta. La segunda temporada de la serie del golpe comienza a ser transmitida por los medios inmediatamente después del final de la primera. Los guiones son idénticos, solo cambian los personajes que desempeñan el papel de villanos acusados de corrupción. Si en la primera temporada parte de la sociedad brasileña aún conseguía ver que se trataba de un golpe cuyo objetivo era aniquilar la imagen de los políticos progresistas para sacarlos del poder, con la sustitución

de los protagonistas del papel de villano en la segunda temporada, vence en la mayoría la idea de que la expulsión de los gobernantes progresistas había sido una acción imparcial y digna, buscando la necesaria moralización de la vida pública (tal es el uso populista de la caza a la corrupción, que desvía la atención de la sociedad de la carnicería antidemocrática que está en juego). Esta idea logra incluso contaminar a aquellos que tienen menos acceso a los derechos, parte mayoritaria de la población que había sido favorecida por los gobiernos progresistas y los sentía como sus aliados.¹⁶ En este final de la segunda temporada de la serie, cuando todos los políticos se convierten en villanos, el enemigo pasa a ser la propia política como un todo y, por lo tanto, el Estado mismo. Esta operación tendría, en principio, una triple ventaja. La primera es desacreditar al Estado en su actual estructura, para que la consigna del momento, aclamada por la gran mayoría, pase a ser su urgente reestructuración, lo que prepara el terreno para que dicha demanda sea gloriosamente atendida por la agenda neoliberal.

La segunda ventaja es la despolitización de la sociedad para que esta deje de depositar la garantía de la defensa de sus derechos civiles en su participación en las instituciones democráticas, una vez que estas pasaron a ser vistas como intrínsecamente ligadas a la corrupción, en las cuales todos son, indiscriminadamente, “harina del mismo costal”, una harina putrefacta. Lo más grave es que la despolitización en la esfera del Estado de derecho arrastra consigo la pulsión social de una lucha autónoma en relación con el Estado, sea macro o micropolítica. La tercera ventaja es hacer a las subjetividades aún más frágiles, lo que facilita su cafisheo.

16. Es notoria la mejora de la calidad de vida de los estratos más desfavorecidos durante los gobiernos petistas de Lula y Dilma. Dichos estratos suman 57 millones de personas, 30% de la población del país que vive en la línea de pobreza con un ingreso familiar equivalente a 387,07 reales por día. En los gobiernos Lula, entre 2001 y 2008, el número de pobres en Brasil cayó de un 30% a 15% de la población (de 57 millones para menos de 30 millones de personas). Entre 2001 y 2015, los más pobres tuvieron un aumento de la participación en el ingreso nacional de 11% para 12%.

En síntesis

El nuevo tipo de golpe, propio del capitalismo neoliberal globalitario, consiste en un complejo conjunto de operaciones micro y macropolíticas, en el que se pretende matar muchos más pájaros de un tiro –todos los pájaros que atraviesan las vías macropolíticas, concretas o virtuales, visibles o invisibles, por donde circula el capital transnacional en cada momento–. Son ellxs: lxs políticxs de izquierda y el imaginario progresista a ellxs asociado (por las dificultades que imponen al desmantelamiento de la Constitución, a las privatizaciones y a la total entrega del país al capital financierizado transnacional y sus accionistas locales), los políticos de alma pre-republicana y esclavista (por su arcaísmo nacionalista e identitario, su ignorancia e incompetencia, y su pésimo hábito de necesitar un Estado hinchado para mamar en sus tetas), parte del empresariado industrial local de mentalidad desarrollista (no solo por ser una piedra en el zapato de los conglomerados financieros transnacionales, sino también por priorizar inversiones en la producción, desperdiciando así oportunidades de aplicarlas en la especulación), y, finalmente, el propio Estado en su versión democrática y/o nacionalista –todo eso acompañado micropolíticamente de la neutralización de la potencia colectiva de acción pensante creadora que se movilizaría ante este cuadro intolerable–.

En síntesis, la nueva modalidad del golpe de Estado es, en verdad, no solo un golpe contra el Estado de derecho y la democracia y, por lo tanto, contra la sociedad (en sus posibles acciones en la esfera macropolítica), sino, aún más radicalmente, es un golpe contra la propia vida –no solo la vida humana, individual y colectiva, sino la vida del planeta como un todo (espera micropolítica)–. Y el capitalismo transnacional sale victorioso y con las manos aparentemente limpias. Esta es, probablemente, la apoteótica escena prevista para el final de la serie del golpe.

El trauma y sus destinos

Sin embargo, dos posibles efectos de la serie no estaban previstos en el guión. Ambos comienzan a manifestarse al final de la segunda temporada, como consecuencia de la quiebra del hechizo del golpe enmascarado que las acusaciones contra Lula habían generado en la primera temporada y, sobre todo, del grado traumático al que llegó el desamparo al que se vieron lanzadas las subjetividades. Son distintas las estrategias del deseo que se movilizan ante el trauma. Detengámonos solamente en los dos polos extremos del amplio abanico de variaciones de tales estrategias –recordando no solo que tales polos son ficcionales, sino que también se oscila entre varias posiciones a lo largo de la existencia, además de que los procesos de elaboración tienen el poder de descolocar posiciones iniciales–. En uno de los extremos, apelamos a estrategias defensivas que nos llevan a aferrarnos de uñas y dientes al *statu quo*: una respuesta patológica, propia de cuando sucumbimos al trauma, y cuyo efecto es despotencializar. En el otro extremo, se amplía el alcance de nuestra mirada, lo que nos permite ser más capaces de acceder a los efectos subjetivos de la violencia en nuestros cuerpos, de ser más precisxs en su desciframiento y expresión y más aptxs para inventar maneras de combatirla. Se moviliza entonces la fuerza creadora de modo que la pulsión vital cumpla su destino ético: transformar el *statu quo*, disolviendo aquello que en él produce violencia. Esta es una respuesta saludable que nos protege de sucumbir al trauma, lo que no solo preserva nuestra potencia, sino que tiende incluso a intensificarla.

La primera respuesta, fruto de una estrategia de deseo reactiva, tiende a generar una identificación de las subjetividades con los conservadores, lo que las lleva a apoyarlos con euforia y fervor. Con la prolongación de la permanencia de los conservadores en los gobiernos en la segunda temporada y su creciente apoyo por las masas, apoyo insuflado por las estrategias del golpe, estos acaban siendo elegidos para cargos legislativos, logrando así establecerse efectivamente en el poder. Más grave aún es cuando se eligen para el cargo de

presidente de la república, lo que viene sucediendo en varios países. El ejemplo más significativo es el de la victoria del bruto de Trump para la presidencia de Estados Unidos, bufón psicópata y nacionalista al extremo. Es bueno recordar que el nacionalismo fue uno de los elementos del discurso populista de los capangas del capitalismo financiero, usado por el régimen para la construcción de la figura del “enemigo común” que debe ser eliminado de escena, lo que justifica y legitima el golpe (las políticas europeas anti-migratorias y el virulento anti-europeísmo, fenómenos que se vienen manifestando actualmente, entran en esta misma clave). Pero los capangas conservadores nacionalistas deberían ser descartados tan pronto como el golpe estuviese consumado: su instalación en el poder es el primer efecto colateral de la serie que no estaba previsto en el guión (véase la popularidad de la que viene gozando la candidatura de Bolsonaro a las elecciones presidenciales de la República en Brasil).

Ya la segunda respuesta, fruto de una estrategia de deseo activa, que no sucumbe al trauma y logra enfrentarlo, genera el ascenso de una nueva modalidad de resistencia, que se crea colectivamente frente a la nueva modalidad de poder. Este es el segundo efecto colateral de la serie del golpe que tampoco estaba previsto en el guión. Por ser portador de oxígeno para el aire mortífero que respiramos en el presente, finalicemos con algunos comentarios acerca de este segundo fenómeno.

La nueva modalidad de resistencia

Pasados los primeros capítulos de la segunda temporada, en la que se logró instaurar la ilusión de que no se trataba de un golpe, sus capítulos siguientes –donde se ve la destrucción de las conquistas democráticas, la penalización de la creación cultural, la persecución a los modos de existir calificados como minoritarios y la descalificación de la política como un todo– no tendrán el mismo éxito. Cada vez más gente, en más sectores sociales y regiones del país, empieza

a darse cuenta del serio riesgo que el poder globalitario del capitalismo trae no solo para la continuidad de la vida de la especie humana, sino del ecosistema del planeta como un todo. La señal de alerta hace que tiende a caer el velo de su ilusión, tejido por el abuso. Se instaura en las subjetividades un estado de urgencia que las hace batallar para abrir el acceso a la experiencia subjetiva de nuestra condición de vivientes y para retomar en sus manos las riendas de la pulsión. Esto lleva al deseo a descolocarse de su posición de entrega al abuso y a actuar en el sentido de transfigurar el presente, impidiendo que la carnicería prosiga.

El hecho de que, en su nuevo pliegue, quede más evidente que el capitalismo incide en la esfera micropolítica da origen a una nueva modalidad de resistencia: surge la conciencia de que la resistencia tiene que incidir igualmente en esta esfera. Esto aparece en los nuevos tipos de movimiento social que vienen desestabilizando aquí y allá el poder mundial del capitalismo financierizado en la determinación de los modos de existencia que le son necesarios. La propagación de este tipo de resistencia, que se intensificó tras el tsunami de los mencionados golpes de Estado provocados por el nuevo régimen por todas partes, ha surgido principalmente entre las generaciones más jóvenes y, más contundentemente, en las periferias de los grandes centros urbanos. En estos contextos, se destacan especialmente los citados movimientos de mujeres (en un nuevo pliegue del feminismo), de lxs LGBTQI (en un nuevo pliegue de las luchas en el campo de las sexualidades en la que estas se juntan en torno de algunos objetivos y redefinen sus estrategias, lo que se vuelve posible por ya no reducirse a la reivindicación identitaria, propia de la lucha en la esfera macropolítica) y, también, de lxs afrodescendientes (en un nuevo pliegue de sus luchas contra el racismo). A estos movimientos se suman el combate de lxs indígenas, cada vez más amplio, preciso y articulado, y las luchas por vivienda (también, en ambos, una fuerte actuación en la esfera micropolítica se suma a su tradicional actuación en la macropolítica). En este nuevo campo de batalla, cada uno de estos movimientos gana nuevas fuerzas.

La irrupción de estas nuevas estrategias de combate nos ayuda a ver que el horizonte del modo tradicional de resistencia de las izquierdas, sobre todo las institucionales, tiende a reducirse a la esfera macropolítica y que esta reducción sería una de las causas de su desorientación e impotencia frente al actual estado de cosas. Tal entendimiento tiene el poder no solo de sacarnos de la parálisis melancólica fatalista a la que nos haría sucumbir el sombrío paisaje que nos rodea, así como de nuestro resentimiento con las izquierdas, pero también de permitirnos una reaproximación a las mismas. Esto puede tener por efecto un perfeccionamiento de los instrumentos de combate en ambas esferas, micro y macropolítica.

La serie del capitalismo financierizado comienza mucho antes de las tres temporadas enfocadas en sus golpes de Estado y, seguramente, será muy larga su tercera temporada –o, quién sabe, no sea tan larga, si le siguen otras tantas temporadas– hasta llegar al capítulo final previsto en el guión. Pero ahí también el guión se equivoca en su prepotencia, pues nunca habrá un capítulo final eternizado, ya que lo único que es de hecho eterno es la vida y el combate entre fuerzas de las más activas hasta las más reactivas que la caracteriza en su esencia.

Los efectos del golpe serán delineados colectivamente en los embates entre esos diferentes tipos de fuerzas. Fuerzas reactivas que, en diferentes grados y escalas y con diferentes tipos de expresión, promueven el abuso de la vida en su potencia pulsional de creación –ya sea actuando en el personaje del villano que abusa o en el de la víctima que se deja abusar–. Y fuerzas activas que, también ellas en diferentes grados y escalas y con diferentes tipos de expresión, promueven su afirmación transfiguradora, disolviendo tales personajes y, con ellos, la escena en que actúan. Nadie es permanentemente activo o reactivo, tales posiciones oscilan y se mezclan a lo largo de la existencia individual y colectiva. Lo que importa del lado de las fuerzas activas es el trabajo incansable que consiste en combatir las fuerzas reactivas en nosotrxs mismxs y en nuestro entorno, cuyo éxito jamás estará garantizado y tampoco será definitivo.

Imposible prever el desenlace (siempre provisorio) de este embate en el que estamos involucrados y que proseguirá en la tercera y tal vez última temporada de la serie. Pero hay un aliento en el aire que nos viene de la experiencia que estamos teniendo de insubordinación de la pulsión a las secuelas de su abuso colonial-capitalístico. A pesar de que esta experiencia es relativamente reciente, nos permite imaginar otros escenarios y actuar en dirección a ellos. Esto nos hace creer que es posible despejar el aire ambiente de su polvo tóxico, al menos lo suficiente para que la vida vuelva a fluir. El tratamiento de tal contaminación es micropolítico: un trabajo colectivo de descolonización del inconsciente, cuyo foco son las políticas de producción de subjetividad que orientan el deseo y las consecuentes formaciones del inconsciente en el campo social. Esta es la tarea que nos desafía en el presente. Después es después: nuevas formas de existencia se instalarán, con nuevas tensiones entre diferentes cualidades e intensidades de fuerzas activas y reactivas y sus enfrentamientos, los cuales convocarán nuevas estrategias de insurrección, en un combate sin fin por la vida.

Posdata 1

El 24 de enero de 2018, pocos días después de finalizar la escritura de este texto y antes de su publicación, en un nuevo capítulo de la segunda temporada de la serie –un capítulo previsto desde su inicio–, Lula fue condenado a prisión por doce años y un mes, cuando tenga 84 años y, por lo tanto, difícilmente vuelva a la vida pública. Aunque sus abogados todavía cuenten con algunos recursos junto al STF y el STJ, podemos prever que obviamente serán rechazados y, además, usados para legitimar todavía más aún su inmediata prisión. Con eso, ya podemos decir que el golpe de Estado “propriadamente dicho” fue un éxito. “Propriadamente dicho” porque, a pesar de que el Estado democrático sea uno de sus blancos privilegiados, no es el único. No es por casualidad que el título de este ensayo tenga el término “golpe” y no “golpe de Estado”: su blanco no es solo el Estado, sino la sociedad como un todo y, más ampliamente, la propia vida –lo que

evidentemente aplica también a los golpes que se presentan explícitamente como una toma del poder del Estado—.

¿Habrá sido la eliminación de Lula el último episodio de la segunda temporada? En este caso, a partir de ahora asistiríamos a su tercera temporada: ¿será su guión parecido al que aquí ha sido anunciado? ¿Habrá otras temporadas más? Los juegos de adivinación son bienvenidos en este tipo de contexto. Además de no poder prever exactamente su guión, los efectos imprevistos pueden sorprender a sus autores y darnos ánimo, como parece ya estar pasando. A pesar de que la serie sea ininterrumpidamente campeona en audiencia y el golpe, en el sentido de expulsar al PT del gobierno, haya sido victorioso, puede salir el tiro por la culata. Eso es notorio una vez más en la reacción de la mayoría de la sociedad brasileña frente a la condena de Lula. Si su victoria fue celebrada por las élites internacionales del capitalismo financierizado, así como por sus élites locales, del lado de las capas expoliadas (la gran mayoría), así como de las capas politizadas de las clases medias, en Brasil y en el exterior, la reacción a esa temporada de la serie fue opuesta. Por ser claramente injusta y fruto de una trampa cruel, la condena indignó a esos sectores y generó un efecto boomerang: se reactivó poderosamente la fuerza de la presencia de Lula en su imaginario —en el cual él venía rescatando su lugar de liderazgo digno, incluso entre los que tienen críticas a su gobierno—. Basta recordar que si la serie del golpe, al comienzo de su primera temporada, había logrado hacer que el 80% de aprobación de su gobierno bajara al 12% de intención de voto, en la segunda temporada su número ya pasaba a ser suficiente para ganar en las elecciones a la presidencia de la república en 2018, probablemente en primera vuelta.

Posdata 2

Luego de la publicación de este ensayo en abril de 2018,¹⁷ aparecen nuevos capítulos de la segunda temporada de la serie del golpe que no pueden de-

17. El ensayo fue publicado en abril de 2018, en las revistas electrónicas *Outras Palavras* (Brasil) y *Lobo Suelto* (Argentina). En mayo del mismo año, el diario *El País-Brasil* publicó una primera versión de este ensayo, escrita en 2017, en colaboración con la EUNIC-European Union National Institutes for Culture, sede São Paulo, en cuyos canales ha sido igualmente divulgado.

jar de constar en su, ahora como parte de este libro. Pero privilegiaremos aquí solo tres de sus puntos álgidos, ya que podemos volver a ver la serie entera cuando querramos, buscando sus episodios en Internet. En el primero, asistimos atónitos a la ocupación de Río de Janeiro por la Policía Militar, impuesta por un decreto del presidente Temer, un mes después de la condena de Lula.

En esa operación se revela que la militarización de la sociedad (lo que es distinto del Estado militar) forma parte de las estrategias de la nueva modalidad del poder capitalista, sustentado por la inyección en las subjetividades de altas dosis de miedo frente a la supuesta inseguridad, micropolíticamente diseñada por el guión de la serie, desde sus primeros capítulos.

En el segundo punto álgido, menos de un mes después de ver la militarización de Río, vemos el asesinato de Marielle Franco, legisladora de Río de Janeiro por el PSOL (Partido Socialismo y Libertad), y del chofer Anderson Gomes, que la acompañaba. Negra, lesbiana, de 38 años de edad y nacida en una favela, la legisladora era una tenaz defensora de las luchas feministas, antirracistas y LGBTQI, así como de las luchas contra los abusos cometidos por policías en servicio y en ejecuciones extrajudiciales. Vemos en este capítulo una enorme repercusión del asesinato en Brasil y en el exterior. Lo que no aparece en la serie es que desde el impeachment de Dilma Rousseff en 2016, más de cien líderes y lideresas populares habían sido asesinadxs, entre ellxs cuadros campesinos, quilombolas e indígenas.

Last but not least, en el capítulo del 3 de mayo de 2018, vimos al juez Sérgio Moro decretando la prisión de Lula. El ex presidente se dirige entonces a la sede del Sindicato de Metalúrgicos del ABC paulista¹⁸ en São Bernardo do Campo, y allí permanece dos días antes de entregarse. Esta vez la serie adopta un estilo Gran Hermano y millones de brasileños –algunos regocijándose, y otros, mucho más numerosos, atónitos y tristes– pasan a ver en tiempo real la saga que ocurre durante esos dos días y que

18. ABC es la abreviatura de los nombres de tres municipios de la Gran São Paulo: Santo André, São Bernardo do Campo y São Caetano. Los tres forman un cinturón industrial, especialmente de la industria metalúrgica, cuyo sindicato está ubicado en São Bernardo do Campo. Lula entró al Sindicato de los Metalúrgicos del ABC en 1968 y fue su presidente de 1975 hasta 1981, cuando empieza su carrera como líder político. [N. de la T.]

sigue hasta que Lula llega a la prisión, en un total de 50 horas non-stop. Rápidamente, el edificio del sindicato es ocupado por innumerables intelectuales, sacerdotes de varias religiones, polítixs de todos los partidos de izquierda, sindicalistas y otrxs, y una multitud de manifestantes en el área externa. El día 7, Lula decide entregarse a la Policía Federal. El día comienza con una misa celebrada en el mismo sindicato en homenaje a Marisa Letícia, esposa del ex presidente, que cumpliría entonces 68 años y cuya muerte el año anterior se debió probablemente al trauma que sufrió desde el inicio de la serie. Mientras tanto, la defensa de Lula presenta un pedido de liminar junto al STJ y al STF para anular la orden de prisión; obviamente el pedido fue rechazado. En seguida Lula hace un discurso de casi una hora, ovacionado por la multitud que allí se reúne. El día termina con Lula saliendo del edificio del sindicato y siendo llevado en andas por la multitud para subirse a su auto y dirigirse al de la Policía Federal, que lo esperaba para llevarlo a su sede y, desde allí, encaminarlo hacia Curitiba, donde quedaría preso en la Superintendencia de la Policía Federal. Los manifestantes comienzan entonces a cercar el portón de salida del sindicato, derribando las rejas para impedir la salida del auto del ex presidente. Lula acaba teniendo que ir a pie hasta el auto de la PF. La escena siguiente de la serie, ahora al estilo del Gran Hermano, es de fuegos artificiales cruzando los cielos del aeropuerto en Curitiba, para recibir al ex presidente antes de ser llevado a su prisión y celebrar la victoria de Moro, el nuevo héroe de la ciudad. En su llegada a la sede de la PF, la militancia que lo espera hace ya varias horas –en número significativamente mayor que el de los manifestantes a favor de la prisión– es masacrada por bombas de gas disparadas por la policía que llegan a herir a algunas personas. Aún así, centenas de personas se quedaron y allí permanecieron acampadas por varias semanas. Un último episodio de este capítulo merece atención: tres semanas después de la prisión, es de madrugada y vemos el acampe, donde sus manifestantes siguen en vigilia, ser blanco de un atentado a tiros, en el cual dos personas resultan heridas, una de ellas gravemente. La escena se muestra como al pasar en la serie, solo porque los medios oficiales no pueden dejar de mencionarla. Pero la serie cambia el foco rápidamente. Las masivas manifestaciones a favor

de Lula que vemos en este capítulo final de la segunda temporada de la serie nos hacen pensar que una parte significativa de la sociedad brasileña reconoce plenamente la importancia de los procesos de emancipación desencadenados por los gobiernos del PT, sin dejar de reconocer sus equívocos y de pensarlos críticamente.

En este apoteótico capítulo de la serie, dos imágenes significativas circulaban por las redes el día de la prisión de Lula, cuyo contraste evidenciaba las fuerzas en combate en el país. Al lado de la imagen del ex presidente siendo llevado en brazos de centenas de personas que lo acompañaban en el sindicato, se viralizó velozmente otra imagen: el festejo que Oscar Maroni, al que podríamos llamar eufemísticamente “empresario de la noche”, proporcionó en su Bahamas Hotel Club para celebrar la prisión de Lula, en la que ofrecía cervezas gratis y trabajadoras sexuales a granel para quien quisiese unirse a la macabra celebración.



© Francisco Proner



La inmediata viralización de videos del fiestón de Maroni trajo una clara expresión visual a la noción de “cafisheo”, que vengo utilizando desde 2002 para designar la dinámica de la relación entre capital y fuerza vital en el régimen colonial-capitalístico —o sea, su médula en la esfera micropolítica—. En esa dirección, la imagen más significativa es la de Maroni, vestido de presidiario en una obvia alusión a Lula, metiéndole mano a una de las trabajadoras sexuales de su “empresa” delante de la mirada voyeurista de centenas de hombres que participaban de la farra gozosamente. En la escena, gigantografías del juez federal Sergio Moro y de la Ministra Carmen Lúcia, entonces presidenta del STF, decoran la pared de la siniestra performance de Maroni, según él, para rendirles homenaje. La imagen revela explícitamente la articulación que dio lugar al golpe entre, por un lado, operaciones micropolíticas de proxenetismo de la pulsión vital, movilizadora de la tradición colonial-esclavista que impregna visceralmente la cultura brasileña y, del otro, operaciones macropolíticas para impedir la reelección de Lula —y,

más ampliamente, aniquilar la existencia de cualquier tipo de resistencia al poder globalitario del capitalismo financierizado. Y más: se revela el papel central del Poder Judicial en ambas operaciones y en la clara articulación entre ellas para viabilizar el golpe.

Aquí sí parece cerrarse la segunda temporada de la serie; veremos seguramente las nuevas temporadas, cuyo contenido es difícil de prever, pues su guión va siendo escrito a medida que las estrategias de la nueva modalidad del golpe van siendo pensadas en función de sus efectos. Pero como sugiere el texto en su frase final, la historia humana (al igual que la del cosmos) nunca se cierra en ninguno de sus episodios. La idea de fin, ya sea como un gran final, o el anuncio del apocalipsis, es heredera de la idea nefasta de paraíso y de su corolario, el infierno. Son estos los dispositivos más antiguos de nuestra civilización para la instrumentalización de la pulsión y la consecuente manipulación de las subjetividades. Tales figuras encubren la pulsión con un doble velo de equívocos cosidos uno al otro. El primer velo-equívoco es el de que un día la vida se estabilizará definitivamente (ya sea —y no por casualidad— después de la muerte, ya sea todavía en esta existencia, sustituyendo el par paraíso-infierno por otras imágenes, propuestos por la cultura occidental a partir de su modernidad, y que vehiculan los mismos afectos). Ese primer velo encubre las inevitables turbulencias de la vida, de cara a las cuales actuaría (en nosotros) su voluntad de perseverancia. El segundo velo-equívoco es que solo tendrán el privilegio de ese supuesto destino de la vida aquellos que entreguen las riendas de la pulsión a Dios (o sus sustitutos en la modernidad, empezando por el propio Capital), los cuales para merecerlo tendrán que someterse a los códigos morales de la Iglesia (o de sus sustitutos en la modernidad). Y cualquier comportamiento que escape al modelo hegemónico, fruto de la potencia vital transfiguradora, será demonizado.

No hay más tiempo para perder con nuestra nefasta sumisión a tales ideas, propias de la reducción del pensamiento a la esfera macropolítica. Se nos impone la exigencia de librarnos lo máximo posible de ese reduccionismo en la conducción de nuestras estrategias de combate, expandiéndolas de modo que abarquen la esfera micropolítica. Esta es la condición para activar la imaginación creadora a fin de que oriente el deseo, todo lo

que se pueda en cada momento, en la dirección de acciones efectivamente transfiguradoras a favor de la vida; una tarea que jamás tendrá fin. ¿Aquí entre nosotrxs, no residiría precisamente en esta tarea el sabor de vivir?

Ahora sí parece que está culminando la segunda temporada de la serie. Pero seguramente veremos nuevas temporadas cuyo contenido resulta difícil prever, ya que el guion se va escribiendo a medida que las estrategias de la nueva modalidad del golpe van pensándose, en función del índice de éxito de audiencia que alcanza cada episodio. Lo que importa es que, frente a ellas, siempre estaremos afrontando la tarea de inventar nuevos dispositivos de resistencia. Sean los que sean, de no contemplar entre sus blancos la descolonización del inconsciente, corremos el riesgo de mantenernos en las mismas escenas y de asumir los mismos personajes con idénticos roles, en una reproducción infinita de aquello que pretendíamos transmutar en nosotros y fuera de nosotros.

Diez sugerencias para una incesante descolonización del inconsciente¹

Para terminar, dejo aquí diez sugerencias para los inconscientes que protestan en el anhelo por descolonizarse de su régimen antropo-falo-ego-logocéntrico.

1. Desanestesiarse nuestra vulnerabilidad a las fuerzas en sus diagramas variables, potencia de la subjetividad en su experiencia fuera-del-sujeto.
2. Activar el saber eco-etológico y expandirlo a lo largo de nuestra existencia: la experiencia del mundo en su condición de viviente, cuyas fuerzas producen efectos en nuestro cuerpo, el cual pertenece a esa misma condición y la comparte con todos los elementos que componen el cuerpo vivo de la biósfera.
3. Desobstruir cada vez más el acceso a la tensa experiencia del extraño-familiar.
4. No denegar la fragilidad resultante de la desterritorialización desestabilizadora que el estado extraño-familiar promueve inevitablemente.
5. No interpretar la fragilidad de este estado inestable y su incomodidad como “algo malo”, ni proyectar sobre este malestar lecturas fantasmáticas (eyaculaciones precoces del ego,

1. Estas sugerencias fueron retiradas de las versiones originales de los dos primeros ensayos acá publicados, los cuales cerraban con ellas.

provocadas por su miedo al desamparo y a la falencia y sus consecuencias imaginarias: el repudio, el rechazo, la exclusión social, la humillación, la locura). Estas proyecciones son portadoras de falsas explicaciones para la causa del malestar, las cuales siempre lo asocian a un supuesto error y, por ende, a la culpa, ya sea la nuestra o la de un otro cualquiera.

6. No ceder a la voluntad de conservación de las formas de existencia y a la presión que esta ejerce contra la voluntad de potencia de la vida en su impulso de producción de diferencia. Al contrario, buscar sostenerse en el hilo tenue de este estado inestable hasta que la imaginación creadora construya un modo de cuerpo-y-habla que, al ser portador de la pulsión de lo extraño-familiar, sea capaz de actualizar el mundo virtual que esta experiencia anuncia, permitiendo así que las formas agónicas terminen de morir.

7. No atropellar el tiempo propio de la imaginación creadora, para evitar el riesgo de interrumpir la germinación de un mundo. Tal interrupción vuelve a la imaginación vulnerable a la expropiación por el régimen colonial-cafisqueístico que la desvía de su destino ético. Es en este desvío que es capturada y tiende a someterse al imaginario que este régimen nos impone seductoramente, lo que la vuelve totalmente estéril. Es que en el lugar del ejercicio de la creación de lo nuevo (exigido por la vida), la imaginación pasa a reducirse al ejercicio de su capacidad creativa (disociada de la vida) para producir novedades, las cuales multiplican las oportunidades para las inversiones de capital y excitan la voluntad de consumo en una velocidad exponencial.

8. No renunciar al deseo en su ética de afirmación de la vida, lo cual implica mantenerla lo más posible fecunda a cada momento, fluyendo en su proceso ilimitado de diferenciación de formas y valores.

9. No negociar lo innegociable: todo aquello que obstaculiza la afirmación de la vida, en su esencia de potencia de creación. Aprender a distinguirlo de lo negociable: todo aquello que se podría aceptar y reajustar porque no debilita la fuerza vital instituyente sino que, por el contrario, genera las condiciones objetivas para que se produzca un acontecimiento, cumpliéndose así su destino ético.

10. Practicar el pensamiento en su plena función: indisociablemente ética, estética, política, crítica y clínica. Es decir, re-imaginar el mundo en cada gesto, palabra, relación con el otro (humano y no humano), modo de existir –siempre que la vida así lo exija–.

Evidentemente, estas sugerencias no pretenden ser un recetario para alcanzar una supuesta “cura” de los efectos patológicos de nuestra cultura, en una especie de mesianismo clínico-artístico-micropolítico, que vendría a sustituir el tan agotado mesianismo macropolítico contenido en la utopía revolucionaria –ambos herederos de la idea de paraíso donde la vida encontraría por fin la supuesta estabilidad eterna–. Este trabajo de *bricolage* de sí, del cual depende la descolonización en la esfera micropolítica, jamás alcanza su plena y definitiva realización. A lo largo de nuestra existencia, de cara a nuevas tensiones resultantes de nuevos diagramas de fuerzas, oscilamos entre posiciones variadas y variables en un amplio abanico de micropolíticas, de las más activas a las más reactivas. Estamos siempre ante el desafío de combatir la tendencia reactiva en nosotros mismos y en nuestras relaciones (tendencia dominante en nuestra cultura): el desafío de no someternos al poder de los fantasmas que nos traen de vuelta a nuestro personaje habitual en la escena colonial-capitalística. Y si necesitamos salir de este personaje es porque al performatizarlo participamos de las relaciones de abuso por nuestro propio deseo, sea cual sea nuestra posición en

las mismas. La descolonización del inconsciente implica un constante esfuerzo para deshacernos de este personaje, reapropiarnos de la pulsión y, guiados por ella, crearnos nuevos personajes que estén a la altura de la vida, encarnando su potencia de variación transfiguradora.

Enfrentar este desafío requiere un trabajo infinito de cada uno y de muchos, pues como una plaga, este régimen del inconsciente no para de esparcirse por todo el planeta, contaminando las subjetividades y conduciendo el deseo a desviar la pulsión vital de su destino ético.

En ese horizonte es donde se sitúan las ideas que aquí se comparten. Que sean descartadas aquellas en que las palabras que las dicen, distraídas, se separan imprudentemente de su alma.

Este libro es una partícula de la obra conjunta de todos aquellos que
buscan instaurar territorios relacionales donde los inconscientes
puedan encontrar resonancias para su insurrección y, con ellas,
anidar gérmenes de futuro.

Publicaciones de los ensayos que componen el presente libro

El inconsciente colonial-capitalístico

Escrito en 2012 para “Epistemologies of the South Reinventing Social Emancipation”, una conversación de Boaventura de Sousa Santos con Shiv Visvanathan, Suely Rolnik y Sarat Maharaj. En: *Topology Spaces of Transformation*, seminario mensual organizado por Jean Matthee en la Tate Modern, International Modern and Contemporary Art. Londres: 28 de abril de 2012.

“Del agua estancada se espera veneno / From the standing water, expect poison”. En: CANDIANI, Tania y ORTEGA, Luiz Felipe (org.), *Possessing Nature*. Catálogo del pabellón de México, con curaduría de Karla Jasso, en la 56ª Bienal de Venecia. Ciudad de México: INBA, 2015. ISBN: 9786076053423. (edición bilingüe).

“Pensar desde el saber-del-cuerpo. Una micropolítica para resistir al inconsciente colonial-capitalístico”. En: RENDÓN, Jorge Gómez (org.). *Repensar el arte. Reflexiones sobre arte, política e investigación*. Guayaquil: UArtes, 2017. pp. 85-97. ISBN 978-9942-977-06-9.

“Beyond the colonial-capitalistic unconscious. Micropolitical suggestions to tackle the dreadful global landscape”. En: DISERENS, Corinne (org.). *Gestures and Archives of the Present, Genealogies of the Future*. Taipei: Taipei Fine Arts Museum (TFAM) y Taipei Biennial, 2017.

“O abuso da vida. Matriz do inconsciente colonial-capitalístico/ The abuse of life. The colonial-capitalistic unconscious matrix”. En: *Revista Jacarandá*, Nº 06, edición especial Brazilian Art Under Attack!, abril, 2018. pp. 118-141. Edición bilingüe.

“O abuso da vida. Medula do inconsciente colonial-capitalístico”, en: DUARTE, Luisa (org.). *Arte censura liberdade: reflexões à luz do presente*. – 1º ed. Río de Janeiro: Cobogó, 2018. Pp 184-231. ISBN 978-85-5591-070-8.

El mismo ensayo, pero volcado hacia prácticas curatoriales

“The body-knowing compass in curatorial practices”. En: *Theater Magazine*, Volumen 47, Número 1. Tom Sellar (Edit.). Yale School of Drama, Yale Repertory Theatre. Durham: Duke University Press, 2017. www.theatermagazine.org. ISSN: 0161-0775.

“O saber-do-corpo nas práticas curatoriais. Driblando o inconsciente colonial-capitalístico”. En: MOTTA, Gabriela y ALBUQUERQUE, Fernanda (org.). *Curadoria em artes visuais. Um panorama histórico e prospectivo*. Porto Alegre: Santander Cultural, 2017, pp. 47-76. ISBN: 9788565954167.

Insurrecciones macro y micropolítica. Diferencias y entrelazamientos

“Esferas da insurreição. Para além da cafetinagem do vivo”. En: TIBLE, Jean; TELLES, Vera; SANTIAGO, Homero (org.). *Negri no Trópico 23o26’14”*. São Paulo: N-1, Autonomia literária e Editora da cidade, 2017 pp. 101-122. ISBN: 9788566943436.

“Sphären des Aufstands. Vorschläge zur Bekämpfung der Zuhälterei über das Leben /“The rape of the vital force: the colonial-capitalistic unconscious matrix”. En: *Springerin magazine, a quarterly art and theory journal, issue on Global Limits*. Viena, # 31/10/2017. Disponible en: <http://www.springerin.at/en/> www.e-flux.com. Edición electrónica: <https://www.springerin.at/en/>.

“The spheres of insurrection. Suggestions for combating the pimping of life”. En: *E-flux Journal*, N° 86, Nov. 2017. New York. Disponible en: www.e-flux.com

La nueva modalidad de golpe: una serie en tres temporadas

- “O seriado do golpe em três temporadas”. En: *Outras Palavras*. Disponible en: <https://outraspalavras.net/brasil/666381/>. Acceso: 04/02/2018.
- “Tres temporadas del golpe”. En: *Lobo Suelto*. Disponible en: <http://lobosuelto.com/?p=19363>. Acceso: 23/04/2018.
- “O novo tipo de golpe de estado: um seriado em três temporadas”. En: *El País Brasil*, Actualidades, 13/05/2018; série Diálogos Brasil-Europa, una iniciativa de la EUNIC - European Union National Institutes for Culture, sede São Paulo. Disponible en: https://brasil.elpais.com/brasil/2018/05/12/actualidad/1526080535_988288.html/. Acceso: 13/05/2018.

Libros de la autora

- Cartografia Sentimental. Transformações contemporâneas do desejo*. São Paulo: Estação Liberdade, 1989. (3º edición agotada). Reedición con prefacio nuevo: Porto Alegre: Sulina, 2006; reimpresión, 2016. ISBN: 978-85-205-0424-6; 978-85-7025-852-6
- Arquivo para uma obra-acontecimento. Projeto de ativação da memória corporal de uma trajetória artística e seu contexto*. São Paulo: Cinemateca Brasileira y SESC-SP, 2011.
- Archive pour une œuvre-événement. Projet d'activation de la mémoire du corps d'une trajectoire artistique et son contexte*. París: Carta Blanca Éditions, 2011. Difusión/distribución: Les Presse du réel ISBN: 978-2-9536129-0-5. (DVD)
- Archivmanie/Archive Mania. dOCUMENTA (13)*. En: Serie 100 Notizen-100 Gedanken / 100 Notes-100 Thoughts N° 022. Berlin: HatjCantz Verlag/Documenta (13), 2011 (edición bilingüe). ISBN 978-3-7757-2871-3. Versión electrónica (e-book): www.documenta.de; www.hatjecantz.de/documenta13. ISBN 978-3-7757-3051-8.

Anthropophagie Zombie (con inserción del Manifeste Anthropophage). Paris: Black Jack éditions, 2012. Difusión/distribución: Les Presse du réel. ISBN 978-29-18063-22-3.

Ahora da Micropolítica. São Paulo: N-1 edições, 5º volumen de Pandemia, serie de cordeles, 2016. ISBN 978-85-66943-27-6. Posteriormente sumado a la caja Pandemia que contiene diez cordeles de la serie. São Paulo: N-1 edições, 2016. ISBN 978-85-66943-35-1.

Zombie Anthropophagie. Zur neoliberalen Subjektivität. Trad. Oliver Precht. Turia + Kant : Vienna/Berlín, 2018. 116p. ISBN: 978-3-85132-923-0.

En colaboración con Félix Guattari

Micropolítica. Cartografias do desejo. Petrópolis: Vozes, 1º ed. 1986. ISBN: 85-326-1039-0. 7ª ed. revisada y ampliada, 2005. ISBN: 978-85-326-1039-3. Una edición revisada y con nuevo prefacio será publicada por la Editora N-1 en 2019.

Publicado en España (Traficantes de Sueños, 2006), Argentina (Tinta Limón Ediciones, 2006), Estados Unidos (Semiotext(e)/MIT, 2006), Francia (Seuil, 2007) y Corea del Sur (B-Books, 2010).

Otros títulos de la colección Nocións Comunes

Spinoza disidente

Diego Tatián, 2019

Acerca del fin. Conversaciones

Alain Badiou y Giovanbattista Tusa, 2019

Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis

Silvia Rivera Cusicanqui, 2018

Revolución en punto cero.

Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas

Silvia Federici, 2018

El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo

Silvia Federici, 2018

Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria

Silvia Federici, 2ª ed. 2018

Autonomía y diseño. La realización de lo comunal

Arturo Escobar, 2017

La noche de los proletarios. Archivos del sueño obrero

Jacques Rancière, 2ª ed. 2017

Políticas del acontecimiento

Maurizio Lazzarato, 2ª ed. 2017

Filosofía de la deserción. Nihilismo, locura y comunidad

Peter Pál Pelbart, 2ª ed. 2016

La frontera como método. O la multiplicación del trabajo

Sandro Mezzadra y Brett Neilson, 2016

Capitalismo, deseo y servidumbre. Marx y Spinoza

Frédéric Lordon, 2015

La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular

Verónica Gago, 2014

Hegel o Spinoza

Pierre Macherey, 2ª ed. 2014

Micropolítica. Cartografía del deseo

Suely Rolnik y Félix Guattari, 2ª ed. 2013

Incursiones

*¿Quién mató a Cafrune?
Crónica de la muerte de la canción
militante*
Jimena Néspolo, 2018

*La acción psicológica.
Dictadura, inteligencia y gobierno de
las emociones 1955-1981*
Julia Risler, 2018

*La cueva de los sueños.
Precariedad, bingos y política.*
Andrés Fuentes, 2018

Pensar en movimiento

*La gorra coronada.
Diario del macrismo*
Colectivo Juguetes Perdidos, 2017

*De #BlackLivesMatter a la
liberación negra*
Keeanga-Yamahtta Taylor, 2017

Fight the Power. Rap, raza y realidad
Chuck D, 2017

Nuevo activismo negro
Varios Autorxs, 2016

Serie ch'ixi

Los límites del capital. Deuda, moenda y lucha de clases
George Caffentzis, 2018

8M. Constelación feminista
Verónica Gago, Raquel Gutiérrez Aguilar, Susana Draper,
Mariana Menéndez Díaz, Marina Montanelli, Suely Rólnik, 2018

Escupamos sobre Hegel
Carla Lonzi, 2017

Salidas del laberinto capitalista. Decrecimiento y postextractivismo
Alberto Acosta y Ulrich Brand, 2017

Derechos de la naturaleza. Ética biocéntrica y políticas ambientales
Eduardo Gudynas, 2017 (2da. edición)



BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.tintalimon.com.ar

DISTRIBUYE: La Periférica Distribuidora
www.la-periferica.com.ar

Esta edición de 2000 ejemplares de *Esferas de la
insurrección* se terminó de imprimir en abril de
2019, en imprenta Nuevo Offset,
Viel 1444, Buenos Aires, Argentina.